

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

El ojo del alma



se

Lectulandia

En esta novela Ramón Díaz Eterovic, con su proverbial estilo, nos recrea una nueva historia de Heredia, su detective privado que al investigar la misteriosa desaparición de uno de los amigos de universidad y de quien se piensa pudo ser un informante de los organismos de seguridad de la dictadura de Pinochet, se sumerge en los recuerdos y le permiten explorar en los fragmentos y fisuras de una sociedad oscura que ha extraviado muchos de sus valores.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

El ojo del alma

Detective Heredia - 7

ePub r1.0

Titivillus 04.02.2017

Título original: *El ojo del alma*
Ramón Díaz Eterovic, 2001
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Uno es heredero de la historia:
es posible ejercer formas
más o menos eficaces de amnesia u olvido,
pero finalmente no es posible
eludir los apremios de la memoria.*

PABLO AZÓCAR
Esa especie de mal

PRIMERA PARTE

1

Era una tarde fresca, al inicio del otoño. Un manchón de nubes anaranjadas parecía adormecido sobre el fondo azul del cielo, y por la ventana del departamento entraba el bramido de la calle, atestada de automóviles y gente. Un sinfín de rostros anónimos; muecas que se adivinaban a la distancia y palabras agresivas, a flor de labios, para manifestar, de un momento a otro, la ira que todos llevaban dentro de sí, en una ciudad donde la paz es un bien escaso y cada transeúnte parece portar una bomba de tiempo en su interior; las ganas de herir, con golpes o palabras, a cualquiera de esos rostros sudorosos que se cruzan y entremezclan, en un ir y venir cada día más urgente y desesperado. A lo lejos, bordeando las riberas del Mapocho, los árboles viejos y frondosos se mecían al vaivén de la brisa. Imaginé sus hojas a punto de caer y por un segundo pensé en pasear bajo esos árboles, acompañado de una muchacha de sonrisa fácil. En el departamento dormitaban los muebles de costumbre: una mesa de madera, cuatro sillas, las estanterías repletas de libros y mi escritorio metálico, de funcionario público, adquirido por dos chauchas en una casa de remate del Barrio Franklin. Desde el equipo de música instalado junto al escritorio salía el murmullo de las «Variaciones de Golberg» que escuchaba con la intención de atrapar por unos minutos la magia de Bach. Un paréntesis para luego volver al verso triste de los tangos que solía escuchar para alentar la nostalgia, el dolor que arrastraba sin otra explicación que la vida misma.

Simenon, mi gordo gato blanco, estaba fuera del departamento, estirando sus extremidades por los techos del edificio, cada día más repletos de antenas de televisión por cable, parabólicas y ductos de aire acondicionado. Cada tarde y a la misma hora, salía de paseo y regresaba con los reclamos de un animal que, según las

equivalencias descritas en una enciclopedia sobre gatos que había leído en la Biblioteca Nacional, estaba próximo a los sesenta años de cualquier ser humano. Quince años más que los míos, maltrechos por el exceso de cigarrillos, alcohol y causas perdidas a las que adhería desde mi oficina de investigaciones legales, como rezaba la placa colgada en la puerta del departamento.

Estaba solo y eso no era ninguna novedad que alterara mi rutina diaria del último año. Solo, mientras afuera, en la calle, se repetía el coro de las pequeñas y grandes injusticias, y las portadas de las revistas mostraban las imágenes de un país de apariencias y estúpidas fantasías. Llevaba mucho tiempo sin nadie a quien confiar mis sentimientos. Dagoberto Solís, mi amigo policía al que había conocido trabajando como inspector en mi colegio y luego reencontrado en la universidad, estaba muerto; Anselmo, el suplementero del barrio, se había casado con una adivina y residía en Viña del Mar, cerca de las olas y de una oficina de apuestas hípcas. Griseta, la muchacha que años atrás entrara a mi vida como un ventarrón, era una ausencia que a diario me proponía olvidar. Y en la soledad envejecía como una callejera planta de geranios a la que nadie se interesaba en regar. Mis pupilas se cansaban al leer los libros que atiborraban las estanterías de la oficina, los kilos encogían mis desgastados ternos y en mi barba que rasuraba con esmero, descubría nuevas canas cada mañana. Con paciencia y algunos años más, podría trabajar de Viejito Pascuero, acariciando niñitas ilusionadas en cualquier esquina de la Plaza de Armas. El tiempo hacía su juego mientras mis pasos corrían al ritmo de historias rutinarias y otras no tanto, en las que me inmiscuía con la discreción de una vecina copuchenta, y que, de tanto en tanto, recreaba en borrosos relatos que al ritmo de dos o tres copas por reunión, contaba al escritor de aspecto cansado que solía encontrar en el City Bar, acompañado de una copa de vino, en cuyo fondo parecía estar buscando algo que ni él mismo sabía de qué se trataba. Lo demás era sobrevivir, como el mayordomo que custodiaba la entrada de mi edificio de la calle Aillavillú con Bandera; el vecino que cada día, a las seis, marchaba a su trabajo en una fábrica de ollas y sartenes, o las ocho mujeres que en el departamento vecino animaban el espectáculo del cabaré «La Dalia Azul».

Las «Variaciones de Golberg» llegaron a su fin, y cuando me disponía a escuchar otra cinta de Bach, oí que golpeaban la puerta del departamento, y de inmediato, se abrió y apareció la sonrisa de Marcos Campbell, el amigo periodista al que me unían unos años de bohemia universitaria y la historia de un abogado asesinado en el barrio, a causa de ciertos negociados en la construcción de un gasoducto.

Campbell era el tipo más optimista y alegre que había conocido en mi vida. No medía más de un metro sesenta y, fiel a su estilo, lucía su barba descuidada. Sus ojos, negros y vivaces se movían de un punto a otro, curiosos e incansables. Vestía camisa de color azul paquete de vela y una corbata roja con la imagen del Ratón Mickey multiplicada hasta el infinito. Editaba un semanario que a duras penas sobrevivía con el avisaje comercial de los restaurantes, talleres mecánicos y bares ubicados en el

barrio Diez de Julio. Además, redactaba por encargo publicaciones sobre temas que iban desde memorias institucionales hasta catálogos sobre insectos en la Patagonia o la importancia del salmón en la economía del sur de Chile. Como él solía decir, bastaba que alguien pagara sus servicios, para que su imaginación volara con vigor. Y si eso ocurría, pegaba un billete de diez mil pesos en la parte superior de su computadora, y bajo el influjo del aroma del dinero escribía apasionadamente, como si durante toda su vida no hubiera hecho otra cosa que esperar una oportunidad para escribir sobre el tema de turno.

Campbell avanzó hasta el mueble donde solía guardar mis botellas de licor, y sacó de su interior una desolada botella de vino.

—Solías beber jarabes más fuertes y aguerridos. ¿Tan mal van las cosas, Heredia?

—Últimamente prefiero contribuir al desarrollo de la industria nacional.

—En cambio yo sigo fiel a mis dogmas: vodka o nada. ¿Dónde está la botella de vodka que traje en mi última visita?

—En la biblioteca, detrás de las obras de Charles Dickens.

—*Los papeles póstumos del Club Pickwick*, un libro lo suficientemente voluminoso como para esconder algo más que una petaca —sentenció Campbell luego de encontrar la botella de vodka y encaminarse hacia la cocina del departamento.

—Un gran libro, aunque mis libros favoritos de Dickens son *David Copperfield* y *Oliver Twist, el hijo de la parroquia*.

—Sé que el viejo Dickens te trastorna, pero no vine a conversar de literatura —agregó cuando estuvo de regreso, y al tiempo que me pasaba una copa.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté—. Vienes a mi departamento a una hora en la que sueles trabajar y haces el esfuerzo de servirme una copa. En tu caso, eso es motivo de sospecha.

—¿Te acuerdas cuándo nos conocimos, Heredia?

—1974. Yo me había reincorporado a la Escuela de Derecho y tú en el segundo año de tu carrera de periodista. Para ser más preciso, nos conocimos en la fiesta de recepción a los estudiantes novatos. Yo trataba de conquistar a una morena que venía de Talca, y tú habías ganado una carrera de burros; como jinete, desde luego.

—Sí, es verdad que ahí nos conocimos, aunque estaba pensando en el grupo de aspirantes a poetas que nos reuníamos en *El Solitario*, el bar que estaba ubicado cerca de la Escuela de Derecho. Formábamos un lindo grupo, unido y alegre pese a las circunstancias de la época. Te extrañamos cuando dejaste los estudios y nunca más volviste a aparecer por el lugar.

—No sería por mis poemas que me extrañaban.

—Claro que no. Aunque debo reconocer que no eran de los peores que se leían en ese bar —dijo Campbell, y luego de reprimir una sonrisa, agregó—. ¿Recuerdas a Traverso?

—Andrés Traverso. El único del grupo que más tarde logró ocupar algunos

titulares periodísticos. Incluso una vez lo vi en un programa de televisión. Recuerdo que siempre andaba con ganas de hablar de cosas graves, como si fuera su responsabilidad solucionar los problemas del mundo. Un tipo simpático, del que tengo buenos recuerdos. ¿Qué pasa con él?

—Desapareció hace una semana.

—¿Cómo? ¿Por qué dices que desapareció?

—Los detalles te los contará la visita que llegará en media hora —agregó Campbell, misterioso, y al tiempo que de reojo miraba su reloj.

2

El visitante llegó a la oficina dos minutos antes de la hora señalada. No me costó reconocerlo; su foto, aunque esporádicamente, aparecía en la sección política de los diarios, y en el pasado, cuando tuve el absurdo deseo de estudiar el sentido de las leyes, ya destacaba como dirigente estudiantil de la izquierda más recalcitrante o consecuente, según fuera el cristal por el que se le mirara. Había engordado y su rostro lucía un mostacho negro que le hacía aparentar más años de los que debía tener. Miró la oficina a diestra y siniestra, con una desconfianza que presumí heredada de su trabajo clandestino. Cuando estuvo convencido de que nadie más se encontraba en el lugar, tomó asiento en una de las sillas y sacó de su chaqueta una cajetilla de cigarrillos.

—Heredia, Domingo Viñas —dijo Campbell, presentándonos.

Viñas movió los labios levemente, en lo que supuse era su mejor sonrisa.

—Tengo referencias de usted —dijo—. Sé que en el pasado estuvo involucrado en la investigación de asuntos relacionados con los desaparecidos durante la dictadura.

—Nada de lo cual exista mucha memoria hoy en día —dije, y luego de una pausa, añadí—. Yo solía escuchar su discurso, aunque de eso hace ya mucho tiempo, cuando me seducían las palabras y los cantos de las sirenas.

—Sí, la gente cambia, para bien o para mal. Pero, no he venido a discutir con usted. Y más aún, cualquiera sea el resultado de esta conversación, en lo que a mí respecta, este encuentro nunca ha ocurrido —comenzó a decir Viñas. Hablaba en voz baja, con el tono del político que está acostumbrado a que su auditorio concentre sus energías en escucharlo—. Se trata de un tema delicado y por lo mismo, solicito reserva. Como ya le habrá dicho Campbell, está relacionado con el compañero

Traverso. Hace siete días que no se presenta a ninguna de las reuniones a las que debía asistir. Lo fueron a buscar a la pensión donde vive y sólo encontraron su pieza en desorden.

—La preocupación es comprensible, pero no entiendo por qué ha venido a verme. Traverso es una figura pública y si algo malo le ha ocurrido la policía debería colaborar en su búsqueda.

—Queremos ser cautos. No deseamos dar luz al asunto hasta que tengamos plena certeza de lo acontecido.

—El viejo truco de los políticos: hablar en clave y ocultar la verdad.

—¿No le explicó Campbell los detalles del asunto? —preguntó Viñas sin detenerse a considerar mi opinión.

—Campbell sólo ha demostrado preocupación por el señor Stolichnaya.

—Mi compromiso era ubicar a Heredia, nada más —dijo Campbell—. El milagro y el santo son un tema que te corresponde, Viñas.

—Hablemos de la luz y de las certezas —dije.

Viñas sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió con la colilla del que estaba fumando. Pensé que estaba cansado o trataba de ganar tiempo para ordenar sus ideas.

—Traverso es un dirigente que ha cumplido tareas importantes y para las próximas elecciones será nominado candidato a diputado. La decisión se adoptó hace cuatro meses. Se lo digo porque a los pocos días de eso comenzó a recibir anónimos con amenazas en su contra. Los últimos se referían a su secuestro y posterior eliminación.

—¿Quién los firmaba?

—El Grupo de Rebelión Permanente. Un grupúsculo al interior del Partido que no está de acuerdo con participar en el marco del actual sistema político. Nos acusan de hacer política de una manera tradicional y, por lo tanto, de estar condenados al fracaso, sin otra expectativa que rasguñar la coraza del poder.

—Podría llegar a simpatizar con ellos.

—¿No estará hablando en serio, Heredia?

—Lograr que la gente se exprese a su antojo siempre me ha parecido un bocado apetecible. Pero eso es harina de otro costal y, volviendo a su problema, la discrepancia que pueda tener ese grupo con Traverso no me parece motivo para eliminarlo.

—También lo acusan de entregar información al Gobierno, respecto a las acciones armadas que realizaron en el pasado los grupos de izquierda. Usted sabe que el Gobierno creó una oficina de inteligencia para desarticular a los grupos armados que sobrevivieron a la dictadura.

—¿Traverso tuvo contactos con esa oficina?

—Cumpliendo instrucciones de nuestra dirección.

—¿Entregó nombres?

—No. Su misión fue convencer al Gobierno de que el Partido congeló toda acción

armada y para eso dio información sobre algunos arsenales clandestinos. Nada importante a mi entender.

—Esa misión debió ser secreta.

—La conocían tres dirigentes de confianza y las personas con las que conversó Traverso. A través de ellas debió filtrarse la información.

—¿Su nominación a candidato a diputado tuvo oposición? —preguntó Campbell, que acababa de servirse su segunda ración de vodka.

Domingo Viñas lo observó un instante y luego movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Puede ser más específico? —pregunté.

—Un grupo de dirigentes deseaba imponer otro nombre. Viejos que no han sabido retirarse a tiempo y creen que siguen vigentes, aunque ya no entusiasman a nadie. Dirigentes para gente convencida, no para ganar nuevos adeptos. El debate fue intenso, pero al final hubo acuerdo en nominar a Traverso.

Por un segundo dejé de escuchar a Viñas. La historia tenía demasiadas lagunas. Intuí que Viñas hablaba lo justo, a medias palabras, tal vez ni siquiera convencido de la utilidad de estar en mi oficina. Un cansancio repentino se apoderó de mi ánimo, y como un autómatas que repite una acción para la que ha sido programado, tomé la botella de vodka que estaba junto a Campbell.

—¿Por qué yo? —pregunté—. Ustedes deben tener personas especializadas en pesquisas. Conocen las rutas de Traverso; las personas con las que se relaciona o trabaja.

—Hemos hecho las investigaciones que estaban a nuestro alcance y recurrir a la policía implica dar luz pública al asunto. No queremos que trascienda la desaparición de Traverso hasta que conozcamos sus verdaderos motivos. Le pido que trabaje una semana o dos en el asunto y después, con lo que averigüe, daremos los pasos siguientes. Si se trata de algo en lo que está involucrada gente amiga, preferimos guardar reserva.

—Se me ocurren varias preguntas, pero no las quiero hacer. Sus respuestas originarían más preguntas y no quiero entrar en el juego.

—No entiendo. Campbell dijo que usted se interesaría.

—Lo que haya dicho Marcos no tiene importancia. Se equivocó. No estoy disponible para incursionar en un terreno que de antemano sé ingrato. Hoy por hoy, sólo me encargo de asuntos simples: Hijos rebeldes que se van de sus casas, cobranzas por encargo de un amigo abogado y uno que otro robo de poca monta. Por eso, y tal como usted lo pidió al comienzo, este encuentro nunca ocurrió.

Viñas me miró como a un ser extraño al que repentinamente le hubieran crecido alas o extremidades viscosas. Deduje que no estaba acostumbrado a ser contradicho y lo imaginé en sus reuniones habituales, concentrado y enérgico, convincente en cada uno de sus argumentos.

—El boliche está cerrado —concluí.

Viñas miró a Marcos Campbell, y como si de pronto alguien le hubiera avisado que se quemaba su casa, apagó el cigarrillo y salió de la oficina sin añadir ninguna palabra más.

—Tiene su genio el hombre —comenté.

—¿Qué té pasa, Heredia? —preguntó Campbell cuando ya Viñas debía estar en la calle, confundido con la gente que a esa hora salía de sus trabajos, con ganas de entrar a los bares del barrio para beber una cerveza que los liberara del cansancio.

3

—No —dije por tercera vez y encendí el cigarrillo que conservaba entre mis dedos desde hacía cinco minutos, sin animarme a encenderlo. Llevaba seis meses tratando de no fumar y hasta ese momento mi récord de abstinencia eran las doce horas que mediaban desde la noche anterior. Campbell se levantó de la silla que ocupaba frente a mi escritorio, dio tres pasos sin destino y volvió a sentarse.

—¿No te preocupa la suerte de Traverso? Lo conoces, eran amigos. No te pido que busques a un desconocido.

—Después de la universidad sólo lo vi cuatro o cinco veces. La última fue en un foro. Respondió con monosílabos las preguntas que le hicieron; parecía aburrido y sin ganas, como si lo que se decía a su alrededor le importara un comino.

—Es un buen tipo. Recuerda que era de nuestro grupo.

—Las calles están llenas de buenos tipos, pero uno no puede andar arriesgando el pellejo por cada uno de ellos.

—Sólo un par de preguntas, por aquí y por allá. Tú sabes cómo es el negocio, Heredia. No me dejes mal con Viñas.

—No —respondí por cuarta vez, aspirando a todo pulmón una bocanada de humo espeso y dañino—. Hacer las preguntas que se requieren implica enfrentar a tipos acostumbrados a mantener la boca cerrada, a decir lo justo. Además, si ya han conversado con las personas que están más cerca de Traverso, no veo qué más puedo hacer.

—Recuerda que me debes varios favores y que Viñas va a pagar tus servicios.

—No lo olvido. Pero no quiero saber de nada que me obligué a revolver una vez más el pasado. Con los trabajos sencillos que habitualmente hago tengo de sobra para mantener el departamento y dar de comer a Simenon.

—Viñas confía en ti. Me lo dijo el día que fue a verme a la oficina.

—¿Debo emocionarme? ¡Él apenas me conoce!

—Algo le ocurrió a Traverso y tú puedes averiguarlo.

—Salió de viaje, se entusiasmó con una rubia o escapó para no pagar sus deudas. Esperen tres días y si aún no aparece, llamen a la policía.

—Dejó todas sus cosas. Ropa, libros, recuerdos. Podemos ir a la pensión de Traverso. Conozco a la dueña y sería bueno que vieras el lugar.

—No —dije por quinta vez.

Campbell volvió a ponerse de pie, sacó de su chaqueta un sobre café y lo arrojó sobre la cubierta del escritorio.

—Le aseguré a Viñas que te harías cargo de la investigación. Al menos lee los antecedentes que recopilé. Te harán ver las cosas de una manera diferente —dijo, al tiempo que avanzaba hasta la puerta del departamento y dejaba tras de sí el eco impertinente de un portazo.

4

Minutos más tarde imité los pasos de Campbell. Dejé el sobre sin abrir encima del escritorio y salí a la búsqueda de un poco de aire. Observé mi aspecto en el espejo del ascensor. Había subido unos gramos en los últimos meses, pero aún me sentía ágil, capaz de andar treinta cuadras y golpear en el mentón a cualquiera que no midiera más de dos metros.

Caminé hacia el centro y al llegar a la calle Matías Cousiño entré al TELETRAK. El lugar era una sucesión de salas con grandes pantallas de televisión. El ambiente era distinto al de las lóbregas agencias de apuestas que solía visitar en el pasado, y lo único que seguía inalterable era la ansiedad de los jugadores que apretujaban los programas entre sus manos, mientras estudiaban los antecedentes y posibilidades de los caballos. En definitiva, la modernidad cambiaba las apariencias, pero los sentimientos seguían siendo los mismos. O al menos eso era lo que deseaba creer.

Tomé un programa que alguien había arrojado al suelo y di una rápida lectura a la lista de los caballos que competían en la carrera más próxima. Mi técnica de juego era simple. Elegía el caballo que había llegado quinto o sexto en su última competencia, a no más de tres cuerpos del ganador y, luego de comprobar que su dividendo estaba varios puntos sobre los favoritos, hacía mi apuesta. Ese mediodía la fórmula fue efectiva y al cabo de una hora, salí del Teletrak con veinte mil pesos extras en los bolsillos.

Sin embargo, pese al éxito en el juego, una inquietud anidó en mi interior apenas salí de la oficina de apuestas.

Primero fue el ritmo inseguro de mis pasos que no atinaban a seguir un rumbo fijo y, enseguida, el recuerdo del sobre de Campbell. ¿Debía responder a la solicitud de mi amigo? ¿Cómo estaría Traverso en la actualidad? ¿Podría conversar con él, recordar los viejos tiempos? ¿Sería real la preocupación de Viñas? Preguntas, demasiadas preguntas. Había pasado los últimos años buscando respuestas para satisfacer la curiosidad de gente extraña. A veces con éxito y a veces no. ¿Y mis propias preguntas? ¿Existían, o tal vez nunca me las había hecho? La única certeza era esa obsesión por las vidas ajenas que, disfrazada de curiosidad o deseo de justicia, me llevaba a explorar las existencias ajenas. Obsesión que en los últimos meses había aplacado atendiendo las diligencias de cobranzas que me encargaba Razetti, un abogado que tenía su oficina en la calle San Diego, y que me mantenían lo suficientemente ocupado como para no interesarme en la búsqueda de Traverso.

—Una copita con las niñas, son lindas y cariñosas —dijo un muchacho rubio que estaba de pie junto a la puerta del *Peter Pan*, el cabaré más miserable del barrio.

—No desperdicies energías conmigo.

—¿Y algo más tierno? —preguntó el muchacho, al tiempo que me entregaba un volante impreso en un papel amarillo. «Relax Romy» —leí—: «Las mejores chicas de la Capital. Horas intensas para explorar los deseos. Se aceptan tarjetas de créditos. No se lo pierda».

Arrugué el papel, lo tiré a un costado de la vereda y el muchacho me observó con cara de poco amigo. Me alejé unos pasos y crucé la calle para entrar al restaurante *El Sótano de Gussa*, próximo a la calle Bandera. En él se encontraban tres parejas y dos grupos de amigotes que bebían cerveza con entusiasmo. Recordé un dicho del Inspector Cortés, el personaje creado por el escritor René Vergara: «El policía se hace de noche y en los bares». Pedí una Guinness y con la copa entre las manos miré a la gente que pasaba por la vereda. Observar el mundo que tenía alrededor era mi entretenimiento favorita y la principal razón del oficio que ejercía.

5

Desperté con el recuerdo de Traverso. Había soñado durante toda la noche, pero era incapaz de retener la más mínima imagen. En la boca conservaba un gusto amargo y en el estómago parecía tener aposado un adoquín, producto de la cerveza

bebida la noche anterior. Simenon estaba a mi lado. Me observó con sus ojos entornados y alargó sus patas hasta rozar mi pecho. Lo tomé entre mis brazos y al ritmo de sus ronroneos le acaricié la barbilla.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—¿A quién le importa el reloj? Nadie nos espera en ninguna parte. Podemos seguir así toda la mañana.

—«Pangur, blanco Pangur, qué felices estamos juntos, solos, el estudiante y el gato».

—¿Qué demonios es eso? ¿Otra de tus aburridas citas?

—Un poema irlandés del siglo VII. Lo leí en mis andanzas por las librerías de la calle San Diego.

—¿Qué te gustaría hacer esta mañana, Heredia?

—Nada. ¿Y a ti?

—¡Nada!

—Campbell quiere que ubique a un tipo al que conocí hace algunos años.

—¿Te pagan lo justo?

—Supongo que sí, soy malo para fijar tarifas y peor para cobrarlas.

Simenon apartó su cuerpo de mi lado y se deslizó hacia el suelo de la habitación. Lo vi dar unos pasos y luego detenerse junto a la puerta del dormitorio.

—¡Voy a preparar mi desayuno! Conversar de negocios me abre el apetito.

Mientras esperaba que hirviera el agua, tomé el sobre de Campbell y lo abrí. De su interior saqué varias fotocopias de entrevistas a Traverso, dos hojas con sus datos personales y una foto. Andrés tenía cuarenta y cinco años, y después de leer las fotocopias supe que había sido candidato a concejal por un sector de Santiago donde seguramente no había votado por él ni su familia. Era un luchador condenado al fracaso. Pero no era su culpa, sino de la época que marginaba y convertía en parias a los que pensaban como él. Leí que había estado casado con una compañera de la universidad y que a causa de sus actividades políticas había vivido clandestino durante una década. El resto de las notas reiteraban las ideas que Campbell tenía sobre la desaparición de Traverso. Dejé la hoja sobre la mesa y tomé la foto. Era una imagen antigua y de inmediato recordé su origen. La habían tomado el año 1974, en el casino de la Escuela de Derecho, una semana después de que ingresamos a estudiar; ellos por primera vez, y yo tratando de recuperar el entusiasmo por una carrera que había suspendido dos años antes.

Como un estudiante aplicado que repite su lección fui recobrando los nombres de los que aparecían en la foto. Adriana López, Daniel Munizaga, Bernardo Torres, Joaquín Pérez, Traverso, Pablo y Juan Durán, Saúl Sánchez, y el traidor Roberto Osorio. Y en un extremo, borroso y en exceso joven, Heredia. Una linda foto, salvo por un detalle que consiguió alertarme. Los rostros de Traverso, Sánchez y Munizaga estaban rodeados por círculos rojos; y el de Pablo Durán, tachado con una cruz de igual color. Una fugaz idea cruzó mis pensamientos y sin preocuparme del hervor de

la cafetera, tomé el teléfono.

—Diez de la mañana —escuché decir a Campbell—. Acabo de ganar una cena. Aposté con Viñas a que llamarías antes del mediodía.

—¡Cabrón! Te diste la molestia de llenar el sobre con la información necesaria para hacerme brincar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Campbell, con un falso tono de inocencia.

—¿Dónde encontraste la foto?

—Estaba en la pieza de Traverso, pegada en una de las paredes.

—¿Quién hizo la cruz y los círculos?

—Lo ignoro, pero temo que tienen cierta lógica. Daniel Munizaga murió hace seis meses, atropellado por una camioneta a la salida de su trabajo. La investigación policial determinó que fue un accidente, aunque nunca se pudo identificar al conductor. Sánchez apareció colgado en su departamento, hace dos meses; al parecer sufría una fuerte depresión y eso motivó su autoeliminación.

—Un círculo para ellos, y una cruz para Pablo que murió el año 1975. ¿Una cadena de asesinatos?

—Es difícil decirlo. Munizaga nunca se destacó por hacer algo que despertara odios o envidias. Hasta el día de su muerte, trabajaba en una pequeña fábrica de buzos deportivos, de la que era socio junto con su padre. Estaba separado y vivía con su hija mayor. En la universidad fue un estudiante tranquilo y hasta donde sé, nunca se metió en política.

—¿Quiénes conocen la foto?

—Viñas y nosotros dos.

—El resto de los que aparecen en ella, ¿saben algo?

—Hasta donde yo sé, nada.

—¿Sabes si recibieron anónimos?

—No he hablado con ellos.

—Creo que has logrado doblarme la mano.

—¿Vas a buscar a Traverso?

—Voy a buscar sus huellas. No te prometo resultados, pero sí alguna respuesta para la inquietud que me provocó tu sobre. Después de todo, no puedo dejar de recordar que mi rostro también aparece en la foto.

Una foto del pasado. Tras de la cámara había estado Gálvez, un muchacho antofagastino que al término de ese semestre, y como ocurrió con otros estudiantes provincianos, volvió a su ciudad rumiando un fracaso de malas notas y pensiones miserables a las que nunca se acostumbró. Acababan de entregar las calificaciones y en el casino comentábamos la supervivencia a los estudios y la próxima llegada de las vacaciones de verano. ¿Qué significaba esa foto? ¿Una huella nostálgica? ¿La advertencia de alguien que cobraba sus cuentas? ¿Y qué sería de cada uno de los que aparecían retratados en la foto? Desde entonces, de ellos sólo había tenido noticias vagas. Fugaces encuentros en las calles del centro, saludos a la entrada de un cine. Segundos, minutos sin huellas, siempre apremiados por la prisa y los compromisos de las nuevas vidas. Y entre todos ellos, Pablo Durán prolongando su ignoto final.

Munizaga y Sánchez, muertos. Traverso, inubicable. Juan Durán continuaba en Francia, sin ganas de retornar al país. Roberto Osorio dedicado a su bufete. Bernardo Torres, Adriana López y Joaquín Pérez, anónimos, en algún lugar de Santiago sin nada especial para recordarlos. Miré una y otra vez la foto. Un grupo espontáneo, unido por las clases y el reconocimiento de ciertas ideas supuestamente comunes. Frases en claves para lo innombrable. Silencios y confesiones al calor de una cerveza. Miedo, mucho miedo, y la inocencia cortada de raíz. Sueños falsamente congelados, porque al final de algunos años, sin saberlo entonces, poco o nada se podría recobrar. ¿Qué sería de ellos? me pregunté hasta que la ansiedad me obligó a huir de la oficina y caminar hacia el Parque Forestal, a la búsqueda de otros recuerdos.

El vetusto edificio de la Facultad seguía aparentemente igual. Sus columnas, su torre con el reloj en lo alto, la entrada amplia. Pero, a diferencia del pasado, se veía cubierto de pancartas y lienzos que promovían a los candidatos de una próxima elección de dirigentes. Consignas escritas con trazos gruesos y coloridos; símbolos de una democracia desconocida para los del grupo retratado en la foto. Mientras cruzaba la puerta de la Facultad recordé la mañana en que sorprendí a Pablo Durán lanzando panfletos en el baño. Su sonrisa nerviosa, mi mirada cómplice, la mano que me ofreció minutos después para sellar nuestra amistad.

Una vez dentro del edificio, vi a los estudiantes que conversaban en los pasillos; y en el patio interior, reencontré la pileta donde fuimos arrojados, uno a uno, sin piedad, por los alumnos de los cursos superiores. De esa pileta había salido con mis ropas empapadas, y mientras miraba caer a las otras víctimas había sentido la cercanía de Joaquín Pérez ofreciéndome la cajetilla de cigarrillos que, milagrosamente, se había salvado de caer al agua.

Durante media hora recorrí los pasillos de la facultad y luego, cansado de soportar las miradas inquisidoras de los universitarios que se cruzaban en mi camino, decidí que no tenía otra opción que saldar las cuentas con el pasado. Busqué un teléfono y, por segunda vez en esa mañana, llamé a Campbell para pedirle que me acompañara a conocer la pensión de Traverso.

Campbell esperaba junto a la puerta de una casona ubicada en la calle Vergara, a media cuadra de la Plaza Ercilla y cerca del Parque O'Higgins, adonde iba a leer o descansar años atrás, antes que comenzaran a recortarle sectores para instalar restaurantes o juegos mecánicos que iban reduciendo el pulmón forestal más grande de Santiago. Detuve el Chevy Nova frente a la casona y Campbell agitó sus manos a modo de saludo, mientras apachurraba con su pie derecho, el que supuse sería su enésimo cigarrillo de la mañana.

—¿Qué sientes al estar preocupado de un buen asunto? —preguntó risueño y luego, sin esperar mi respuesta, agregó—. Conversé con la patrona y no tiene inconvenientes para que entremos a la pieza de Traverso.

Doña Fresia, la dueña de la pensión, era una anciana risueña y parlanchína. Nos saludó amablemente y mientras recorríamos un extenso pasillo oscuro, contó las vidas y milagros de a lo menos seis de sus pensionistas. Preguntó acerca de mi interés por Traverso y sin dar muchas luces al tema, insinué la devolución de unas primas mal cobradas que beneficiarían las arcas del ausente. Cuando llegamos a la pieza, abrió la puerta y anunciando que iba a preparar té, nos dejó a solas, en un cuarto sin más atractivo que el ventanal a través del cual se apreciaba la exuberancia de un patio interior lleno de árboles y plantas.

—Poca cosa para un político con aspiraciones —comenté, luego de recorrer la pieza en la que sólo había una cama, tres ruinosas repisas con libros y una mesilla que servía de escritorio y velador. De una de las paredes colgaba el afiche de la última elección en la que Traverso había participado.

—Hice algunas indagaciones por mi cuenta —dijo Campbell—. Andrés vive de un sueldito que le paga el Partido. Sus padres son ricachones, pero rompió con ellos cuando dejó la universidad y se dedicó de lleno a la política.

—La vieja historia del hijo pródigo.

—Sólo que Traverso aún no regresa al hogar ni creo que tenga intenciones de hacerlo, a pesar de ser hijo único y de que sus padres están ancianos. Es un solitario químicamente puro, al que muchos de sus compañeros respetan.

Revisé los libros y cuadernos ordenados sobre la mesilla. En los cuadernos había escrito algunas notas de sus lecturas y comentarios sobre noticias políticas publicadas en los diarios, durante el último semestre. Los libros de Traverso eran de una variedad que iba desde los escritos de Gramsci hasta las novelas de John Le Carré y Eric Ambler.

—Encontré la foto junto al afiche —dijo Campbell, indicando la imagen retocada de un Traverso que sonreía a la fuerza—. Cuando vi la pieza pensé en una súbita rabieta de Traverso, o en que había buscado algo, de prisa y sin éxito.

—Extraño, muy extraño —comenté al tiempo que caminaba hacia la puerta de la habitación—. Creo que en esta pieza ya no hay nada más que ver, y que es hora de ir

a tomar el té.

—¿Té?

—La señora dijo que iba a preparar té.

Encontramos a doña Fresia en el pasillo. Portaba una bandeja con tres tazas y un platillo de galletas. Se detuvo un instante y nos indicó la sala donde había seis butacas, ordenadas en semicírculo alrededor de un televisor.

—Aquí estaremos cómodos. Aún no llegan los pensionistas. Esta es la sala de las niñas, donde ven las teleseries y las noticias. La otra, que está al fondo de la casa, es para los jóvenes. Ellos sólo ven los partidos de fútbol.

—¿No le extrañó la ausencia de Traverso? —le pregunté luego de probar el té que sabía a una rara mezcla de yerbas, canela y azúcar.

—Hasta que vino el señor Campbell no me preocupé. Andresito, así lo llamo yo, trabaja como vendedor viajero y sale frecuentemente de Santiago. A veces está un mes sin aparecer.

—¿Entró alguien a su pieza?

—Que yo sepa, no. Claro que tengo mis horitas en las que duermo siesta, y otras en que salgo a ver a mis amigas del barrio. Pero las empleadas que me ayudan con las tareas de la casa se habrían dado cuenta; aunque son tan zopencas que a veces se quedan boquiabiertas viendo las teleseries.

—¿Vino alguien a verlo? ¿Tenía alguna visita que se repitiera?

La mujer miró a Campbell y luego su taza de té, como buscando respuesta a una repentina inquietud.

—No sé si debiera...

—Somos amigos de Andrés —afirmó Campbell.

—Ustedes van a creer que soy una vieja chismosa.

—Jamás pensaría eso doña Fresia —dije—. Con mi larga experiencia como agente de seguros sé bien cuando estoy frente a una dama.

—Que amable es usted, joven.

—¿Amigos? ¿Amigas? —insistí.

—¿Con frecuencia?

—Al menos en los últimos meses.

—Uno y uno.

—¿Cómo así?

—Una mujer viene a verlo a menudo. A mí no me gusta mucho, es algo seria y bastante mayor que Andresito. Pero, gustos son gustos, y yo no me meto en la vida ajena. Por lo demás, suelo hacer la vista gorda con Andresito. Mal que mal es un hombre adulto y sé que no hará ningún escándalo.

—¿A qué se refiere con eso de la vista gorda?

—En contra de las reglas de la casa, permito que Andresito reciba a esa mujer en su pieza. Y a veces ella se queda a pasar la noche.

—¿Cómo es ella?

—Tengo una foto que nos tomamos los tres. Espere un segundo, la voy a buscar.

La mujer se puso de pie, salió de la habitación y al poco rato estuvo de vuelta con una foto entre sus manos.

—Está desteñida —dijo al tiempo que me pasaba la imagen—. La tengo en la cocina y recibe mucho sol.

En la foto aparecía doña Fresia, Traverso y una mujer rubia. Traverso parecía relajado, contento, y la rubia hacía esfuerzos por mantener su sonrisa de dientes pequeños y labios finos. Delgada, casi sin pechos, con la cabellera recortada. Su atractivo no debía provocar silbidos en la calle.

—¿La conoces? —pregunté a Campbell que observaba la foto por sobre mis hombros.

—No.

—Se llama Alicia —dijo doña Fresia.

—Alicia qué más.

—Sólo Alicia. Usted sabe...

—No se mete en la vida ajena. ¿Qué tan a menudo venía?

—No más de una vez por semana.

—¿Ha venido en los últimos días?

—Hasta donde yo sé, no.

—¿Quién es la otra visita? —preguntó Campbell a la mujer.

—Un hombre como de la edad de Andrés. Simpático y bueno para conversar. Su aspecto no es muy decente que digamos. Suele andar con la camisa sucia y parece no tener mucha ropa. Se llama Joaquín Pérez.

—Joaquín Pérez —murmuró Campbell—: En la universidad teníamos un compañero con ese nombre.

—Vino a buscar a Andresito hace tres días. Se alteró cuando le dije que no estaba. Me dejó esto —dijo doña Fresia, sacando una tarjeta de visitas desde su delantal.

La tarjeta parecía haber sobrevivido a una guerra nuclear, y entre varias manchas de sebo, leí el nombre de Joaquín Pérez y bajo este, la leyenda: abogado. La dirección y los teléfonos impresos en la tarjeta estaban tachados con lápiz pasta, y sobre el nombre de Pérez aparecía anotado el número de un teléfono celular.

—Me encargó decir a Andresito que lo llamara y varias veces me preguntó si sabía a qué hora podía encontrarlo. También me pidió un vaso de agua. Diría que andaba cansado y hambriento.

Miré la tarjeta y enseguida a Campbell. Le hice un guiño cómplice a espaldas de doña Fresia y dejamos que la mujer siguiera hablando unos quince minutos más, hasta que el pájaro del reloj cucú que colgaba de una de las paredes salió a cantar con entusiasmo, anunciando la llegada del mediodía. Guardé la tarjeta y nos despedimos de la dueña de casa, luego de pedirle que nos llamara en caso de tener noticias respecto de Traverso.

—¿Qué te parece lo de Traverso y sus visitas? —preguntó Campbell, mientras me

veía luchar con el arranque del Chevy Nova.

—Ella se ve algo vieja y deslavada.

—¿Y qué me dices de Pérez? Joaquín destacaba por su buena facha y cuidadosa presentación. Y ahora anda sucio y mal vestido. No calza con la imagen que tenía de él.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Dos o tres años atrás. Parecía un príncipe. Casado con una pituca y con un buen trabajo en el bufete del suegro. ¿El de la tarjeta será el mismo que conocemos?

—Espera a que lleguemos a una luz roja para que saque mi bola de cristal.

—No era buen alumno, pero sí inteligente. Le bastaba calentar las materias para sacar tres coloradas en los exámenes.

—Salimos de cacería varios sábados por la noche, a pesar que yo no era la compañía más adecuada para él. Le gustaba bailar y conocer muchachas.

—Lo que no me cuadra es que él y Traverso nunca hicieron buenas migas. Nos acusó de prejuiciosos y de no tener ninguna prueba concreta en contra de Osorio.

—¿Nunca?

—En primer año se soportaban; al final de la carrera, trataban de no encontrarse en un mismo sitio y a la misma hora.

—Entonces, si estamos hablando del mismo Pérez, ¿por qué lo busca después de tantos años?

—Lo que terminó de separarlos fue el asunto de Osorio. Traverso estuvo del lado de los acusadores y Pérez lo defendió hasta donde pudo.

—Jamás he oído una versión completa acerca de lo que hizo Osorio.

—¿Tienes tiempo para escuchar una historia, Heredia?

—Todo el que demore en beber una caña de vino. Mal que mal, ya pasó el mediodía y eso me autoriza para acariciar una copa.

—¿Sigues los consejos de algún médico?

—Sólo los de Simenon. Con los años ha comenzado a predicar sobre el orden y la disciplina.

8

La conversación con Campbell me hizo remarcar el nombre de Osorio en la lista que había elaborado a partir de la foto encontrada en la pieza de Traverso. Pérez, Osorio, Alicia. Nombres fantasmales que hubiera preferido olvidar para dejar el

pasado como lo que era: un compendio de errores y horrores. Sumarme al lodo amnésico que cubría las calles de Santiago y como muchos otros, trabajar de sol a sol, soñando con la llegada del fin de semana y una hamburguesa de ocho centímetros de alto, repleta de salsa y colesterol. Pero eso no era más que una ilusión. El pasado, mi pasado y todo lo que me rodeaba, estaba impreso en mí, como una segunda huella digital, y nada de lo que hiciera en el futuro podía estar desligado de ese tiempo, en que vivir tenía la fragilidad de una vela encendida en la intemperie.

Dejé a Campbell rumbo a su trabajo y entré al bar *Victoria* a beber una cerveza. El lugar era atendido por un mozo de aspecto somnoliento y tres docenas de moscas que se acercaron a mi mesa con inesperada gentileza. Escribí el nombre de Pérez en una servilleta. Luego, dejé que la modorra me cogiera de las mechas y dormité, acodado sobre la mesa. Horas más tarde, al despertar, la noche comenzaba a caer sobre Santiago y en la mesa más próxima, cuatro hombres seguían las alternativas de un concurso de belleza transmitido por televisión. Salí a la calle y me dejé llevar por el aroma que brotaba de los árboles. Me dije que amaba Santiago; cada uno de sus rincones desde Plaza Italia al poniente, sus calles semidesiertas a las dos de la madrugada y la promesa de una navaja en el vientre de los solitarios; los bares que prolongan la Alameda con sus luces, murmullos y promesas de encuentros inesperados. La democrática fealdad de sus mesas de acrílico, donde se apoyan por igual las tristezas del oficinista, la dependienta de los grandes almacenes, los obreros y las secretarias uniformadas. Amo la dulzura de una copa de vino tinto al pie de la barra, mientras una joven camarera sonríe con la liviandad de las burbujas y un cocinero de rostro sudoroso prepara chacareros, rodeado de un vaho de aceite y rutina. Amo todo aquello que me ignora y me integra a los rincones más vivos de la ciudad; los espacios en que mis ojos registran los rostros de seres oscuros y donde, en noches de fortuna, conozco a las muchachas más solas y tiernas de la ciudad.

Ubiqué un teléfono público y llamé a Viñas justo en el momento en que éste salía de una de sus reuniones. Estaba de buen ánimo y, pese a lo avanzado de la hora, no puso reparo para reunimos en una fuente de soda próxima a donde me encontraba.

Media hora más tarde, con sus codos apoyados sobre la barra, Viñas parecía más viejo de lo que realmente era. Su rostro mostraba las huellas dejadas por muchas horas de vigilia y de representar su tedioso rol de dirigente infalible.

Probó el café que había pedido y me observó detenidamente, calculando el valor que debía dar a lo que estaba a punto de escuchar.

—Van a dar las doce —dije, sin saber muy bien cómo iniciar la conversación.

—Hoy me desocupé temprano. Generalmente estoy en reuniones hasta la una o dos de la mañana. Duermo unas horas y a las seis me levanto para revisar la prensa y ordenar la agenda del día. Estoy en lo mismo desde que era un liceano. O de antes, cuando acompañaba a mi padre a sus reuniones del sindicato de panificadores —dijo y luego de una pausa, agregó—: Supongo que no nos juntamos a conversar de mi vida. Usted dirá cuál es la razón de esta reunión.

—Quería contarle que decidí buscar a Traverso.

—Sí, ya lo sabía. ¿Campbell lo convenció?

—Fue la foto que me mostró Campbell. Una foto de aquellos años en que usaba cabellos largos, pantalones patas de elefante y chalecos artesanales. Me gustaba leer a Sartre, oír a Santana y a Gardel. Jugaba al baloncesto, admiraba al Che y las películas del Gordo y el Flaco. Tenía ilusiones y solía reír. Después me puse triste. Había demasiado miedo a mi alrededor y la muerte sonreía, sospechosamente cerca.

—No entiendo qué relación hay entre una foto y esos recuerdos.

—Es un asunto relacionado con los sentimientos. Pero, seguramente sobre eso no nos vamos a poner de acuerdo. Sólo dígame, ¿por qué tanto interés en Traverso?

—Se lo dije en nuestro primer encuentro. Es un dirigente valioso y nos preocupa su suerte.

—Traverso desaparece durante una semana y usted se inquieta. No desea recurrir a la policía y me busca. ¿Está demente o encubre una verdad del porte de una casa?

—Los anónimos. Se lo dije.

—Eso y algo más. No juegue conmigo, Viñas. Si quiere mi ayuda, necesito que me cuente la verdad.

—Temo que Traverso cometa un desatino; anda deprimido y sin su ánimo característico. Una tarde, al término de nuestra reunión, fuimos a tomar un café y después de hablar de su trabajo, dijo que estaba cansado y que el suicidio le parecía una opción válida. La única decisión heroica, fue lo que dijo. Traverso es un dirigente de prestigio y si toma una decisión errada afectará a la causa.

Al oír esto último no pude reprimir una sonrisa.

—¿Qué le hace gracia, Heredia?

—La causa. Su modo de decirlo. Hace años que no escuchaba nada igual. La fe, el convencimiento es lo que me asombra.

—No le pido que la comparta, sólo que busque a Traverso. Usted sabe cómo hacerlo. Tiene tiempo y le aseguro que pagaré sus servicios sin regateos.

—Buscaré a Traverso, pero no sólo por su dinero, sino que también por mi propia tranquilidad. Eso quería decirle, por si descubro algo que no sea de su agrado. No confío en tipos como usted, Viñas. Están demasiado seguros de tener la verdad en los bolsillos y eso no me gusta.

—Sólo actuamos conforme a lo que creemos correcto y necesario.

—No ensaye conmigo sus frases para el bronce.

La precisa metáfora de un dicho reiterado. Se ven caras pero no corazones, pensé mientras escuchaba a Viñas hablar de Traverso. ¿Era el mismo Traverso que yo había conocido? ¿El mismo con el que solía arrancarme de las clases para ir al cine o a las carreras en el Hipódromo Chile? ¿El que lloró una tarde en el Parque Forestal, porque su polola lo había dejado? Oía a Viñas y pensaba en la confusa geografía de las personas. Sólo en algunos datos coincidíamos. Traverso había nacido en Puerto Montt. Su padre era empresario y cuando Andrés se vino a estudiar a Santiago le arrendó un departamento ubicado en la calle San Ignacio.

—Jamás imaginé que podía ser de los nuestros —dijo Viñas—. Nunca opinaba de política. Aunque, claro, en ese año y a pocos meses del golpe militar, lo más lógico era guardar silencio. Uno no sabía a ciencia cierta quién era la persona que estaba al lado. La Facultad estaba llena de soplones y hasta los profesores medían sus palabras y juicios. Los partidarios del golpe andaban eufóricos y con ganas de reventar el alma a todo el que oliera a izquierdista. En una fiesta en la que los asistentes estaban algo ebrios, confesó su militancia a uno de los compañeros, y un mes después de esa fiesta lo abordé. Fuimos a conversar a un restaurante ubicado al inicio de la avenida Salvador. *Real Madrid* creo que se llamaba. Quedó reclutado y rápidamente destacó como uno de los mejores compañeros. Tenía entusiasmo y carecía de miedo. Reuniones, rayados, redacción de documentos, impresión de panfletos. No le hizo asco a nada y rápidamente pasó a ocupar un cargo clandestino en la dirección. Después, a fines del año 1990, decidimos convertirlo en un cuadro público.

—La imagen que tengo de él es la de un tipo que pasaba metido en la biblioteca. La única vez que lo vi salir de madre fue cuando se enamoró de Graciela, su compañera en la universidad. Eran como el aceite y el vinagre, y por eso no me extrañó que duraran casados sólo un año.

—Fue su peor época, Heredia. El padre de Graciela era dirigente de un partido derechista y ella no ocultaba sus simpatías por la dictadura. Un caso de capricho neto. Traverso nunca le confesó sus inclinaciones políticas y aguantó hasta que no encontró nuevas mentiras para justificar sus llegadas tarde a la casa. Terminó su matrimonio, arrendó una mediagua en San Miguel y nunca más vio a su esposa. Algunos, en son de broma, lo llaman «El solterón clandestino». Después de su fracaso matrimonial tuvo romances con algunas compañeras, pero ninguno llegó muy lejos. Para muchos es un ejemplo y por eso me inquietan sus cambios del último tiempo. Estaba cansado y deprimido.

—Hasta donde recuerdo, él solía tener bajones anímicos. Una mala nota, alguien que no lo saludara, eran razones suficientes para que se deprimiera. Y es curioso, ahora que lo pienso, pocas veces hablé de política con Traverso.

—Si encuentra a Traverso, no tengo duda de que él va a confiar en usted. Por eso, más que nada, pensé que era buena idea contratar sus servicios.

—Lo que dice y cómo lo dice, me hace pensar en alguien que aguarda una sorpresa.

—No me malinterprete. Ustedes fueron amigos y se tenían confianza. Además, ni siquiera estamos seguros de que Traverso siga con vida. Él conoce varias claves a emplear en situaciones de emergencia y hasta ahora no ha usado ninguna.

—Crimen político, viejos rencores, riñas callejeras, líos de faldas, deudas. Las posibilidades son muchas.

—Yo no descartaría ninguna de ellas —dijo Viñas. Su rostro parecía hecho de piedra, pero parecía dispuesto a seguir hablando de Traverso o de cualquier otra cosa que nos mantuviera ocupado varias horas. Pensé que se sentía solo o que no tenía deseos de regresar a su casa.

10

Cuando dejé a Viñas frente al Portal Fernández Concha, el portal, a un costado de la Plaza de Armas, recién comenzaba su actividad, y mientras tres o cuatro cartoneros recogían restos de cajas y diarios viejos, los mozos de los restaurantes subían las cortinas metálicas. Entré al *Ex Bahamondez* y me ubiqué en una mesa desde la cual podía observar un fragmento grisáceo de la plaza. Desayuné huevos fritos, pan, dos tazas de café y una gran interrogante que tuvo respuesta cuando al pagar el consumo, entre los billetes, encontré la tarjeta de Joaquín Pérez. La leí y algo en mi interior me dijo que la dirección tarjada con lápiz podía ser una pista.

Conduje hasta el departamento con la intención de tomar una ducha y cambiarme de camisa. Mientras me peinaba frente al espejo que reproducía mi rostro cansado y ojeroso, Simenon llegó a mi lado y se entrelazó en mis piernas.

—No llegaste a dormir. ¿Encontraste a una muchacha cariñosa en tu camino? La verdad es que lo dudo. El viejo Heredia ya no entusiasma a nadie. Cada día tu cara se asemeja más a un trozo de bofe.

—El viejo Heredia te va a patear el trasero si sigues con tus impertinencias —le dije, y al tiempo que anudaba mi corbata, agregué—: En este país uno no es nada sin corbata. Tengo la intención de golpear algunas puertas y no deseo que las cierren al primer vistazo que me den. Tengo un par de ideas que me preocupan.

—También podrías preocuparte de traer un filete de reineta o dos o tres latas de sardinas. Estoy harto de los tallarines recocidos de la vecina.

—Lo tendré presente —respondí dirigiéndome hacia el teléfono para marcar el

número del celular anotado en la tarjeta de Pérez. Era la tercera llamada que hacía a ese número y todas con idéntico resultado. Una voz de mujer informaba que el suscriptor del celular lo tenía desconectado o estaba fuera del radio urbano.

—Hora de apostar a las tincadas —dije a Simenon, al tiempo que tomaba la chaqueta que colgaba sobre el respaldo de una silla—. Te traeré comida pero, por si acaso, no rompas las relaciones diplomáticas con la vecina.

La dirección registrada en la tarjeta correspondía a una casa de dos pisos, vieja pero bien conservada, de la que me atrajo su ventanal de vitrales multicolores que, a esa hora de la mañana, parecía absorber todos los rayos solares. Leí por última vez la tarjeta de Joaquín Pérez y azoté una gruesa mano de bronce que colgaba de la puerta. Al poco rato apareció una anciana que llevaba puesto un vestido azul y, sobre éste, un delantal tan blanco como sus mejillas.

—Busco al señor Joaquín Pérez —dije, de prisa, temiendo que la puerta se cerrara sobre mis narices.

—Don Joaquín —balbuceó la anciana.

—Fuimos compañeros en la universidad.

Del interior de la casa se escuchó un grito y enseguida llegó hasta la entrada una mujer rubia y atractiva.

—Berta, ¿quién es? —preguntó la mujer.

—Un señor que pregunta por don Joaquín.

—Me llamo Heredia y fui compañero de Joaquín en la universidad —dije a modo de presentación.

Mis palabras provocaron una mueca en el rostro de la mujer. Intuí que luchaba por contener una ira repentina y que sus siguientes palabras no serían amables.

—Ya no vive aquí —dijo, cortante.

—La última vez que nos encontramos...

—Ya no vive aquí —repitió la rubia.

—Tal vez usted sepa dónde ubicarlo; a él o a su esposa.

—Yo soy su esposa. Mejor dicho, lo era.

No había pena en las palabras de la mujer. Sólo rabia contenida, como la de un apostador que acaba de perder su último billete. Observé a la anciana que, unos pasos más atrás, arrugaba sus labios en un gesto de tristeza.

—Desde entonces nada relacionado con él me interesa. Adiós, señor Heredia —dijo la mujer y sin agregar nada más, volvió sobre sus pasos hasta perderse al interior de la casa.

—Atracción, romance, luna de miel, tedio, separación y odio. He visto demasiadas veces el mismo ciclo —dije en voz alta y caminé hacia la calle.

—Señor —oí decir a la empleada que me seguía con resignación de perrita faldera. —A don Joaquín lo quiero mucho. Lo crié y cuando se casó me vine a trabajar con él, a esta casa. Si usted quiere ubicarlo...

—¿Sí?

La anciana miró a sus espaldas como temiendo que alguien la estuviera vigilando. Del interior de la casa llegó la voz de la mujer rubia llamando a la empleada.

—No lo veo hace mucho tiempo, pero...

—¡Berta! —insistió la voz de la mujer.

—Un sobrino se encontró con él. Pobrecito, botado como quiltro, en su auto amarillo, en la Plaza Manuel Rodríguez.

—¿Qué trata de decirme?

—Hasta luego, señor. Hasta luego y que tenga suerte.

Traté de retener a la mujer, pero sus pasos se volvieron repentinamente rápidos. Miré hacia la entrada de la casa y vi a la ex esposa de Joaquín Pérez acercándose a su empleada.

Volví al auto y después de recorrer algunas cuadras me detuve en un centro de llamados para intentar comunicarme con Joaquín Pérez. Y una vez más sólo tuve la respuesta modulada y profesional de una telefonista que imaginé morena y atractiva. ¿Dónde estaba Pérez? ¿Qué significaban esos datos nerviosos y entrecortados de la empleada? ¿Un auto amarillo? ¿La plaza Manuel Rodríguez? Decidí salir de la duda y conduje hasta llegar a la plaza. Estacioné frente a un viejo cine convertido en templo evangélico y desde ahí contemplé el parque de juegos en el que unos niños subían y bajaban del resbalín, vigilados por las miradas de sus madres o nanas. Los alrededores de la plaza habían cambiado y en su entorno se alzaban algunos edificios de departamentos, con grandes letreros colgados de las ventanas, promocionando las bondades de sus ratoneras alfombradas. Nada me llamó la atención hasta el momento en que bajé del auto y, a un costado de la plaza, frente a una agencia de la Lotería, vi estacionado un alicaído Volkswagen amarillo. Estaba desocupado y al llegar a su lado observé que el vehículo era una chatarra sostenida sobre sus cuatro ruedas por causa de algún misterio mecánico que estaba lejos de mi comprensión. En uno de los asientos delanteros había un ejemplar del diario *Publimetro* del día anterior y una caja vacía del Burger King. En los asientos traseros vi una almohada y dos chaquetas arrugadas. Traté de abrir las puertas del auto pero no tuve suerte. Cuando hacía el tercer intento escuché unos pasos que se acercaban y al mirar a mis espaldas vi el rostro mal agestado de un cuidador de autos.

—¿Busca algo? —preguntó, blandiendo un garrote en su mano derecha.

—Busco a un amigo.

—Váyase rapidito, no más. No quiero rateros en mi plaza.

Saqué de mi chaqueta la falsa placa del Servicio de Investigaciones que años atrás había comprado en el Persa Bío Bío y se la mostré al hombre.

—Disculpe —dijo, renunciando a la amenaza de su garrote—. Es que a veces andan tipos con ganas de robar. Me pagan por cuidar los autos y no quiero que nadie me perjudique el negocio.

—¿Qué pasa con este auto?

El cuidador movió los hombros.

—¿Sabe de quién es?

—De un hombre que aparece por las noches, se mete en el auto, come alguna cosa y duerme. Siempre igual desde hace tres meses a esta parte. Un vecino llamó a Carabineros, pero éstos no hicieron nada. El auto no es robado y el sujeto tiene sus papeles en regla.

—¿Usted ha hablado con él? ¿Cómo es?

—Dos o tres veces. Cuando me ha pedido fuego para encender sus cigarrillos. Es delgado, alto, relativamente joven.

—¿A qué hora aparece?

—Diez o once de la noche.

—Volveré —dije, al tiempo que registraba el número de la patente en mi libreta de apuntes—: Si lo ve, no le diga que lo andan buscando.

El hombre volvió a mover los hombros en un gesto de indiferencia. Regresé a mi auto y encendí un cigarrillo. Cinco minutos más tarde el vehículo amarillo seguía en su lugar, el cuidador lavaba un Daewoo rojo que estaba frente al templo evangélico y una docena de niños jugaban a correr tras de una pelota.

—Volveré —me dije a mí mismo y puse en marcha el Chevy.

11

En el departamento me esperaba una carta de Anselmo, el suplementero que había sido mi vecino hasta que la fortuna puso a su alcance a una adivina que lo llevó a Viña del Mar, lejos del barrio donde él había pasado gran parte de su vida. Su letra despatarrada difícilmente hubiera pasado una prueba de caligrafía elemental y lo que contaba en la carta tenía el acento inconfundible del tedio. Su existencia estaba reducida a seguir los pasos de la adivina y aunque decía estar feliz, añoraba las tardes en las que apostábamos a las carreras de caballo en el Teletrak del vecindario, o nos quedábamos en el departamento escuchando tangos, discutiendo acerca de las bondades de Piazzolla y Pugliese.

—El viejo y buen Anselmo te envía saludos —dije a Simenon que estaba sobre el escritorio—. Su carta me hace pensar que pronto se va a cansar de su vida en Viña del Mar, y lo tendremos de nuevo rondando por el barrio.

—Echo de menos los bifés que me traía de «La Vega».

—En el mundo hay otras cosas más importantes que tu absurda panza.

—Probablemente, pero es muy distinto ver la vida desde una tallarinada que

desde un mísero pote de yogur —agregó Simenon.

—Anselmo extraña el barrio. No sabe que ha cambiado desde que él se fue. Menos tiendas viejas y más acrílico. Incluso andan diciendo que van a derrumbar *La Piojera* y terminar con sus barriles de chicha, huevos duros, escabeches y perniles. Seguro que en su reemplazo van a instalar un negocio de comida rápida. Y nuestro edificio, ¿viste lo que parece todo pintado de rosa?

—Me reservo la opinión. Mejor cuéntame cómo te fue por la mañana. ¿Andabas trabajando, o qué?

—Un tiro al aire o casi. Parece que Pérez tuvo algunos problemas con su mujer.

—Suele ocurrir.

—Lo que me inquieta es lo del auto.

—¿Qué auto, Heredia?

12

El auto amarillo estaba en el mismo lugar donde lo había visto por la mañana, vigilado por las sombras de los árboles y del neón que alumbraba los senderos desiertos de la Plaza Manuel Rodríguez. Del cuidador no había indicios a la vista; una pareja de enamorados permanecía sentada en un escaño, bajo la luz anaranjada de un farol y, a la distancia, en una esquina de la plaza, una patota de muchachos bebía cerveza. Desde el interior del Volkswagen brotaba la roja huella de un cigarrillo, y al acercarme, oí el inconfundible sonido de un saxo.

Pérez estaba sentado en la butaca del conductor. En sus labios sostenía el cigarrillo y con su mano derecha seguía los acordes de la pieza de jazz que brotaba de la radio del auto. Abrí la puerta del acompañante y me senté junto a él.

—¡Fuera! —bramó Pérez, sorprendido.

—¿No reconoces a tus amigos? —pregunté acercándome a su rostro hasta sentir el olor a tabaco y cerveza que salía de su boca.

Pérez me observó un instante y cuando su memoria ubicó la información que necesitaba, dio una calada vigorosa a su cigarrillo.

—¿Heredia? —preguntó entusiasmado—. Si me cruzo contigo en la calle no te reconozco. Te ves raro, cambiado.

—Viejo. Esa es la palabra correcta.

—Heredia —insistió Pérez—. ¿Qué haces aquí?

—Andaba recorriendo el barrio y decidí conocer tu hotel móvil.

—Las desgracias, como la peste, se difunden rápido.

Saqué un cigarrillo y mientras lo encendía observé a Pérez. Estaba delgado y semicalvo. Su aspecto era la sombra del muchacho rubio y apuesto que había conocido en la universidad y por el cual las compañeras de estudios suspiraban sin recato.

—¿Qué quieres que te diga? —pareció preguntarse a sí mismo—. Me avergüenza que me veas en este estado. ¿Lo podías imaginar? De pronto, todo se fue al diablo, el trabajo, la oficina, mi casa y los amigos.

—A veces, cuando encontraba a los muchachos de la Facultad, se quejaban de ti. Pérez ya ni saluda, me dijo más de uno de ellos. ¿Qué pasó?

—¿Quieres escuchar una historia penosa?

—Me gustan los cuentos lacrimógenos. Cuando era chico y vivía en el orfanato, había una cocinera que escuchaba todas las tardes los radioteatros de Moya Grau. Yo la acompañaba, primero por la posibilidad de recibir algún embeleco o un trozo extra de pan y, después, porque le tomé el gustillo a las historias sentimentales. Un amigo escritor, al que acostumbro a contar cosas de mi trabajo, suele decir que la vida es más tango que el mismo tango.

—Desde que egresé de la universidad y hasta hace dos años trabajé en la oficina de mi suegro. El viejo agarró oro a manos llenas durante el Gobierno militar y luego, cuando Pinochet aflojó las amarras, dio un par de volteretas en el aire, se acordó de algunos amigos demócratacristianos y continuó haciendo buenos negocios. Yo le seguía el amén y hacía mi trabajo. Estaba bien, tenía el futuro asegurado, pero se cruzó en mi camino una colega joven, y el resto te lo puedes imaginar.

—Lo supo tu esposa y el suegro.

—A la primera sospecha de mi esposa, el viejo contrató los servicios de una agencia de investigadores privados. Los tipos no repararon en gastos y entregaron el informe final con fotos y grabaciones. Di explicaciones pero no aceptaron ninguna. Al final, los mandé al carajo. Pensé que saldría adelante por mi cuenta. Sin embargo, el viejo tiene influencias poderosas en estudios de abogados, ministerios, tribunales y empresas. Los conocidos le sobran. Me hicieron la cruz en todas partes y ahora, a duras penas pesco un caso de nulidad matrimonial o uno que otro lío laboral de poca monta. La coleguita se mandó a cambiar y me transformé en eso de lo que siempre hice mofa: un tinterillo de traje gris y corbata sebosa. Salí de la casa, arrendé un departamento, luego una pieza de pensión, y al final, cuando perdí ahorros y crédito, terminé durmiendo en este auto.

—Jamás te habría imaginado metido en un lío semejante.

—Al que le toca, le toca —dijo Pérez y, luego de mover sus hombros con desgano, preguntó—. ¿Y tú?

—Nada que merezca una crónica en la prensa —dije, y le conté mi vida en el tiempo que duró encendido un nuevo cigarrillo. Después lo dejé hablar de sus penurias. Necesitaba desahogarse con alguien y yo tenía tiempo para escucharlo.

—Las vueltas que tiene la vida —dije al cabo de un rato—. Es un dicho común, pero como muchos de ellos, certero.

—Aquí estamos nosotros, conversando, por una casualidad. ¿O no es así? ¿Te envió mi suegro o mi mujer?

—Busco a Andrés Traverso.

—Ya somos dos, Heredia. ¿Qué te hizo a ti? ¿Por qué lo buscas?

—Dejó la pensión donde vive y no le avisó a nadie. Unos amigos quieren saber dónde está y me contrataron. Supe que tú lo ibas a ver y aquí me tienes, recordando los viejos tiempos.

—Me encargó un trabajo y nunca quiso pagar. Por eso ando tras de él.

—¿Qué clase de trabajo?

—Una posesión efectiva que debía dejarle una gran cantidad de dinero en los bolsillos. La herencia de una tía solterona que murió y que al parecer le tenía cariño.

—¿Terminaste el trabajo?

—Sí, aunque no con el resultado que esperaba Traverso —respondió Pérez, en voz baja. Intuí que en el cuento de Pérez existían aspectos que no deseaba revelar.

—Tú y Traverso no eran muy amigos en la universidad —comenté.

—Él tenía sus ideas políticas y yo las mías. Hoy esas cosas a nadie le importan mucho. Un día lo encontré en la calle, le hablé de mi situación y él me dijo que necesitaba un abogado. Lo fui a ver a su casa varias veces y luego desapareció. Eso es todo.

—¿Te dice algo esta foto? —pregunté al tiempo que le pasaba la imagen de nuestro grupo universitario.

—Nada en especial. No soy bueno con los recuerdos. ¿Es del primer año en la universidad?

—¿Recuerdas a los que están marcados con los círculos rojos?

—Durán es el de la cruz. Los otros no me dicen nada. Eran tantos los alumnos en la universidad que es difícil acordarse de todos.

—Daniel Munizaga y Saúl Sánchez.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Por qué el lápiz rojo?

—Los dos están muertos. ¿Traverso no te hizo ningún comentario sobre ellos? —pregunté, y Pérez hizo un gesto de sorpresa que me pareció convincente.

—Si así hubiera sido, tal vez lo recordase.

—¿Tal vez?

—Vivo con la cabeza metida en el hoyo de mis problemas.

—Por ahí dicen que la vida es dura, y que los cien primeros años son los peores. ¿Algún otro comentario sobre la foto?

—Éramos jóvenes y bellos —dijo Pérez, al tiempo que observaba su rostro en el espejo retrovisor del auto—. No sé qué buscas con esa foto, pero no te puedo ayudar.

—La próxima vez que pase por esta plaza espero verte durmiendo en un Mercedes Benz.

—La próxima vez, no me verás en este estado.

—Aún te queda un poco de la pasta de antaño, Pérez.

—Y a ti las ganas de embromar a todo el mundo.

—A todos no, sólo a algunos.

—Si encuentras a Traverso, dale saludos de mi parte —dijo Pérez más tarde, antes de que lo dejara en su auto—. Y dile que se acuerde de la deuda.

Le entregué dos mil pesos que me pidió en calidad de préstamo y luego, mientras recorría la plaza como un fantasma inofensivo, recordé la imagen de Pérez en la universidad. Su estampa que le daba buenos dividendos con las muchachas, su tranquilidad en las clases, cuando respondía las preguntas de los profesores, y la seguridad que emanaba de sus poros como algo natural. El inevitable tema de la traición; todos cambiamos con los años, sólo que algunos lo hacen más que otros, me dije mientras entraba a *La Bohème*, un bar ubicado en la calle Almirante Latorre, a pocos pasos de la Alameda, al que llegaban vendedores viajeros y los noctámbulos del barrio.

SEGUNDA PARTE

1

Habían transcurrido dos días desde el encuentro con Joaquín Pérez y, desde entonces, poco o nada había hecho por dar con el paradero de Traverso. Sin querer pensar en él, busqué en mis otros trabajos una excusa para no seguir las huellas que, inevitablemente, me deberían conducir hacia los viejos dolores. Esa mañana desperté con una resaca que borroneaba y hacía difusos mis pensamientos. La noche del encuentro con Pérez, y después de beber dos copas en *La Bohème*, había terminado en un bar de la calle Brasil, acompañado de tres fotógrafos desconocidos y una secretaria regordeta a la que ese día habían despedido de su empleo en una empresa de turismo. En algún momento, al final de la noche, los cinco subimos a un taxi destartalado y, después de un breve recorrido, descendí frente al Caracol Bandera, iluminado a esa hora por las luces de los cabarés que atraían a los pasajeros más erráticos de la noche. Recordaba eso y nada más. Unas cuantas horas insignificantes que prefería olvidar, y el eco de una charla a la que me sumé para demorar el regreso a mi departamento.

Por la ventana de la oficina veía un fragmento del río Mapocho y el habitual ir y venir de gente por la calle Bandera. Nada nuevo. Un paisaje que muchas tardes contemplaba, con Simenon entre mis brazos y el recuerdo de unos versos de Fernando Pessoa: «*Hoy, en este ocio incierto/ sin placer ni razón, como un túmulo abierto/ cierro mi corazón./ En la inútil conciencia de que todo es en vano,/ lo cierro a la violencia de este mundo inhumano*». Mis días transcurrían sin sobresalto. Despertar, preparar el desayuno, comprar el diario en el quiosco de la esquina; luego, unas horas de lectura o de trabajo si era necesario, la pausa para almorzar en el Mercado Central, más lectura o trabajo, y al atardecer, la lenta caminata hasta el City

Bar. Después de cumplir cuarenta y cinco años había aprendido varias cosas: Una: nunca sería un centrodelantero al que recordaran por sus goles de media cancha; dos: los pequeños actos cotidianos —subir escaleras, ir al Correo, abandonar la cama por las mañanas, reponerme de las borracheras— se hacían más lentos; tres: pocas cosas me hacían tan feliz como nadar en el mar y beber una copa de vino tinto.

Preparé una taza de café y me senté junto al escritorio a releer la carta que había recibido dos semanas atrás, en la que me ofrecían la edición de una página web en Internet que me proporcionaría clientes desde el mismo instante en que mi nombre saliera a volar por el ciberespacio. Rompí la carta y la boté al cesto de la basura, junto a cuatro latas vacías de agua tónica y una docena de puchos. Después, cuando me disponía a leer un capítulo de las aventuras de Sandokan, escuché sonar el teléfono, tan inoportuno como una mosca en la nariz.

—Te llamé, pero anoche parece que andabas de juerga —oí decir a Campbell.

—¿Quieres saber si he buscado a Traverso?

—Viñas está inquieto, me ha llamado tres veces en la última hora.

—Dile que no hay novedades. Conversé con Pérez y no saqué nada en limpio. Cuando le conté que se desconocía el paradero de Traverso se mostró sorprendido. En cuanto a Traverso, aún sus rastros no aparecen por ninguna parte.

—Supongo que tendrás otras ideas para seguir la investigación.

—Ir a la Plaza de Armas y esperar a que Traverso vaya a dar de comer a las palomas.

—¡Tu humor no me hace gracia, Heredia!

—¿Crees que Traverso tenga deudas en casas comerciales, préstamos, dividendos impagos? Digamos que sea un chileno normal, depresivo, que un buen día descubre que la única solución a sus problemas es volar lo más lejos posible, a un lugar en donde ningún acreedor lo alcance. Pérez mencionó que Traverso recibió una herencia, pero al parecer no fue tan cuantiosa como él la deseaba.

—Primera noticia que tengo al respecto. Voy a comentar el tema con Viñas.

—También quiero que uses tus contactos para obtener antecedentes sobre las muertes de Sánchez y Munizaga. Archivos de prensa, recortes, fotos. Y dile a Viñas que concerté una reunión con la gente que se opuso a la nominación de Traverso como candidato a diputado.

—¿En qué estás pensando?

—Otro tiro al aire. Deudas, asesinatos, líos políticos. Por alguna parte debe saltar la liebre. Una investigación policiaca no es diferente al armado de un rompecabezas. Al principio las piezas parecen infinitas y ninguna encaja. Pero luego, se produce el milagro y una pieza se une a la otra, hasta completar el cuadro. Es cosa de tener calma y paciencia.

—Haré lo que me pides, aunque no dispongo de mucho tiempo. Debo cerrar la edición del periódico y conseguir el pago de los avisadores.

—No te quejes, siempre las cosas podrían ser peores.

—Quejarse es una buena estrategia de negocio —agregó Campbell. Luego, esperó algún comentario de mi parte, y como no le dije nada, agregó—: A veces tengo la impresión de que no escuchas. ¿No tienes nada qué decir?

—Trato de recordar cómo era Traverso en la universidad.

2

Primeros meses del año 1974. Días para dejar pasar en silencio, mirando de reojo la aparente tranquilidad de las calles; la temerosa quietud de la gente que va aprendiendo a disponer sus palabras de acuerdo a la música marcial que se escucha por todas partes. Silencio que se usa como salvoconducto, entre los límites del toque de queda y los bandos que van normando la vida hacia un orden de botas y patriotismo de utilería. El miedo que se dejó caer desde los cielos seguía en el aire como un buitre insatisfecho, y al contrario de lo que pensaban los optimistas, en vez de terminar se acrecentaba, de un grito a otro, oscuro, adherido al murmullo cotidiano, mientras el carrusel del horror giraba en las sombras, implacable.

Llegué a la Facultad para vivir el primer día de clases y, desconcertado, como la mayoría de los novatos que paseaban por los pasillos, miré de un lado a otro buscando alguna señal que me orientara. Los vetustos muros contenían el eco bullicioso de los estudiantes y después de la falsa conferencia impartida por un alumno de los últimos años, salimos al patio a estirar las piernas y tomar el sol, mientras nos habituábamos un poco más a ese lugar que sería el punto habitual de encuentro.

Lo conocí en el casino de la Facultad, mientras hacía cola para comprar un café. Vestía pantalones grises y chaleco amarillo; se colocó detrás de mí y luego de sonreír me preguntó si podía convidarle un cigarrillo.

Tomó uno de los cigarrillos que le ofrecí y lo miró un instante, antes de llevarlo a sus labios y de aguardar a que lo proveyera del fuego súbito de mi encendedor.

—Me llamo Andrés Traverso y vengo de Puerto Montt —dijo, como si su procedencia constituyera una suerte de título nobiliario.

—Heredia —respondí a secas y pensé que Traverso ya tendría oportunidad de enterarse de mi nombre, única y desafortunada herencia de un padre al que nunca conocí.

Hablamos de los cursos en los que nos habíamos inscrito, de nuestras primeras impresiones acerca de la universidad y del recibimiento que nos habían dado.

Después, con el correr de los días y de las clases nos fuimos abriendo a las pequeñas confidencias sobre las películas que más nos gustaban, nuestros favoritismos deportivos y una que otra opinión sobre las compañeras de curso que nos habían llamado la atención. Más no se podía o no queríamos decir. Se hablaba de soplonos que circulaban entre los corrillos, de profesores que registraban de un modo especial las opiniones de sus alumnos y de empleados que revisaban las paredes de los baños buscando rayados subversivos. Aún no aprendíamos el juego de las palabras dichas a medias, de los sobreentendidos ni sabíamos valorar la complicidad de recordar un verso de Neruda o las canciones de Víctor Jara.

Traverso se caracterizaba por su actitud silenciosa. En clases tomaba apuntes y nunca intervenía con preguntas o comentarios. Era uno más en el rebaño. Cumplía con los horarios y costó algunas semanas para que se dejara seducir por la irresponsabilidad de una función de cine o un partido de fútbol en el Parque Forestal. En las horas libres o en los intermedios entre clases conservaba su mutismo, atento a los diálogos de los demás y, de tarde en tarde, decía alguna palabra que parecía diluirse en el aire.

Una mañana nos encontramos a la entrada de la Facultad, y al avanzar por el hall central nos detuvimos frente a la consigna furiosa que algún osado anónimo había pintado con grandes letras rojas: «Milicos asesinos».

—Hay que tener huevos para atreverse a escribir algo así —comenté.

Traverso sonrió y sin decir nada apuró sus pasos en dirección a la sala de clases.

3

Desde la calle llegaban los gritos de los suplementeros promoviendo los diarios de la tarde y la música estridente de las salas de espectáculos del vecindario. Simenon descansaba sobre mis piernas y yo, sentado frente al escritorio, seguía estático, adormecido, casi en la misma posición adoptada por la tarde, mareado de recuerdos y desgano.

—Si un tren fuera a atropellarte no moverías un dedo —dijo Simenon, al tiempo que acariciaba con su pata derecha sus bigotes albos—. Has pasado todo el día en lo mismo. Cualquiera diría que estás a la espera de un acontecimiento especial. ¿No tienes ganas de salir a la calle, de beber una copa?

—Pienso, trabajo, dejo que pase el tiempo y la fortuna se apiade de mí. ¿Por qué desapareció? ¿Dónde puede estar Traverso? Nada encaja, o peor aun, ni siquiera

tengo piezas que pueda intentar unir. Sólo queda esperar un golpe de suerte o tocar algunas puertas. Debo visitar a algunos de mis antiguos compañeros, y temo encontrarlos cambiados o que no me reconozcan. Estoy confundido.

En ese mismo instante escuché que golpeaban y antes que consiguiera dar un paso hacia la puerta, entró Campbell. Se veía cansado, y sin decir nada, se acercó al escritorio y se dejó caer pesadamente sobre una silla.

—Un día de perros. Los clientes solicitan la publicación de los avisos y después se olvidan de pagar. He pasado la tarde en la calle, cobrando y escuchando lamentos. Y más encima tengo que cumplir con tus encargos.

—Nadie te dijo que mis encargos fueran urgentes. Sé esperar.

—Viñas llama a cada rato para saber si hay avances en la investigación —dijo Campbell y luego de poner una carpeta sobre el escritorio, agregó—. Conseguí la información que necesitas sobre las muertes de Munizaga y Sánchez.

—Veo que estás decidido a hacerme trabajar. He pasado una tarde tranquila, conversando con Simenon y escuchando las canciones de Jorge González.

—¿No estás algo viejo para oír esa música? ¿Cuándo te vas a decidir a tomar en serio la investigación? La flojera te corroe y no te deja ver el bosque.

Abrí la carpeta y leí el nombre de Daniel Munizaga escrito en el borde superior de un recorte de prensa. Había muerto víctima de un atropello a la salida de una boite, a una hora en que los vehículos que circulaban podían contarse con los dedos de la mano. «Munizaga, abogado de 45 años —decía la nota periodística— salía del local nocturno al que había concurrido acompañado de dos amigos. Testigo de lo ocurrido, el portero de la boite *La Chispa*, declaró que el abogado salió del local alrededor de las tres de la madrugada, y cuando se disponía a cruzar la calle fue arrollado por un taxi que apareció de improviso y luego se dio a la fuga. La policía espera el informe del Servicio Médico Legal para determinar el grado de ingesta alcohólica del abogado, aunque tiene la seguridad de que éste había bebido varias copas antes de abandonar el local de diversión». «Daniel Munizaga —leí en otro párrafo— ejercía en forma privada y deja huérfanos a dos menores, de 10 y 12 años».

—Nada que parezca anormal —comenté.

—Fue un accidente. Los demás recortes de prensa dicen más o menos lo mismo.

—Solo, de noche, en una calle desierta. ¡Qué absurdo!

—¿Qué hacía en una boite a esas horas, solo?

—Festejaba un contrato con unos clientes; se entusiasmó y decidió seguir la juerga por su cuenta. Recuerda que siempre fue un poco picado de la araña y que cuando le daban cuerda era difícil detenerlo. Una noche, posiblemente en el año 1975, decidió recorrer todos los bares de la Alameda, de Plaza Italia hasta la Estación Central. Lo abandoné en la calle Brasil, a pocos minutos de empezar el toque de queda.

¿Se supo algo del taxi que lo atropelló?

—Al menos en la prensa no se dijo nada.

—¿Conoces a un tira al que le guste hablar más de la cuenta? Que nos pueda ayudar.

—Belarmino Zelada. Fue un pretendiente de mi hermana menor; el romance no llegó a buen puerto, pero con él nos hicimos amigos. Suele llamarme cuando hay algo que sirve para la revista. A cambio lo invito a comer o le doy unos pesos.

—Pregúntale si respecto a la muerte de Munizaga, la policía llegó a conclusiones diferentes a las de los reporteros.

Seguí revisando el contenido de la carpeta y me llamó la atención una crónica dedicada a Saúl Sánchez, a quien habían encontrado ahorcado en el baño de su departamento, dos meses después de la muerte de Munizaga. «El suicida — comentaba el periodista— vivía solo y la policía presume que pasaba por una etapa depresiva ya que recientemente lo habían despedido del Ministerio de Bienes Nacionales, entidad en la que se desempeñaba como abogado del Departamento Jurídico».

—¿Veía médicos? ¿Se conversó con sus amigos, sus colegas de trabajo, o su familia?

—¡No soy adivino, Heredia! Sé que los padres viven en Arica y que Saúl Sánchez era hijo único. Lo vi por última vez tres meses antes que se suicidara, a la salida de un club de ajedrez al que iba a diario. Conversamos de su despido y de la poca fe que tenía en el tratamiento que seguía con un psiquiatra. A simple vista se notaba que no andaba bien. Parecía alterado y pasaba de una idea a otra, sin ton ni son. Mencionó que deseaba hacer un viaje a México y que en su búsqueda de trabajo le iba mal, porque los colegas a los que pedía ayuda estaban al tanto de su estado y no se atrevían a recomendarlo.

—Aparentemente no hay de qué sospechar. De todos modos, no estaría de más conocer el teléfono de los padres y el nombre del médico que lo atendía.

—¿Quieres que consiga esa información? Se supone que el detective eres tú.

—Sin quejas, Marcos. Te gusta meterte en las vidas ajenas.

—Todas las noches llego tarde a mi casa y si sigo igual, cualquier día voy a encontrar mi ropa en la calle.

—Una última cosa, Campbell. Dile a Viñas que quiero conversar con alguno de los opositores a Traverso.

Morgado llegó al lugar y a la hora convenidos. La puntualidad es una costumbre que no se pierde, pensé recordando algunos de mis trabajos clandestinos durante mi fugaz paso por la universidad. Vínculos concertados al amparo de una chapa, solitarios paraderos de buses, caminatas a pleno sol con un disco de Leo Dan bajo el brazo. Conversaciones en parques, señas y contraseñas, subidas y bajadas de las micros para chequear posibles seguimientos. Otro tiempo, otras ganas, pero el mismo sentimiento de justicia que me hizo llegar a la cita con la persona indicada por Viñas.

Morgado era alto, delgado y lucía una larga cabellera canosa. Vestía una gastada chaqueta de cotelé azul que colgaba de sus hombros, delatando que su dueño anterior era mucho más grande que Morgado, o que éste se había sometido a una rigurosa dieta. Sus ojos eran claros y miraban de frente, seguros. Nos saludamos y al estrechar su mano sentí la fuerza de sus brazos. Estábamos en la Plaza Almagro, junto al monumento al Presidente Pedro Aguirre Cerda.

—¿Caminamos o nos sentamos? —preguntó, resuelto a no perder su tiempo con preámbulos.

—Caminemos por San Diego hasta encontrar una fuente de soda.

—¿Está seguro que podemos encontrar un lugar tranquilo?

—*El Sena, Las Tejas, Café Roma, El Tulipán Negro, San Ramón, Parrilladas La Brasileña, Otto Mas's, Café Anakena, Cabaré Orion, Los Braceros de Lucifer, Planet Díscotheque, Pooles Zagal, Numuzla, Café Roodney, Taky Ambul, Palermo, El Bar West, El Rincón de los Canallas, El Danés, Colonial, Restaurante Cádiz, Refugio Andino, Luna Azul, Esmeralda, La Caleta de don Beño, Rincón del Sella y Durango.* Boliches, picadas, comederos, boites y restaurantes que puede encontrar en la calle San Diego, de la Alameda hasta Matta. Si en esta última semana no han inaugurado otro boliche, podríamos ir a alguno de los nombrados.

—¿Conoce todos y cada uno de esos lugares? —preguntó Morgado, sonriendo por primera vez desde nuestro encuentro.

—Unos mejor que otros. Tengo tiempo y a veces también mucha sed. Hay gente que colecciona estampillas, monedas o libros. Yo colecciono bares. No me van a registrar en el libro de Guinness, pero he pasado algunas horas gratas en cada uno de ellos.

—Viñas me habló de su investigación y de sus absurdas sospechas. Me hizo prometer que guardaría reserva —dijo Morgado minutos más tarde, cuando bebíamos un café en el bar *Esmeralda*—. ¿Qué quiere saber sobre Traverso?

—Sé que ustedes no hacen buenas migas.

—Tenemos discrepancias. Distintas apreciaciones respecto al momento político y sobre el trabajo en el pasado. La fracción que represento prefiere el trabajo con la gente, la autogestión de iniciativas que puedan solucionar los problemas sin recurrir a los favores del Gobierno de turno. El discurso de Traverso es conciliador, de búsquedas y acuerdos dentro del sistema político. O sea, volver a lo de antes, al camino que nos llevó al fracaso. Un alcalde, tres diputados, la acumulación de

fuerzas electorales, como si no hubiéramos aprendido que la derecha sólo respeta los votos cuando le conviene; y cuando no, recurre a sus perros de presa.

—¿Y esas discrepancias son tan grandes cómo para querer sacarlo de circulación definitivamente?

—Por ningún motivo, las discrepancias con los compañeros se conversan —dijo Morgado, y su afirmación no me pareció convincente.

—Hay otras personas que no piensan lo mismo con relación a como actúa el Grupo de Rebelión Permanente. Se les acusa de provocadores y rupturistas.

—¿A qué quiere llegar, Heredia? Estamos empeñados en sumar fuerzas y no en generar más divisiones.

—Pienso que usted tiene otros motivos para no simpatizar con Traverso —dije, intentando el viejo truco de obtener verdades lanzando mentiras al aire.

Morgado evitó mi mirada y por unos instantes, pensó en su respuesta.

—Desconfío de él porque hizo tratos con el Gobierno.

—Tengo entendido que estaba autorizado.

—No estoy pensando en el actual Gobierno, sino en algo más serio. Durante la dictadura, sus aparatos de seguridad destruyeron varias células en las que él participaba. Cayeron muchos compañeros y a él nunca le pasó nada. En casos como esos, me cuesta creer en la suerte o en la casualidad.

—¿Nadie investigó esos hechos?

—El trabajo clandestino era compartimentado, la información no fluía de prisa ni teníamos tiempo para hacerlo. Además, Traverso siempre ha tenido prestigio. Muchos lo respetan y creen a pie juntillas en su palabra.

—Pero usted no.

—Mi hermano pertenecía a una de las células que cayeron cuando eran dirigidas por Traverso. Murió en la Villa Francia, en un baleo simulado. Lo habían detenido una semana antes, mientras se encontraba reunido en una casa de Puente Alto.

—Conocí a Traverso en la universidad, hace veinticinco años, y la imagen de él no calza con la del personaje que me describe.

—Un hombre cambia. A fines de los años ochenta, Traverso también estuvo implicado en el tráfico de armas. Estuvo preso dos semanas y después lo dejaron libre; al parecer hubo un alcance de nombres, la policía se confundió y al final los únicos acusados fueron un trío de bolivianos. O sea, una vez más cae el grupo y Traverso sale ileso.

—Las coincidencias se dan con más frecuencia de lo que uno cree.

—No en el terreno del que estamos hablando. Sé que le resulta difícil aceptar lo que digo, pero al menos piense en ello.

Morgado retorció un fósforo entre sus dedos y luego miró hacia la calle, como si de pronto hubiera reconocido el atisbo de un extraño. Inquieto, buscó en los bolsillos de su chaqueta y de uno de ellos sacó un reloj sin correa.

—Tengo otro compromiso, Heredia. Ya le dije lo que sé y pienso sobre Traverso.

—El dolor lo traiciona. Traverso...

—¿Qué sabe usted? —interrumpió Morgado, y al tiempo que dejaba un billete de mil pesos sobre la mesa, se puso de pie y agregó—. Tal vez estoy equivocado, pero mientras no tenga pruebas de lo contrario, seguiré pensando igual. No sé por qué, pero dudo que encuentre a Traverso; y si lo hace y puede demostrar que estoy errado, avíseme e iremos a conversar a uno de los bares de su colección.

Farfullé una despedida y luego bebí el último sorbo de un café que tenía sabor a incredulidad y dudas. Hice una seña al mozo que atendía las mesas y quedé a la espera de otro café.

5

Dejé pasar la tarde acompañado de Simenon y algunos capítulos de «Veinte años después» que me transportaron a la prisión donde yacían los huesos del Abate Faria. Al igual como había leído en una novela de Maigret: «En toda investigación que emprendo hay un momento en que pierdo la confianza en mí mismo. Primero creo que he dado un paso hacia adelante y luego me doy cuenta de que he quedado en el mismo sitio». Así me sentía después de conversar con Morgado, y al contrario del inspector Maigret, yo no tenía una esposa que cocinara mis platos favoritos ni que escuchara mis rezongos.

A veces, aunque cada vez menos, extrañaba a Griseta; su risa, su entusiasmo y las caricias que me prodigaba cuando me veía triste. Pero sabía que nada la haría volver a mi lado. «Quiero salir adelante con mi vida, hacer las cosas con las que sueño», solía decirme en las cartas que me enviaba, escritas en algún café de Santiago o en sus clases de psicología, sin atreverse a llegar hasta el departamento, por temor a romper la frontera que había impuesto entre los dos.

Intenté escribir algunas líneas en la bitácora que llevaba en un cuaderno de hojas azules, en cuya primera hoja había escrito: «Historias de una ciudad triste». Pero no conseguí enhebrar frase alguna. Los recuerdos eran muchos y revivirlos era asumir una amarga colección de amores fallidos, búsquedas, persecuciones y atisbos, éxitos sin alegrías, cartas mal jugadas y dichos de amigos que ya no estaban.

Abandoné el cuaderno sobre la cubierta del escritorio, y luego de tomar un paño para el aseo que guardaba en el escritorio, y sin una razón que lo justificara, avancé hacia la puerta del departamento y, compulsivamente, me puse a limpiar la placa que me identificaba como detective, desde el día en que decidí ejercer el oficio bíblico

más antiguo; el de Dios preguntando a Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel? ¿Qué has hecho?».

Y mientras limpiaba la placa recordé los antecedentes de la desaparición de Traverso. Para conocer su paradero había corrido de un lado a otro sin pensar en lo que hacía, siguiendo intuiciones dictadas por mi falta de entusiasmo. ¿Era posible saber si Traverso había dejado Santiago? Los buses no registran los nombres de sus pasajeros y también cabía la posibilidad de que hubiera viajado en auto. Quedaba la alternativa de un vuelo, y aunque en ello tenía poca fe, igual tomé el teléfono y llamé a una amiga que trabajaba en el Servicio de Investigaciones, en la unidad a cargo del control de pasajeros en el aeropuerto internacional de Santiago. Rita, con quien había salido un par de veces hasta reconocer que éramos tan afines como el aceite con el agua, buscó en su computadora y después de tres minutos me dijo lo que yo intuía: el nombre de Traverso no figuraba en ningún vuelo de las últimas semanas. Ofrecí retribuir sus servicios con una invitación a cenar, y ella respondió que prefería anotar el gesto en su libreta de las buenas acciones.

¿Qué más podía hacer? Escribí en una hoja cada uno de los detalles del caso Traverso, y cuando anoté los nombres de mis antiguos compañeros de la universidad, decidí llamar a Adriana López. Ella estaba casada con Bernardo Torres y en la época de la Facultad había pololeado con Traverso.

Mi llamada la sorprendió como si hubiera provenido del mismo infierno y una vez que se repuso, del repentino viaje por los recuerdos, recuperó su tono amable de antaño. La imaginé morena y menudita, como cuando en las clases ocupaba uno de los asientos de la primera fila para anotar cada palabra de los profesores. Inventé un cuento acerca de artículos que escribía sobre la vida universitaria en los años setenta, y ella lo creyó con pelos y señales.

—Ven a mi casa mañana en la noche —dijo. A las nueve, a esa hora los niños están dormidos y Bernardo debiera estar de regreso de la oficina.

—A las nueve —confirmé.

—A veces nos acordamos de ti —agregó—. En su voz descubrí un asomo de soledad, y la primera persona en plural que había empleado me pareció tan falsa como la vigésima sinfonía de Beethoven.

—Sigo vivo, lo que ya es bastante.

—La misma respuesta que dabas hace veinte años.

—Veinticinco.

—Parece que sigues igual. ¿En qué estás trabajando?

—Prefiero dejar esa historia para mañana.

—Yo estoy en el Ministerio de Salud. Bernardo y yo tenemos tres niños. El mayor se llama como su padre y tiene diez años, los otros, Pedro y Rubén son gemelos y acaban de cumplir siete años. Compramos un lindo departamento, ya lo vas a ver. ¡Qué bueno que llamaste, Heredia!

Oí a Adriana López media hora y luego, cuando la paciencia se escabulló de mis

bolsillos, simulé un desperfecto telefónico que me permitió terminar el monólogo después de decir en voz baja: te escucho mal Adriana, mañana nos vemos, a las nueve, en tu casa.

—¡Estás pálido! —oí decir a Simenon, al tiempo que trepaba encima del escritorio y se ponía a remover con su pata derecha las colillas depositadas en el cenicero.

—Hay tres cosas imposibles de detener: Los rumores, un tren en plena carrera y las mujeres cuando tienen ganas de hablar.

—Antes solías tener más paciencia.

—A medida que envejezco aprecio más los minutos que respiro.

—¿Te acuerdas cuando fuiste a esa conferencia sobre arte egipcio y religiosidad?

—Seguía los pasos de un médico que tonteaba con una enfermera. Al término de la conferencia me puse a conversar con dos fulanas que eran Testigos de Jehová y querían convencerme de las bondades de su secta. Una hora después, me liberé de ellas y caí en las fauces de una profesora recién divorciada que me contó toda su vida. Tuve que cobrar tarifa doble a la esposa del doctor.

—Te vi limpiar la placa —comentó Simenon, cambiando de tema—: A ti que te gusta explicar la vida a punta de tangos, ¿qué te parece esta cita?: «Con el destino nadie la talla».

—¡Mediocre! ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Comería, pero se acabó el Wiskas.

—¿Y los tallarines de la vecina?

—Inició una dieta. En el plato sólo dejó tres hojas de lechugas y una coronta de choclo.

—¿Qué tal si cocino?

—¿Qué cosa?

—Un salpicón de lo que quede con lo que encuentre en la despensa.

—Dos latas de pomarola, una de jurel tipo salmón, tres velas y treinta granos de arroz. No es mucho. ¿Qué tal si me invitas al restaurante chino del barrio? A ese al que acostumbrabas a ir con tu amigo Serón.

—¡Eso es! ¡Serón! Me has dado una buena idea. Comemos y después regresas solo al departamento. Hay un restaurante en Ñuñoa a donde Serón va todas las noches.

Simenon meneó su cola blanca y de un brinco llegó hasta la puerta. Salimos del departamento y nos quedamos un instante observando la plancha colgada en la puerta.

—Nunca he entendido que significa eso de: «Heredia, investigador legal» —comentó Simenon.

—¿Quién sabe? La mandé a hacer un día en que Dios estaba con resaca.

6

El chino que administraba el restaurante me conocía, así que no puso reparos cuando una desconcertada mesonera fue a contarle que el cliente de la mesa quince deseaba un plato de carne mongoliana picante para él y otro, sin ají, para el gato que había entrado al salón siguiendo los pasos de su dueño. Después de la comida, abandoné a Simenon frente a nuestro edificio y caminé hasta el estacionamiento donde el Chevy Nova lucía sin complejo su decrepitud de abollones y latas oxidadas.

Cuarenta minutos más tarde, estacioné a un costado de la Plaza Ñuñoa. La noche estaba cálida y la plaza se veía animada por grupos de muchachos y parejas de personas mayores que paseaban despreocupadamente. Entré al restaurante donde encontraba a Serón cada vez que necesitaba algunos datos de esos que los tiras se cuidaban de divulgar y que los periodistas de los diarios jamás llegaban a conocer.

Conocía a Serón desde hacía doce o quince años y nos habíamos hecho amigos compartiendo copas en el bar *Unión Chica*, a donde llegaba para contactarse con los rateros y busquillas que invadían el bar antes de la hora del cierre. Estaba próximo a cumplir los sesenta y cinco años de edad y, ayudado por su militancia socialista y una efímera carrera de policía antes del golpe militar, había conseguido trabajo en la oficina de informaciones de La Moneda, donde se dedicaba a recopilar y analizar textos de variada índole. Siempre estaba enterado de los comidillos políticos y por sus manos pasaban documentos cuyos contenidos harían gritar de espanto a cualquier jovencita recatada.

Alrededor de las mesas del restaurante divisé a los clientes que compartían un dispar paisaje de comida y copas. Avancé por el salón principal y entré a otro más pequeño que lucía en sus paredes unas horribles pinturas con motivos campestres. Solo, en una mesa apartada, encontré a Franklin Serón. Por el sonrojado color de su rostro deduje que varias copas ya habían pasado por su mesa. Fumaba y parecía ausente, reconcentrado en alguna idea que lo aislaba del bullicio.

—¿Cómo está, Maestro? —pregunté sentándome a su lado. Serón, sorprendido, reaccionó como si hubiera recibido una cachetada y, cuando consiguió reconocermelo, sonrió mostrando una ordenada fila de dientes pequeños y amarillos.

—¡Heredia, muchacho! ¡Qué gusto de verte! —exclamó.

—¿Esta noche no ha encontrado a nadie que le siga la huella?

—Hasta un momento atrás estaba acompañado por un periodista. Le di algunos datos y partió a redactar su crónica. Por lo tanto, llegas en buena hora. —¿Qué te trae por estos rumbos?

—Estaba solo y pensé en usted, Maestro.

—Si Heredia sube hasta la montaña es porque se trae algo entre manos. ¿De qué se trata?

—Ando en mis correrías de investigador. Andrés Traverso, ¿ese nombre le dice algo?

—¿El Rojito Traverso? Por ahí debe andar redactando documentos y en reuniones. Pasó el tiempo en que su nombre era de interés para mi oficina. Le gustaban los fierros y jugar a los bandidos, pero ahora vive tranquilo. La vuelta a la democracia le ablandó los cojones.

—Cuesta creer que lo considere un tipo tranquilo. Dicen que participó en operaciones políticas delicadas.

—No es fácil pasarte por el aro, muchacho. Fue hace nueve años, en el gobierno de Aylwin. En La Moneda tenían interés en desarticular a los grupos de extrema izquierda que podían revolver el gallinero. Traverso ya estaba tranquilo, pero tenía una extensa ficha. Hicieron un pacto con él. Traverso consultó con su Partido y a cambio de la liberación de cinco presos políticos, entregó información que permitió al Gobierno encontrar tres pequeños arsenales construidos en un pueblo costero, en el norte de Chile. Fue un negocio limpio y de mutuo beneficio.

—También dicen que Traverso salió ileso en varias sacudidas que dieron a su Partido durante la dictadura.

—Si estás pensando en un soplón, olvídalo. He tenido acceso a varias listas con los nombres de civiles que colaboraron con los milicos y en ninguna aparece el nombre de Traverso. Es un tipo con suerte y punto. Tiene estudios, buena familia. Los empleados que usaba la dictadura eran patos malos, fanáticos o gente que buscaba ganar dinero. Son las fuentes típicas para infiltrar a las guerrillas o a los partidos de izquierda.

—Escuché que Traverso estuvo metido en el tráfico de armas.

—Historia antigua. Montó una operación para transportar armas desde Bolivia. Fue detectado, pero lo dejaron seguir adelante porque lo que interesaba a los organismos de seguridad era atrapar a los proveedores de Traverso —dijo Serón, y luego de una pausa para beber, agregó—: Aún no me dices para qué lo buscas.

—Desapareció misteriosamente y sus compañeros quieren ubicarlo —dije y continué con el relato de lo que sabía sobre Traverso.

—¿Tienes alguna hipótesis? —preguntó luego de escucharme.

—Se fugó con una mujer, fue raptado, un asesinato común, salió de viaje sin avisar. Ninguna de ellas me convence.

—Raro el asunto, muchacho.

—Pensé que si se trataba de una acción política, usted lo sabría.

—La carpeta de Traverso está archivada. Después del asunto de la entrega de los arsenales, él es un intocable. De todos modos haré algunas preguntas y si sé algo, te llamo o te voy a ver. ¿Sigues en la misma cueva cerca del Mapocho?

—El departamento tiene buena vista y su arriendo sale barato.

—Eres un desperdicio, Heredia. Si hubieras aceptado trabajar conmigo cuando te lo propuse, otro gallo te cantarían.

—¿Me ha oído quejar?

—Me caes bien, muchacho —dijo Serón. Sus ojos brillaban y por un instante temí

que su cabeza fuera a rebotar contra la mesa. Había llegado a su límite y si bebíamos otra copa comenzaría con sus justificaciones de costumbre. Lo obligué a pedir la cuenta y después de salir del restaurante, nos encaminamos hacia la avenida Irarrázaval.

—Ayúdame a detener un taxi —dijo Serón—. No estoy en condiciones de manejar. Mañana mandaré a buscar el auto.

—¿Lo llevo a su casa?

—No debes conocer mi casa, Heredia. Nada personal, son las reglas. Tú me caes bien y yo he hecho algunas cosas por ti.

—Me ha ayudado en muchas investigaciones y sus datos siempre han sido certeros.

—Conversaciones de amigos, nada más. Hay otra cosa más importante. Cuando comencé a trabajar en la oficina me encargaron actualizar archivos que sus anteriores ocupantes habían desclasificado. Encontré una carpeta repleta de antecedentes tuyos. Todos los líos en los que estuviste metido con gente de seguridad, los nombres de tus conocidos y amistades, lugares que frecuentas. ¿Y sabes qué, muchacho? Hice desaparecer esos malditos papeles. ¿Entiendes ahora lo que te digo?

Ayudé a Serón a subir a un taxi y observé al vehículo hasta que se alejó en dirección a la cordillera. Luego volví al Chevy Nova, me senté frente al volante y encendí un cigarrillo. Círculo, todo es un círculo, protesté en silencio. Estaba cansado y añoraba la seguridad de mi departamento. Puse una cinta de Adriana Varela en la casetera del auto, y cuando la escuché decir «mi corazón una mentira pide», cerré los ojos y me dormí.

7

Desperté con los gritos de un canillita que ofrecía sus diarios con particular entusiasmo. El reloj del auto marcaba las siete y media de la mañana, y por la calle pasaban los autos, confundidos en una babel de bocinas, ruidos de frenos e improperios entre los conductores. Santiago recuperaba su ritmo histérico, y a lo lejos, resignada, la cordillera de los Andes miraba el valle que en otra época fuera apacible y límpido. El temblor de la resaca estremecía mi cuerpo y tardé unos minutos en asumir que había pasado la noche en el auto, a semejanza de Joaquín Pérez, con quien, si llegaba a verlo de nuevo, tendría otra anécdota más para compartir. Puse en marcha el motor del Chevy Nova y partí sin rumbo fijo, tras las

huellas de un Lanos que corría por Irarrázaval en dirección al centro. En Plaza Italia tomé la avenida Cardenal Caro y acabé con mis maltrechos huesos en una cocinería de la Vega Central, donde desayuné una reponedora paila de huevos, con café y tortillas al rescoldo.

Después regresé a mi departamento y mientras oía los regaños de Simenon, me di una ducha, vestí una camisa limpia y regresé a la calle con la intención de visitar nuevamente a Doña Fresia, la casera de Traverso. La mujer comentó que no había recibido noticias de Andrés y me dejó entrar a la pieza del inquilino ausente. El aspecto del cuarto seguía igual. Orden, orden y más orden. Como si Traverso hubiera revisado minuciosamente sus pertenencias antes de partir, ya sea para buscar algo o para despedirse de ellas. Volví a examinar sus libros, y al hacerlo encontré entre sus páginas un surtido de cartas antiguas, cuentas de casas comerciales, entradas de cine y el borrador de un poder que autorizaba al abogado Florencio González para gestionar el arriendo o compra de bienes raíces. Los demás papeles eran unos calendarios antiguos, boletas de compraventas y pequeñas tarjetas donde Traverso parecía anotar frases que sacaba de los libros que leía. Devolví los papeles de Traverso a sus lugares de origen. Ninguno poseía significado para mí. Observé una vez más la pieza, y concluí que Traverso y yo estábamos unidos por las mismas carencias. Vivíamos solos, rodeados de libros, con apenas un par de ternos colgados en los roperos, media docena de camisas y casi ninguna ternura doméstica. En definitiva, las interrogantes seguían latentes y mis horas desaparecían en un sendero de pasos fallidos.

—Si sé algo de Andresito, le avisaré —me dijo doña Fresia, en el instante en que yo abría la puerta del Chevy. Sonreí y la mujer alzó su mano derecha y la agitó, como si hubiera estado despidiéndose de un amigo que partía a un largo viaje. Tal vez es así, pensé. Uno se despide de alguien y no sabe cuándo volverá a verlo. Es parte del sabor de la vida: la sorpresa, lo inesperado; la marca con la que nacemos. Sólo que uno suele tener esperanza, o de lo contrario bastaría con sentarse a esperar o suicidarse con la convicción de los que saben que la vida, en tanto exista la muerte, carece de sentido.

Regresé a la oficina y acompañado de las aventuras del Conde de Montecristo esperé a que llegara la hora de visitar a Bernardo Torres y Adriana López.

Llegué a la cita a las nueve en punto de la noche. Adriana me recibió en la puerta de su departamento. Besé sus mejillas y luego caminé por un pasillo alfombrado hasta llegar a una sala espaciosa, adornada con plantas, artesanías en madera y cuadros de dos o tres pintores que cobraban sobre el millón de pesos por cada una de sus mescolanzas de manchas. En el ambiente de la sala flotaba un agradable y suave aroma a incienso.

—¡Qué alegría verte, Heredia! —dijo Adriana. Noté que había subido unos kilos desde nuestra época de compañeros en la universidad, se teñía los cabellos y en sus ojos oscuros había una sombra de tristeza. En lo demás, seguía tan hermosa como

antes.

—Estás luminosa, como en la Facultad —dije, sincero.

—¿A quién quieres engañar? Los años no pasan en vano.

—Siempre te encontré atractiva.

—No crees que has demorado mucho tiempo para declararte —dijo Adriana, risueña, aceptando mis palabras como un juego inofensivo.

—Uno comete errores en la juventud —dije, y luego de una pausa, agregué—: Y a propósito de galanes, ¿dónde está Bernardo?

Adriana hizo una mueca de disgusto y antes de contestar miró instintivamente hacia la puerta.

—Quedó en llegar a las ocho. Seguramente se enredó en algunas de sus eternas reuniones. Todo el mundo debe girar en función de sus tiempos y ánimos. En fin, no sé por qué todavía me sorprende y molesta.

—¿Y los niños?

—Bernardo, el mayor, se fue a dormir a la casa de un compañero de curso y los gemelos ya están dormidos.

—Bonito lugar —comenté sin profundizar en las andanzas de Bernardo y de sus hijos. Enseguida, y al tiempo que observaba el departamento, añadí—: Hay una buena cantidad de dinero invertida en este departamento.

—A Bernardo le va bien en sus negocios. Yo estuve dedicada a criar a los niños y recién hace tres años conseguí un empleo en el Ministerio de Salud. Nada espectacular ni que se acerque a ese mundo maravilloso que nos pintaban en la Facultad. Reviso contratos y atiendo algunos juicios en los Tribunales. ¿Y tú? Nunca entendí por qué te dedicas a ese asunto de las investigaciones.

—Soy un flojo que quiere mirar la vida sin intervenir en ella. Por eso decidí ser un metiche a tiempo completo.

—Hace tiempo, Bernardo me contó algunas cosas sobre tus actividades. Dudo que sean tan plácidas como dices.

—Cuento la parte divertida de la película. Las demás son un secreto para compartir con la almohada.

—¡Qué tiempos los de la universidad! —exclamó Adriana, sin escuchar mis razones—. Vivíamos a concho, libres y con entusiasmo.

—Teníamos entusiasmo, pero sobre la libertad tengo mis dudas. En todo caso, fue un tiempo que recuerdo con nostalgia y que a veces llega a golpear a mi puerta. Por eso estoy aquí. ¿Recuerdas a Andrés Traverso?

—¿Olvidas que él y yo fuimos pareja? Si Bernardo estuviera aquí estaría obligada a toser y hacerme la lesa. Fue, aunque suene ridículo, mi primer gran amor. Es divertido, pero cuando comencé a pololear con Bernardo lo hice porque consideré que tenía ciertas cosas en común con Andrés. Sus ideas, su compromiso político. Después Bernardo se transformó en otra persona, más fría y cínica. Andrés, sin embargo, parece que no cambió. A veces leo su nombre en los diarios.

—¿Has sabido de él en los últimos meses?

—No. Aunque he de confesarte que me gustaría verlo de nuevo. Si Bernardo se permite algunas licencias, tal vez yo...

Adriana no terminó la frase. Consultó su reloj y sin decir nada caminó en dirección a donde, supuse, estaría ubicada la cocina del departamento.

Di unos pasos y me detuve frente a un mueble que hacía las veces de licorera. Lo abrí, y en su interior descubrí un surtido de licores y vinos que antes sólo había visto en las vitrinas de las botillerías exclusivas.

—Me aburrí de esperar a Bernardo —escuché decir a mis espaldas—. Voy a servir la cena.

—¿Estás segura de que no has visto a Traverso? —pregunté, intentando sorprender a mi amiga.

—Te dije que no, ¿por qué tanta insistencia?

Mientras caminábamos hacia el comedor que estaba ubicado en una habitación contigua, le conté los detalles de mi búsqueda.

—¿Crees que le pasó algo grave? —preguntó Adriana por tercera vez, cuando ya habíamos terminado de cenar y bebíamos café—. Lástima que aún no ha llegado Bernardo; él podría aportar algunas buenas ideas al respecto. Y en todo caso, me aterra esa foto con los círculos rojos que me mostraste.

—Faltan cinco minutos para la medianoche. Bernardo ya debería haber llegado, ¿no te preocupa su retraso?

—Todas las noches es igual, Heredia.

—¿Otra mujer, o se ha convertido en uno de esos imbéciles que viven sólo para el trabajo?

—Pienso que se trata de otras mujeres. Nada serio seguramente. Dos años atrás quise contratar a un detective privado para que lo siguiera. Sin embargo, tuve vergüenza o miedo de confirmar mis sospechas. Tal vez debí recurrir a tus servicios, Heredia.

—Aún estás a tiempo, Adriana.

—Aunque supiera cada detalle de sus infidelidades, no haría nada. A nuestra edad es difícil romper con todo y empezar de nuevo. Es triste, pero prefiero creer que no pasa nada y que somos un matrimonio feliz. Ya no soy la muchacha decidida que conociste en la universidad. Bernardo, mis hijos y un empleo aburrido me han quitado las fuerzas. No podría estar sola y por eso me conformo con lo que tengo.

—Engañarse a sí mismo es la peor estafa que uno puede cometer.

—Podría haber engañado muchas veces a Bernardo. Sus amantes y una más, como en el póquer. Ganas no me han faltado, pero cierto pudor estético me lo ha impedido. Siempre tuve pretendientes atractivos, guapos; en cambio ahora, sólo se acercan algunos desechos de hombres, y aún la necesidad no es tan fuerte como para sentirme seducida por calvitos barrigones ni por colegas de bigotes y papadas. Lo peor es reconocer que me equivoqué con Bernardo y que con otro la historia pudo ser

diferente.

—Hace años, cuando estábamos en la universidad, Andrés me contó cómo tú y él comenzaron a pololear. Fue un día en que ustedes habían discutido, y a él lo encontré en el Parque Forestal. Había tomado una botella de pisco y estaba completamente borracho.

—Pude elegir mejor. Pretendientes no me faltaban.

—Es un poco tarde para ese tipo de arrepentimientos.

—Al parecer hay cosas en las que una no se puede equivocar.

—La vida es un juego de azar; y cuando se apuesta, hay que saber ganar o perder.

—Ojalá fuera tan simple, Heredia.

—Es hora de irme —dije cuando vi que unas lágrimas comenzaban a rodar por las mejillas de Adriana.

—Espero que hayas disfrutado de la comida.

—Volveré otra noche —mentí—. Aún no conozco a tus hijos.

—Hazlo, Heredia. No me olvides.

Caminé hasta la puerta y cuando iba a besar a Adriana para despedirme, ella se abrazó a mí.

—No le cuentes a nadie que me has visto así —dijo—. Estoy tan sola.

Adriana buscó mis labios y nos besamos, lentamente.

—Lástima que tú y yo...

—Adiós Adriana.

—¿Recuerdas esa fiesta en la universidad donde nos besamos?

—Querías demostrar a Traverso que podías estar sin él.

—A Bernardo no creo que le importe mucho.

—Adiós, Adriana. Si nos besamos de nuevo, mañana te sentirás mal —dije y salí en busca del ascensor.

Mientras descendía hacia la calle recordé la historia que me había contado Traverso años atrás.

8

En el instante que subió al bus, Andrés dejó de pensar en sus inasistencias a las clases de las últimas semanas y recordó la consigna que él y Adriana debían rayar. El plan, acordado durante la mañana, consistía en reunirse por la tarde, reconocer los muros disponibles en el barrio y una vez que oscureciera, iniciar la tarea.

Ella lo esperaba en el punto convenido. Se saludaron y mientras caminaban en dirección a la calle donde efectuarían los rayados, Adriana empezó a contarle anécdotas de otras parejas, para infundir confianza a Andrés, primerizo en trabajos de propaganda callejera.

—Yo hago el primer rayado —le dijo Adriana, cuando llegaron al lugar escogido—. Nos ponemos junto al muro, abrazados, como pololos. Andrés asintió y respondiendo a una señal de Adriana, dejó que ella lo abrazara, al mismo tiempo que, con la ayuda de un pote de pintura en aerosol, comenzaba a escribir la consigna sobre el muro.

—¡Listo! —dijo Adriana al cabo de un rato y se alejaron de prisa, volviéndose sólo una vez a mirar el resultado del primer trabajo.

—¡Quedó bien! —comentó Traverso—. En la cuadra siguiente me toca a mí usar el aerosol.

Un rato más tarde se detuvieron frente a otro muro. Andrés abrazó a su compañera y palpó con sus manos la rugosidad del muro en el que estaban apoyados. Al sentir la proximidad de Adriana pensó que le bastaba un pequeño movimiento para besarla en los labios y, nervioso, la aprisionó contra su cuerpo y escribió: No. Luego le pidió que se moviera un poco hacia la derecha y cuando se disponía a escribir una efe gigantesca, escuchó que Adriana le decía que se quedara tranquilo porque por un extremo de la calle se acercaba un vehículo.

Traverso contuvo la respiración y escondió su rostro junto al cuello de Adriana hasta que el vehículo pasó frente a ellos. Cuando las luces del auto se perdieron en la distancia, prosiguió con su trabajo y escribió: Fascismo.

—Nunca imaginé que fuera una palabra tan larga.

—Nunca la escribiste en estas condiciones —respondió Adriana.

—Falta la firma —agregó Traverso, y cuando iba a pintar una «r» rodeada por un círculo, nuevamente Adriana lo alertó. Una pareja de carabineros se acercaba por la misma vereda en la que ellos se encontraban, y aunque sólo estaban a unos cincuenta metros de distancia, era probable que los uniformados no se hubieran dado cuenta de lo que ellos hacían. Andrés apretó con fuerza el aerosol que tenía en su mano derecha. Escucharon los pasos de los carabineros, y cuando éstos estaban a punto de pasar frente al rayado inconcluso, Adriana besó los labios de Andrés, y éste, confundido, retuvo los labios de su compañera hasta que los policías se alejaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrés al sentir que el cuerpo de Adriana tiritaba entre sus brazos.

—Nada. Sólo es un poco de miedo.

—¿Seguro que es sólo el miedo?

Los dos se miraron en silencio, Adriana pasó sus brazos por sobre los hombros de Traverso y volvió a besarlo.

—En ese instante decidí expresar lo que sentía —me dijo Traverso, mucho tiempo después, la tarde que lo encontré borracho en el Parque Forestal y me contó su

historia con Adriana.

9

¿Y si ellos hubieran seguido juntos?, me pregunté mientras conducía por la calle Diez de Julio. Al llegar frente a la oficina de Campbell, aminoré la marcha y vi que aún había luz en su interior. Estacioné, y sin pensarlo dos veces, entré a la oficina, en el instante que mi amigo manipulaba una ruinosa cafetera de aluminio.

—Entrar a tu oficina es más fácil que caminar por el Paseo Ahumada —le dije a modo de saludo—. Pasaba por el barrio y pensé que un poco de conversación no me vendría mal. ¿Qué haces trabajando a estas horas de la noche? ¿No deberías estar calentando los pies a tu señora?

—A primera hora de mañana tengo que entregar el discurso para la inauguración de una sucursal bancaria. Cuatro carillas de frases engoladas que me permitirán pagar la mensualidad en el colegio de mis hijos. También redacté un folleto sobre el uso de pastas dentales, y otro relacionado con el virus Hanta. O sea, tengo todo bajo control. ¿No te parece dura mi vida?

—Te alcanzará para comprar pan y huevos.

—Prefiero esta locura de free lance que estar escribiendo las cosas que ordene un jefe. Sin ir más lejos, hoy vinieron a verme dos colegas. Uno, está podrido de escribir crónicas de la vida social para una revista del corazón; y el otro, se apesta a diario redactando discursos para el gerente de la empresa donde trabaja. En fin, cada cual sabe dónde le molesta el zapato. Déjame apagar la computadora y nos vamos a beber unas copas.

—Todo a su tiempo, Campbell —dije y luego de observar el aspecto de la oficina, pregunté—: ¿Tienes información sobre el destino de los que trabajaron en asuntos de seguridad durante la dictadura?

—No, pero si te interesa, conozco a alguien que ha trabajado en la confección de una detallada lista de nombres.

—No quiero nombres, sino que alguna orientación respecto de los procedimientos utilizados para blanquearlos.

—Para eso no necesito mis archivos ni tampoco pedir ayuda. Los que eran uniformados, fueron pasados a retiro, asumieron cargos secundarios dentro del Ejército o se les envió como agregados militares en embajadas de bajo perfil. Los civiles fueron ubicados en bancos, financieras, cadenas de supermercados, grandes

casas comerciales, salmoneras y empresas forestales. Casi siempre en labores de seguridad o relacionadas con la administración del personal. Otros, se suponen, que están en lo mismo de antes, ya que la seguridad militar sigue intacta, y también están los que aprovecharon sus contactos con el hampa para dedicarse al tráfico de drogas.

—Suponía que era algo más complejo.

—El blanqueo depende de dónde trabajó el agente; si usaba su nombre verdadero, si participó directamente en la represión, o si llegó a ocupar posiciones destacadas en la organización en la cual se le infiltró. Años atrás conocí a Moisés Avendaño, un tipejo que ejerció como jefe de personal en un Servicio Público. Fue responsable del despido de muchas personas y de la detención de tres dirigentes gremiales. De pronto, de la noche a la mañana, el tipo salió de circulación; y tres años después, buscando información sobre la captura de locos en Chiloé, lo encontré en Compu, trabajando de supervisor en una salmonera de la zona. Escribí una crónica sobre el tema, la entregué al editor de la revista en la que colaboraba, y nunca quiso publicarla. Es uno de esos temas de los que no se habla ni se escribe en este país. Habría que modificar el dicho sobre la ropa sucia que se lava en casa. No se lava, se esconde en la bodega más oscura —dijo Campbell, y luego preguntó—: ¿Ahora podemos irnos de copas?

—Sí, ya es hora de cerrar el boliche.

—¿Qué bicho te picó con el tema?

—De repente pensé en el asunto. Simple curiosidad, eso es todo.

—Tus preguntas nunca son inocentes, Heredia.

10

Eran las dos de la madrugada cuando llegamos al *San Remo*, una picada en la calle Cuevas, a media cuadra de la avenida Matta, en la que se podía comer milanesas o un buen trozo de arrollado. El restaurante funcionaba en una casona con muros de adobe y pisos de madera que crujían al caminar sobre ellos. Al entrar, lo primero que vi fue una barra generosa, tras la cual se alineaba un sinfín de botellas, banderines deportivos y fotos de Carlos Gardel. Campbell saludó familiarmente a un mozo que estaba junto a la barra, y luego lo seguí por un pasillo que conducía a los comedores.

Campbell ordenó al mozo dos milanesas acompañadas de puré picante y una botella de vino tinto. De aperitivo bebimos una vaina que, en mi caso, tuvo la virtud de alertar mis sentidos a una hora en que mis huesos preferían estar sobre la cama. En cuanto a Campbell, el licor aligeró su lengua y le hizo hablar aun más de lo habitual.

—Beber y comer son los únicos alicientes que nos van quedando. Lo demás es trabajar y contar los días. Esta vida, y en este país, obliga a un poco de cinismo. Ya no quedan oportunidades para gente como nosotros, Heredia. Estamos viejos y escépticos, condenados a ver pasar la historia por nuestro lado.

—Tu cinismo no me engaña, Campbell. Aun nos quedan algunos cartuchos por quemar. La vieja rebeldía es hoy más necesaria que nunca.

Campbell hizo un gesto de contrariedad y luego bebió un sorbo de vino.

—¿No sé por qué discuto, Heredia? Estoy de acuerdo contigo, colaboro con Viñas, pero a veces descubro que el miedo aún no se me va del cuerpo. Quisiera tener la osadía de antaño, cuando pasaba noches enteras imprimiendo un diario clandestino o debía trasladar panfletos de un extremo a otro de Santiago.

—Antes también tuvimos miedo. Lo importante es reconocer que ha llegado la hora de arrojar por la borda el desencanto.

—¿Volviste con la minita que te dejó hace un año? Estás hablando como ella, a punta de consignas. Linda muchacha, pero tenía la cabeza llena de pajaritos.

—Se llama Griseta y no tiene intenciones de volver.

—¿La extrañas?

—A veces. Por las tardes cuando el barrio va quedando en silencio; por las noches cuando sólo puedo oírme a mí mismo; por las mañanas cuando busco su cuerpo a mi lado y no está. ¿Te parece una buena respuesta? Es la primera vez que se lo confieso a alguien.

—¿Por qué no la buscas?

—Porque carece de sentido. Hay cosas que se dan una vez y nada más. Con ella vivimos una linda historia. Nos quisimos bien, pero se acabó. Que la recuerde es sólo una trampa de la cabrona nostalgia.

—Cada vez que me junto contigo termino con remordimientos de conciencia. No podemos hablar de política ni de mujeres sin gimotear.

—Eso tiene un lado positivo, significa que aún te queda conciencia —dije y apuré mi copa hasta el fondo.

11

Dejé a Campbell frente a la puerta del *San Remo*, después de convencerlo de que la amistad era una cosa y otra, seguir la borrachera, como era su intención. Escuché sus últimas mentadas de madre y caminé hasta donde había dejado estacionado mi

auto, comprobando que mis pasos conservaban su habitual equilibrio y podía conducir sin temor a estrellarme contra los semáforos. La noche estaba cálida, pero algo en las sombras de los árboles y de las esquinas recordaba que el dolor estaba cerca, en el aire, en los pasos que de pronto resonaban sobre aceras y adoquines. Los rincones de la noche santiaguina ya no tenían la placidez de antaño y en los rostros que se cruzaban en mi camino, veía más amenazas que posibilidades de compartir una hora de amistad. Demasiadas miradas esquivas, muchachos drogados, lanzas de carrera veloz, niñas prostituyéndose por tres pesos, mendigos durmiendo al amparo de los portales de las grandes tiendas comerciales. La inevitable oscuridad de los que quedan fuera de la fiesta.

¿La noche estaba más violenta o mi cuerpo resentía el paso de los años? Sólo a mí me importaba obtener una respuesta, y aun así, mientras conducía por Vicuña Mackenna, no lograba encontrarla. Había algo de tedio, de repetición constante que se multiplicaba noche tras noche, y que sólo conseguía espantar cuando asumía con interés mi trabajo. ¿Y si sólo fuera la protesta de mi incapacidad, la rebeldía de unos días sin objeto? Y si yo era el equivocado, el errático que no sabía adaptarse a los cambios, ¿por qué la tristeza derrotada de Adriana López, el cinismo de Campbell, la suerte vagabunda de Joaquín Pérez? No había respuesta; al menos no a esa hora en que toda mi atención debía ocuparla en conducir, alerta a las luces de los semáforos y a los pocos vehículos que pasaban por mi lado, raudos, dueños de unas calles sin ley.

Llegué al baldío donde guardo mi auto por las noches, a tres cuadras de mi departamento, y luego de asegurarme de que sus puertas estuvieran cerradas, salí a la calle y encendí un cigarrillo. Recordé que había dejado mi pistola en el departamento y que por lo tanto mi única arma era el cortaplumas que portaba en el bolsillo trasero de mis pantalones. Fue en ese instante cuando escuché los pasos. Miré a mis espaldas y apenas vi a las dos sombras que se acercaban, corrí hacia adelante. Una carrera corta, sin destino, porque a poco andar, sentí un golpe en mi hombro derecho. Trastabillé, quise intentar alguna defensa, pero fue inútil. El puño impactó dos veces en mi vientre y enseguida buscó mi boca con acierto. Caí al suelo y soporté, como en tantas otras ocasiones del pasado, la pesadilla de sentir que unas manos hurgaban entre mis ropas, mientras alguien que se había arrodillado junto a mi cabeza, decía: Osorio dice que te dejes de investigar huevadas.

Cerré los ojos y no los abrí hasta que tuve la certeza de estar solo. Limpié la sangre que escurría por entre mis labios y apoyándome en la pared de una casa, me puse de pie y comencé a caminar con la inseguridad de un ebrio que para llegar a su destino sólo confía en la buena suerte.

Desperté en una cama extraña. Abrí los ojos y demoré varios segundos en acostumbrarlos a la penumbra de la pieza donde me encontraba. Era pequeña, sus paredes lucían un par de cuadros borrosos y no tenía más mobiliario que la cama y un diminuto velador. Metí mis manos bajo las sábanas y comprobé que me hallaba desnudo y que una venda aprisionaba mi tórax. Traté de reconocer el lugar y no tuve éxito. Resignado, apoyé mi cabeza sobre la almohada, cerré los ojos y al reabrirlos, segundos después, vi a una mujer desconocida.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Me llamo Manuela y soy una de tus vecinas —respondió esbozando una sonrisa tímida.

—¿Vecinas?

—*La Dalia Azul*. Nos hemos cruzado en el ascensor. Tú tal vez no te has dado cuenta, pero yo me he dedicado a observarte detenidamente. Se cuentan muchas cosas de ti en el barrio.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Te trajo el chino Lau. Parece que te caíste frente a la entrada de su restaurante. Creyó que estabas borracho, pero al ver tus heridas decidió traerte a tu casa. El chino armó un escándalo y con otras dos chicas salimos a ver qué pasaba y decidimos meterte a nuestro departamento.

—¿Qué hora es?

—Está por amanecer. ¿Necesitas algo, un vaso de agua, una aspirina?

Manuela sonrió y en ese instante me detuve a contemplarla. Era bonita, de ojos oscuros y boca pequeña.

—Quiero que me ayudes a volver a mi casa. ¿Dónde está mi ropa?

—La metimos en una bolsa para enviarla al lavaseco.

—¿Me desnudaste?

—Y también te lavé en el jacuzzi. Tengo práctica.

—No me acuerdo de nada.

—Puedes salir envuelto en la sábana. Estamos a pasos de tu departamento.

—Gracias por tu ayuda, Manuela.

Me puse de pie y ayudado por la muchacha avancé hasta la puerta. Al salir de la pieza encontramos a dos mujeres más. Eran tan jóvenes como Manuela, pero menos llamativas.

—Claudia y Verónica —dijo Manuela—. También te ayudaron.

—Gracias a las dos —farfullé.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Claudia.

—Podré llegar a casa.

—Que no lo vean los vecinos. Van a creer que maltratamos a los clientes —bromeó Verónica.

Salimos del departamento de las muchachas y a duras penas logré caminar hasta la entrada del mío.

—Empuja la puerta —pedí a Manuela—. Nunca pongo llave.

Entramos y me senté en la primera silla que estuvo a mi alcance. Manuela encendió las luces de la oficina.

—Hace tiempo que aquí nadie saca el polvo —dijo Manuela, después de observar el aspecto de la habitación.

—Ni limpia el piso ni saca las telarañas ni nada.

—¿Vives solo?

—Con mi gato —dije y luego de una pausa, agregué—. Seguramente ya te he quitado mucho tiempo.

—¿Quieres que me vaya?

—Te deben esperar en alguna parte.

—Vivo con mis padres y a ellos les da lo mismo lo que haga.

Volví a ponerme de pie y caminé hasta el dormitorio. Manuela ordenó las sábanas y yo me dejé caer sobre la cama, desnudo.

—Voy por un vaso de agua —dijo, y la vi salir de la pieza. Cuando regresó me hizo tomar dos pastillas y enseguida se sentó a mi lado.

—¿Qué me diste?

—Un relajante muscular que usa una de las muchachas.

—Gracias de nuevo, Manuela.

—¿Qué pasó? ¿Te asaltaron?

—Tres tipos hediondos y peludos. Quisiera decir que resultaron más dañados que yo, pero no fue así. Me he vuelto viejo y torpe.

—En el jacuzzi dabas un buen espectáculo.

—No me hagas reír que me duelen más los golpes.

Manuela se inclinó hasta rozar mis labios con los suyos. El deseo de sobrevivir despertó dentro de mí.

—¿Quieres que me quede? —preguntó ella.

—Sí —dije y cerré los ojos.

La oí arrojar su ropa al suelo y luego sentí su piel junto a la mía.

—Abrázame y quédate quieta —agregué.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

Acaricié su cabellera y cuando mis dedos se aventuraban por la tibieza de su espalda desnuda, sentí que el cansancio hacía su juego malévolo y me dormí.

TERCERA PARTE

1

Por la ventana entraba un rayo de sol que caía sobre la cómoda donde guardaba mis camisas y las postales antiguas que compraba en mis paseos por el mercado del Barrio Franklin. A menudo me gusta ir a esa feria persa y dejar que las horas transcurran entre la gente que busca gangas, ropa a bajo precio, libros usados, o lo que se les ocurra, desde un Ford del año 1942 hasta una ínfima tuerca oxidada. Me gusta detenerme frente a los puestos de venta, huronear en anaqueles o cajones, regatear un precio y al final, volver al departamento con diez o veinte postales o la edición añosa de un libro de poetas tan olvidados como Gustavo Ossorio, Romeo Murga o Domingo Gómez Rojas.

Había dormido toda la mañana y buena parte de la tarde. Al moverme entre las sábanas comprobé que las dolencias habían menguado, y que el ánimo, como una serpiente subterránea volvía a recorrer mis piernas. Cerré los ojos con la intención de dormir un rato más pero, en ese mismo instante, sentí sobre mi rostro los cojinetes de Simenon.

—Machucado, como en los viejos tiempos —le oí decir.

—Nada mejor que los viejos tiempos. Dos patadas más de los matones y habría rejuvenecido quince años. Es mi sino, recibir golpes y ser rescatado por muchachas amables.

—Se diría que estás feliz con la golpiza que te dieron.

—Ahora tengo otra razón poderosa para buscar a Traverso.

—La vecina se fue temprano, ¿se desilusionó?

—Es una buena chica, nada más.

—Me alegra verte de buen ánimo.

—Lo estoy y con ganas de trabajar. Si pudiera tomar desayuno, la felicidad sería absoluta.

—Te lo prepararía, pero sólo soy un gato y ni siquiera sé freír un huevo.

—Acurrúcate a mi lado; dormiré una hora más y luego intentaré ponerme de pie.

Simenon se quedó en silencio y dos horas más tarde, cuando volví a despertar, seguía junto a mí, aplicado en el meticuloso aseo de sus extremidades.

—¿Te he hablado de Roberto Osorio? Su nombre estaba en boca de los matones que me emboscaron. Tengo que buscarlo.

—Deja para mañana lo que no te conviene hacer hoy.

—Hace tiempo que no lo veo. La última vez, seis o siete años atrás, lo encontré a la salida del cine donde exhibían una película de Fellini. Hablamos poco, de esas cosas obvias que se dicen dos personas que se encuentran de tarde en tarde. Lo noté cambiado. Usaba gafas, terno oscuro y los cabellos engominados. No olvido lo que de él se dijo en la universidad, pero aun así, entonces yo tenía buenas relaciones con Osorio. Era bastante ácido en sus opiniones; estudiaba más que ninguno de los del grupo y era el único que llegó con polola a la universidad. Betty, una rubia paliducha a la que nunca le adjudicamos mayores atractivos. Osorio, durante la dictadura, y después que obtuviera su título de abogado, trabajó en el Ministerio del Interior. Cuando ocurrió la detención de Pablo Durán se distanció del grupo. Le aplicamos la ley del hielo y una tarde, cuando le impedimos sentarse a nuestra mesa en el casino, habló de injusticia y de que alguna vez íbamos a pagar por lo que hacíamos con él. Ahí puede estar la explicación de la foto y sus marcas. Parece siniestramente simple. ¿Es posible guardar rencor durante tantos años, planificar una venganza oscura, seguirnos las huellas, asesinar? Y si así fuera, ¿para qué ordenar a los matones que dijeran su nombre? ¿Fue un error o creyeron que de la paliza no resucitaba ni con los consejos de Lázaro? ¿Qué hacer? Las ideas me dan vueltas y no consigo que se detengan sobre un par de razonamientos lógicos.

—Estás muy confundido, Heredia.

—¡Quién lo dice!

—Un gato inteligente reconoce cuando su amo está en apuros.

—Pero tú eres incapaz de poner tres cubos de hielo en un vaso y escanciar sobre ellos dos dedos de licor.

—«Un gato con guantes no caza ratones». Necesitas ayuda. Lo sé porque nos parecemos, Heredia. «El gato vive solo. No necesita sociedad alguna. Sólo obedece cuando quiere, o simula dormir para observar mejor y araña todo cuanto puede arañar». Así eres tú y así soy yo. Ve por una copa y después dedícate a investigar en serio.

Aparté a Simenon de mi lado y di un par de pasos, leves, como si caminara sobre una delgada escarcha. Al salir del dormitorio sentí un dolor en el pecho, pero seguí adelante y conteniendo la respiración llegué hasta la oficina y me derrumbé sobre el sillón, junto al escritorio. Cogí la botella de pisco que estaba al lado de un taco

calendario del año 1999 y bebí un trago, desesperado, con la urgencia del náufrago que se aferra al madero. El pisco hizo su efecto y luego de unos segundos me sentí mejor. Encendí un cigarrillo y cuando mis bronquios comenzaron a saltar de alegría, busqué la guía telefónica y disqué el número de Roberto Osorio.

Una telefonista de voz suave me informó que el número discado estaba fuera de servicio. Maldije en silencio y enseguida llamé a Campbell.

—Tienes una voz de ultratumba —dijo mi amigo—. ¿Anoche seguiste la farra por tu cuenta?

—Sí, con tres luchadores de cachacascán, pendencieros y malas pulgas. Bebimos tanto que las últimas copas que nos dimos parecían patadas y puñetazos en las costillas. Lamentablemente no puedo asegurar que ellos estén en peor estado. Bebían de prisa y se fueron sin pagar la cuenta.

—¿Qué es todo ese cuento, Heredia?

Traduje mi historia para Campbell y se la volví a contar con más detalles.

—Salgo de inmediato para tu departamento —dijo, sobresaltado, una vez que terminé de hablar.

—Antes, busca en tus archivos, llama a tus amigotes de la policía, revisa tu agenda, pero tráeme la dirección de Roberto Osorio.

—¿Qué tiene que ver él con la golpiza?

2

Campbell estuvo a mi lado antes de veinte minutos, escuchando nuevamente el relato de la golpiza. Pese a sus insistencias, interrupciones y preguntas no logré recordar ningún detalle distinto a los que ya le había entregado por teléfono. El ataque había sido demasiado rápido y sólo el nombre de Osorio era lo suficientemente seductor, como para espantar el cansancio y salir de inmediato en su búsqueda.

—Utilicé todos mis contactos para obtener la información que necesitas —dijo Campbell una vez que hubo satisfecho su curiosidad y de que se diera cuenta de que mucho más no podía hacer para atenuar los efectos de los golpes—. Osorio dejó el empleo público que tuvo durante varios años, trabajó un tiempo en una empresa constructora y después, a comienzos del año 1990, instaló un estudio de abogado. No fue fácil, pero también obtuve las direcciones de su oficina y del departamento donde vive. Al parecer ha tenido algunos problemas. Está separado de su esposa y vive solo,

enclaustrado en sus negocios, sin que se le conozcan amigos o una pareja estable.

—Me asombra tu capacidad para obtener información.

—Santiago sigue siendo una aldea, donde los dimes y diretes vuelan; y lo que no se sabe, se inventa.

—¿Desde cuándo que no ves a Osorio?

—Desde que él trabajaba en el Ministerio del Interior. En ese tiempo yo reporteaba en el diario *Fortín Mapocho*, traté de entrevistarlo para una crónica sobre la aplicación de la ley de amnistía en los casos donde aparecían involucrados algunos militares, y si bien me recibió en su oficina, no quiso hablar sobre el tema. Su trato fue frío, y antes de que le hiciera la primera pregunta, mencionó el incidente en la universidad. Recordaba a cada uno de los del grupo, y como suele decirse, tenía sangre en el ojo.

—¿Sabes cómo le va con su estudio de abogado?

—Dinero no le falta. Además de su negocio de leguleyo, es socio de una cadena de preuniversitarios. Ahí comparte honores y utilidades con un izquierdista arrepentido que aprendió el teje y maneje de los negocios siendo jefe de gabinete de un alcalde, en los tiempos de la dictadura. Llamé a Belarmino Zelada, y éste averiguó que Osorio, en la última década, a lo menos ha viajado a Miami dos veces por año.

—Mañana iré a conversar con él. Espero que me reciba y que escuche mis preguntas.

—No es bueno que vayas solo. Los gorilones que te atacaron pueden andar cerca.

—Iré prevenido —dije, y al tiempo que sacaba la Walther del escritorio, agregué—: Esta dama me ha acompañado en muchas situaciones peliagudas.

—¿Te acompaño? —preguntó Campbell.

Cuando iba a responderle se abrió la puerta de la oficina y vi entrar a Manuela. Cohibida por la presencia de Campbell, la muchacha sólo atinó a dar un paso y se detuvo junto a la puerta.

—No sabía que tuvieras visitas —dijo. En sus manos portaba un cambucho de papel que apretó, nerviosa.

—Ella es Manuela —le dije a Campbell—. Después de la paliza me ayudó a volver al departamento.

—Ya me iba —dijo Campbell luego de saludar a Manuela—. ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—Mañana te llamaré antes de las dos de la tarde. Si no lo hago, búscame en la morgue más cercana.

—Tu humor cada día es más deplorable —dijo Campbell. Luego, hizo un gesto de resignación, sonrió a Manuela y salió por la puerta que la muchacha había dejado entreabierta.

—¿Cómo estás? —preguntó Manuela.

—Mejor.

—Te traje esto —dijo, pasándome el cambucho que hasta ese momento sostenía

entre sus manos, y en el cual, después de abrirlo, descubrí una atractiva ración de galletas.

—Las galletas de chocolate son mis favoritas —dije—: En mi infancia, todos los domingos, a la salida de la iglesia se instalaba un vendedor de golosinas. Para poder comprar un paquete de galletas o un cucurucho de turrón, me ofrecía para recoger la limosna, y sin que se diera cuenta el sacristán, robaba dos o tres monedas por misa.

Manuela sonrió. Luego dejó su cartera sobre el escritorio y recorrió la oficina con su mirada, como si hubiera querido descubrir algún secreto bochornoso entre sus paredes.

—La placa que tienes en la puerta dice que eres investigador legal. ¿Por eso te golpearon?

—Hay gente que se molesta cuando uno se entromete en sus vidas.

—¿Pueden volver?

—Imagino que sí. Cuantas veces quieran.

—¿No tienes miedo? Yo estaría verde de susto.

—Tengo miedo, pero se me pasa cuando estoy con muchachas como tú.

—Lo de anoche fue tierno.

—¿Tierno? ¿Te parece tierno dormir con un tipo que no logra mantener los ojos abiertos?

—Es como para creer que la vida reserva siempre una oportunidad.

Hay sentimientos que no se resuelven en una noche. Una vez traté de obviar el peso de los años y no resultó. Ella se llamaba Griseta y llegó un día al departamento siguiendo las recomendaciones de su hermano, al que había conocido años atrás. La atracción fue mutua, nos queríamos y nos gustaba estar juntos. Pero, ella era joven y tenía ganas de vivir. Y contra eso fue poco lo que pude hacer; detesto mantener las aves en cautiverio y todos tienen derecho a seguir sus caminos. ¿Entiendes?

3

El amanecer nos sorprendió en silencio; cada cual adormecido con sus recuerdos y por la luz grisácea que entraba paulatinamente al dormitorio, redescubriendo la fisonomía de los muebles, la telaraña en un rincón del cielo raso, la imagen de nuestros cuerpos en el espejo. Hora de sosiego y de palabras que enumeran los rostros de la alegría; de caricias que alentaban esperanzas y de una vigilia que se prolongó hasta que, junto con la luz, entró a la pieza el tañer de una campana anunciando que

era tiempo de cerrar los ojos a los sueños y mirar la realidad de una pieza maltrecha, y en ella, los agotados sentimientos de dos solitarios que a la luz de la mañana no tienen nada que decirse, salvo dos o tres palabras escuetas para ofrecer café y rebanadas de pan añejo.

—Si no vuelvo, ya sabes donde encontrarme —dijo Manuela antes de despedirse—. Hay quince pasos entre tu puerta y la mía.

Cuando ella se fue, di unos pasos por la oficina para apreciar el dolor en las costillas y comprobé que sólo sentía el reflejo de una punzada que iba en retirada. Tomé una ducha caliente y después de anudar la corbata alrededor de mi cuello, salí a la calle.

La oficina de Osorio estaba en avenida Providencia, en el décimo piso de un edificio con paredes de aluminio y grandes placas de vidrios en las que se reflejaban algunas nubes esponjosas. El piso de la entrada era de cerámica verde y mientras abordaba el ascensor tuve que resistir la mirada inquisidora de un guardia que vestía pantalones grises, casaca azul y una gorra con la insignia de una empresa de seguridad.

En la oficina de Osorio me atendió una secretaria cincuentona que vestía un traje azul de dos piezas, ceñido a la contundencia de sus carnes excesivas. La mujer examinó mi aspecto y antes de dirigirme la palabra, cerró el cajón superior de su escritorio.

—Busco a Roberto Osorio —le dije, subiendo el tono habitual de mi voz.

—No está —contestó la mujer.

—Fuimos compañeros en la universidad y...

—El señor Osorio no está.

—No le quitaré mucho tiempo.

—La semana pasada viajó a Miami y regresará en cuatro días más.

—Heredia, mi nombre es Heredia. Anótelo en la agenda; de aquí a cuatro días volveré —le dije, y sin despedirme salí de la oficina. Al llegar al ascensor recuperé la tranquilidad y cuando estuve de nuevo en la recepción decidí abordar al guardia y preguntarle por Osorio. El hombre midió su respuesta y sólo cuando le mostré la antigua credencial del Servicio de Investigaciones que uso para abrirme algunas puertas, bajó la vista y con palabras secas, confirmó la historia de la secretaria.

—¿Y ahora qué? —me pregunté más tarde, sentado frente al volante del Chevy.

De la guantera saqué una cajetilla de Derby y mientras encendía un cigarrillo, recordé que la oficina de Bernardo Torres estaba a seis cuadras y que para llegar a ella sólo requería una dosis de paciencia y resistir el flujo de los autos que a esa hora se desplazaban impulsados por la prisa y la imprudencia. La fortuna me sonrió. Pregunté por Bernardo Torres a una secretaria de ojos verdes, y un minuto después lo vi aparecer, alto, gordo y risueño como un payaso de circo. Desde los días en la universidad había subido veinte kilos, el mentón se le confundía en una papada temblorosa y sus anteojos, pequeños y de marcos negros, parecían incrustado en su

rostro mofletudo. Me comprimió entre sus brazos y luego, cuando fue consciente de que estaba a punto de cortarme la respiración, aflojó la presión y me hizo entrar a una oficina del tamaño de una cancha de tenis.

Torres se acomodó en un sillón de cuero y me hizo una seña para que lo imitara.

—Te debo una disculpa, Heredia. La otra noche no pude llegar a mi casa. Adriana estaba furiosa, pero igual me contó que habían tenido una cena entretenida.

—Es agradable hacer recuerdos con la gente que uno aprecia.

—En esta empresa no existen los horarios —agregó Torres mientras extendía sus brazos como queriendo atrapar todos los objetos que estaban a su alrededor—. Hay que adaptarse al ritmo de los clientes, a sus plazos y necesidades.

Pensé que había sacado sus palabras de un manual empresarial: Nos adaptamos a las necesidades de nuestros clientes. El cliente tiene la razón, su opinión nos importa. Los diarios publican todo el tiempo babosadas de ese tipo; sirven para hacer creer a la gente que tiene la oportunidad de exigir sus derechos.

—En la universidad también sabías ocupar tu tiempo —le dije—. Nunca he conocido a un tipo con más capacidad para asistir a reuniones, preparar informes y organizar a la gente.

—Qué pérdida de tiempo, ¿no?

—No me arrepiento de haber participado en esas cosas.

—Bueno, yo tampoco me arrepiento —se apresuró en decir Torres—. Sólo me pregunto si valió la pena el esfuerzo para al final terminar en el lado de los perdedores.

—¿Perdedores? Diría que supiste cambiar de tren a tiempo. Antes a eso le llamaban oportunismo, hoy creo que le dicen visión de futuro.

—Dejemos el tema hasta aquí, Heredia. Deseo tener un buen recuerdo de este encuentro. Me basta mirarte un minuto para darme cuenta de que existen temas sobre los cuales ya no coincidimos —agregó Bernardo y miró su reloj. Deduje que comenzaba a reducirse mi tiempo en la oficina y que debía expresar un par de ideas respecto a un posible chantaje de mi parte.

—Te extrañamos la otra noche. Creo que Adriana no se tragó el cuento de la reunión —dije.

—Hace tiempo que me concedí el derecho a ciertas licencias y que ella lo sabe o intuye. En mi trabajo abundan las tentaciones. El poder embellece a los hombres y las mujeres buscan a quienes lo detentan. Por lo demás, siempre he sido un tigre al acecho.

—¿No te importa lo que sienta Adriana?

—Nos une el cariño de una vida juntos, los hijos, los momentos felices. Mis aventuras no la tocan. Ella es para siempre; a las demás les concedo tres polvos y luego les digo adiós. Tal vez, alguna duró más, trató de enredarme con celos, amenazas o un posible embarazo, pero a su tiempo también supe apartarlas, sin mayor drama. ¿Y tú, qué me dices sobre tu suerte con las mujeres?

—No he venido a hablar de mí. ¿Te acuerdas de Andrés Traverso?

—¿Cómo podría olvidarlo? Tú sabes que él y Adriana fueron pareja en la universidad. Eso lo saca de la lista de mis personajes favoritos. ¿Qué pasa con él?

—Lo busco, eso es todo.

—Concede entrevistas a los diarios, es un cuadro público de su Partido. ¡Un cuadro público! Así llamábamos en nuestros tiempos a los dirigentes que daban la cara; los otros, los que hacían el trabajo tras bambalinas, eran los clandestinos. Para ambos roles se necesitaban agallas, sólo que si eras un dirigente público y te pillaban tenían mayores posibilidades de salir del embrollo.

—Tú debes saberlo mejor que yo, Bernardo. En ese tiempo eras de los que marcaban las pautas y tratabas de convencer a los demás acerca de las bondades de tu discurso.

—A eso llámalo errores de juventud —dijo Bernardo, y luego de una pausa que empleó en mirar una vez más su reloj, agregó—: En todo caso y para satisfacer tu inquietud, ten la absoluta seguridad de que no he visto a Traverso.

—¿Y a Roberto Osorio?

—¿Te dio un ataque de nostalgia? La última vez que lo vi fue por un asunto de trabajo. El ministerio donde él era funcionario necesitaba comprar equipos de aire acondicionado. Llegamos rápidamente a un acuerdo. Mi empresa ganó la propuesta y Osorio una buena comisión. Después volví a encontrarlo hace seis o siete años. Bebimos un trago y eso fue todo. No es un sujeto que despierte mis simpatías.

—¿El viejo tema de la traición?

—Sí, sigue siendo algo difícil de olvidar. Todos queríamos a Pablito Durán.

4

«Todos queríamos a Pablito Durán». La frase me acompañó hasta el regreso a mi departamento, dos horas más tarde. Antes, intenté alargar la conversación con Bernardo, sin perjuicio que a medida que pasábamos de un tema a otro, sentía que las diferencias entre los dos eran más profundas. Viajábamos en buses distintos y mientras estos se alejaban, cada cual a su destino, no podíamos hacer otra cosa que saludarnos a través de las ventanillas, evocando momentos del pasado, una gota deslavada de alegría. No juzgué a Bernardo ni le pedí explicaciones. Tampoco busqué confrontar nuestras ideas, porque habría sido como golpear las cabezas contra un muro. La copa estaba rota, sus fragmentos desparramados por los suelos, y poco se

ganaba con imputar causas y responsabilidades. Él seguiría con su vida y yo con la mía, y tal vez en otra oportunidad volveríamos a encontrarnos, sin esperar otra cosa que una sonrisa o el recuerdo, seguramente desdibujado, de un tiempo irremediadamente perdido, y cuyos mejores momentos y también los más oscuros, seguirían dando vueltas en la memoria.

«Todos queríamos a Pablito Durán». Por un minuto me pareció verlo junto a la entrada del casino de la Facultad, atisbando las mesas hasta ubicarnos en el rincón de costumbre, avanzando a nuestro encuentro, sonriente, presuroso para saludarnos con su petición más socorrida: ¿Quién tiene un cigarrillo que me convide?

Su error fue hablar de más; acercarse al grupo sin máscaras, llamar pan al pan y vino al vino, ajeno a esa retórica de palabras en sordinas y sugerencias que usábamos en aquellos días del año 1974. Fue el primero que públicamente mentó la madre a los militares, discutió a voz en cuello con el profesor de Introducción a las Ciencias Políticas y repartió panfletos con el nombre del tirano. El que dijo que había que hacer algo antes que la mierda nos llegara al cuello como finalmente ocurrió, en años que se fueron alargando, uno a uno, en días acortados por toques de queda, ruidos que nos espantaban el sueño por las noches, humillaciones, rostros que desaparecían, libros que nos atrevimos a hacer circular de mano en mano; silencios, demasiados silencios acumulados hasta que descubrimos que se nos iba una mitad de vida y comenzábamos a ser los sobrevivientes de una guerra que nos habían impuesto. Su error fue hablar de más y confiar en el grupo: en las simpatías de los primeros encuentros, en las opiniones que nos atrevimos a dar para que reconociera que estábamos del mismo lado; en mí, cuando lo vi desparramar volantes en los baños de la Facultad, o en Traverso que una noche lo acompañó en la tarea de imprimir un documento clandestino.

Y por supuesto, su error estuvo en confiar en Osorio. Fue él quien lo delató o al menos así lo sentenciamos cuando logramos sacudirnos de la pena y del miedo que experimentábamos cuando su hermano nos relataba su búsqueda por morgues y hospitales, el peregrinaje interminable hacia el Comité Pro Paz, el silencio que llenaba la mesa familiar cuando su madre ponía el plato y los cubiertos para el comensal ausente, como si con ello hubiera podido conjurar el mal o sólo se tratara de esperar al hijo díscolo que había decidido pasar algunas noches fuera del hogar. Bastó que Traverso lo sugiriera una tarde, dos o tres meses después de la captura de Pablito, para que todos lo asumiéramos como cierto. Una verdad tajante, porque Andrés había descubierto que el padre de Osorio era militar y que Roberto había participado en un curso de adoctrinamiento en la sección juvenil de un partido político de ultraderecha. Eso fue suficiente para creer que era el responsable de que a Pablito lo hubieran ido a buscar a la Facultad y, en una maniobra rápida, inadvertida para todos menos para el quiosquero de la esquina, cuatro hombres de gafas oscuras lo metieran dentro de un auto blanco que, raudo, se alejó en dirección a un lugar que nunca determinamos; al que sólo pudimos dar aquellos nombres que nos parecían

sinónimos del infierno: Belgrado, Londres, Borgofto, Villa Grimaldi, José Domingo Cañas.

Y quizá fue la ausencia de Pablito, por el vacío que dejó en nuestra mesa, por los diálogos que evitaban nombrarlo para no reconocer el quiebre, el abismo al que habíamos sido lanzados, que un día decidí abandonar la Facultad. Dejé de entrar a las clases, espacié mis estadías en el casino y una mañana, cuando estuve seguro de que mis amigos lo comprenderían, puse mis libros de leyes en una bolsa, y luego de arrojarlos a un basurero, compré *Las Últimas Noticias* y encontré en sus páginas el aviso de un trabajo que ofrecían, como nochera de un hotel galante ubicado en la calle Catedral. Seis meses trabajé en ese lugar, y luego, alentado por las conversaciones que tenía con Gatica, el exonerado detective del Servicio de Investigaciones que trabajaba como guardia del hotel, decidí arrendar una oficina e instalar en ella mi negocio de investigador privado.

5

Preparé una sopa instantánea y la compartí con Simenon que, hambreado, lengüeteó con entusiasmo la magra comida. Me sentía cansado pero contento de estar en mi casa, rodeado de objetos familiares y con la noche por delante para terminar de leer la entrevista a Saramago que había dejado en el escritorio, sobre una ruma de diarios antiguos y revistas de cómic que compraba en mis paseos a las librerías de viejo de la calle San Diego. «Lo horrible es que los humanos hemos inventado la crueldad, y eso es lo que no puedo entender ni aceptar», decía el escritor portugués, haciendo coincidir sus palabras con unas ideas que, sin la misma precisión, solía dejar dar vueltas por mis pensamientos para explicar muchas de las cosas que conocía en mi oficio de metiche a sueldo.

Estar rodeado de mis cosas me tranquilizaba. Como si de los muebles, cuadros o libros emergiera una caricia amable que invitaba a dejar que fluyeran los pensamientos, sin prisa ni sobresaltos. La oficina, las demás piezas del viejo departamento eran el regazo de la madre que había perdido a los cinco años, que podía imaginar al mirar el retrato deslavado que de ella conservaba, pero de la cual no poseía ningún recuerdo concreto. No tenía memoria de mi vida junto a ella. Mis recuerdos nacían en otra época que también se había hecho distante. El orfanato de los curas salesianos, los rezos antes de comer o de dormir, las misas dominicales, las prédicas del padre Doretti, quien mostrando las líneas de las palmas de sus manos

gritaba desde el púlpito, en un confuso latín, que Dios nos grababa dos eme en las manos para recordarnos que: «Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris». Toda una arenga destinada a que viviéramos nuestra infancia con optimismo.

Tomé mi libreta de apuntes e intenté escribir algunas apreciaciones que me permitieran sacar algo en limpio del encuentro con Bernardo Torres. Seguía dando vueltas en el mismo círculo y el paradero de Traverso continuaba siendo un enigma. Ningún dato, ninguna huella. Nada que permitiera tirar del hilo que conduce al corazón de la madeja. Nada a que asirse, como si cada uno de mis pasos estuviera destinado al fracaso, a la risa burlona de un personaje oculto que movía las piezas de un juego del que desconocía sus reglas. En otras circunstancias tendría una huella que seguir. Secuestro, deudas, venganza, celos. Un motivo que facilitaba la investigación y abría puertas con la rigurosidad de un ventarrón.

Busqué en el escritorio la foto que había recibido de Campbell. La observé desde distintos ángulos, como tratando de encontrar en ella una clave que permitiera concluir el trabajo. Pero en la foto no había nada nuevo. Sólo las imágenes de hombres jóvenes que usaban cabelleras largas; de cuerpos esbeltos, atléticos, aún sin asomo de las barrigas de escritorio que les deparaba el futuro. Sólo las imágenes de mujeres igualmente jóvenes, bellas, frescas, sin arrugas que orillaran sus labios; de ojos alegres, esperanzados.

La búsqueda de Traverso era un fracaso, una inútil vuelta al pasado; encuentros con amigos a los que no veía desde hace años, algunos recuerdos esgrimidos a la fuerza, la irrevocable constancia del paso del tiempo y la llegada de esos cambios a los que en su momento creímos estar ajenos. Calvicies, cabelleras teñidas, barrigas exuberantes como la de Bernardo Torres, los ojos tristes de Adriana, el roce de sus labios resecaos en aquel beso de la despedida hasta un futuro sin lugar ni fecha convenida. Nada más, nada más, repetí, al tiempo que sentía que entre mis manos la foto adquiría el peso de una lámina de plomo. La dejé sobre el escritorio y coloqué en el equipo de música un disco de Mahler.

Simenon estaba acostado en un rincón de la oficina, encima de las obras completas de su homónimo belga.

Parecía dormir, pero cada tanto, sobresaltado por algún ruido proveniente de la calle, abría sus ojos y lanzaba una mirada de reproche, como si fuera mía la culpa de que se interrumpieran sus sueños de gato malcriado.

La música de Mahler no consiguió apartarme de los recuerdos. Pensé en Roberto Osorio y en su aparente traición; en los demás protagonistas de la foto y en mí. ¿Acaso no éramos todos traidores? Derrotados unos, aparentemente victoriosos los otros. Traidores de sí mismos, remedos de una esperanza incumplida o que no era factible, porque la vida, cada cual lo había aprendido a su modo, tendía trampas, hacía falsas promesas o propiciaba alegrías que después no se repetían. Pensé en un juego cruel. Buscar a los sobrevivientes de la foto y repetirla captando sus imágenes

actuales. Probablemente ninguno miraría el lente de la cámara o asumiría la pose más cómoda para disimular lo inevitable: que ya no éramos los mismos.

Tuve una intuición que de inmediato consideré errática: en la desaparición de Traverso no existían huellas porque no había crimen que resolver. El culpable, si existía alguno, no estaba en la foto. Al tiempo transcurrido era el único al que se podía exigir cuentas; a la vida que había distribuido las cartas a su antojo, repartiendo suerte y desengaños sin lógica aparente.

No deseaba pensar más en eso. Necesitaba un poco de alcohol en mis venas y lo busqué en la botella que guardaba en el escritorio. Pero no probé su contenido, porque cuando me llevaba la botella a los labios, Campbell irrumpió en la oficina con su prisa de costumbre.

—¿Cómo está usted, caballero? —preguntó a modo de saludo, risueño, inclinando su cabeza en una suerte de venia ceremoniosa.

—¿Qué te trae por estos lados?

—Tenía curiosidad por saber cómo va tu trabajo.

—¿Quién es el desconfiado? ¿Tú o Viñas?

—Queremos estar informados.

—El asunto va mal. Mi recorrido por el pasado ha sido tan inútil como correr tras el viento.

—Deberías pensar en las actuales relaciones de Traverso. Gente que lo haya visto recientemente. Te noto desanimado, Heredia. Tratándose de un viejo conocido como Traverso, deberías recurrir a tu reserva de entusiasmo.

—Hasta ahora, giro y giro como una veleta. Sé que no cuento con mucho tiempo y también que ya no soy el mismo de antes. Mis facultades para olfatear en la oscuridad se han reducido. Tu jefe debió pensar en otra persona.

—Confiamos en ti.

—Uno de los problemas es que no hay víctima. Si hubiera un cadáver o si hubieran robado algo, sería más fácil. Existirían huellas en un lugar o alrededor de un cadáver. La víctima tendría amigos y enemigos. Hasta ahora lo único que tengo es un hombre que vive solo y desapareció de la noche a la mañana sin avisar a nadie. Y eso no es mucho.

—¿Y los recuerdos, Heredia?

—En eso estoy, en los recuerdos.

Al otro día desperdicié mi tiempo en pensamientos que no conducían a nada, rutinarios como la marcha del reloj o el juego de la esperanza al que de vez en cuando me arrastraba. Había bebido tres tazas de café y revisado las roñosas carpetas donde atesoraba recuerdos de otros tiempos: programas musicales, cartillas hípicas, recortes de revistas, cartas, fragmentos de poemas escritos en la época de la universidad y libretas con frases que habían llamado mi atención en infinitas horas de lectura. Ideas y sentimientos ajenos, seleccionados porque encontraba en ellos una luz o porque se asemejaban a los míos. Palabras que pertenecían al pasado, pero que aun así, no me sirvieron para mirar desde otra perspectiva el asunto de Traverso.

En una de las carpetas encontré el primer capítulo de la novela que había querido escribir dos años después de haber dejado mis estudios en la universidad. Una veintena de páginas plagadas de cacofonías, repeticiones, adjetivos criminales, diálogos flojos. Un trabajo que abandoné apenas comprendí que debía resignarme a compartir mis anécdotas con el escritor al que solía encontrar en el *City Bar*. Él podía hacerlo; tenía la paciencia necesaria para batallar con las hojas en blanco, sin prisa, dejando fluir la historia. Pensé en él, en nuestra amistad que se remontaba a diez años atrás, y decidí ir a su encuentro, como lo hacía cada vez que requería airear mis ideas confusas o conversar con alguien en quien tenía confianza.

—No bastan las copas que tienes en la casa —oí preguntar a Simenon—. Me preocupa tu salud. El colesterol y los triglicéridos. Siempre tienes una excusa para beber una copa extra.

—El problema no son las copas. Necesito hablar con alguien y el escritor tiene oídos pacientes. Si le cuento lo de Traverso, probablemente me ayude con alguno de sus comentarios.

Cerré la puerta y caminé en dirección al ascensor escuchando la música que salía desde el departamento de mis vecinas. Por un instante pensé en abortar la caminata hasta el *City Bar* y entrar al cabaré a conversar con Manuela. Pero abandoné la idea y rápidamente subí al ascensor que, en treinta segundos de chirridos, me dejó en el primer piso, junto al mesón de la conserjería donde el mayordomo dormía plácidamente, reponiéndose de su habitual borrachera.

Salí a la calle y avancé sin prisa, sintiéndome como un extraño junto a las personas que pasaban a mi lado. En *El Nido*, uno de los puestos de comida del Mercado Central, pasé a comer tres pequeños y luego seguí mi ruta por la calle Puente, que a esa hora se hallaba invadida de vendedores. Corbatas, discos y videos piratas, cortauñas, calculadoras coreanas, pañuelos de seda, yerbas, lapiceras, máquinas fotográficas, bandejas de plástico, lápices labiales, tazones, revistas. Una infinidad de cachureos que convertían la calle en un espontáneo mercado, mísero como la mano que extendía una anciana pidiendo monedas.

Frente a la Iglesia Catedral me detuve a contemplar los óleos y acuarelas de los artistas que vendían una colección de paisajes campestres, marinas, retratos al carbón de transeúntes anónimos y caricaturas de personajes de la televisión. Seguí hacia al

City, y en el bar, junto a una mesa apartada, encontré al escritor leyendo una novela policiaca, acompañado de un botellín de vino tinto, su bolígrafo y una cajetilla de cigarrillos.

—¿Cómo anda la vida, Escriba? —le pregunté a modo de saludo.

—Bien —respondió, lacónico. Luego, sin levantar la mirada del libro que estaba leyendo, agregó—. Lo que no es mucho decir. Sólo una muletilla para desconcertar a los preguntones que disfrutan con las desgracias ajenas.

Pero la verdad es que no me quejo. Hoy cumplo dos semanas de buena racha. Escribo, y como diría Hemingway, el pozo no se seca. Más no le pido a la vida. ¿Y tú? No tienes buena cara.

—Hoy es uno de esos días en que preferiría quedarme en la cama, abrigado por mi pijama y viendo una buena películas de vaqueros.

—Siempre puedes contarme alguna de tus anécdotas. Mi alcancía de buenas historias te lo agradecerá.

—Te cuento mis penas y sólo piensas en tu beneficio.

—¿Cuál es el problema que te preocupa?

—Un caso con muchas patas y ninguna que llegue hasta el suelo.

—Raro, muy raro —comentó el escritor una vez que le conté los detalles de la búsqueda de Traverso—. Da para pensar en varias cosas. Uno: Traverso estaba aburrido de lo que hacía y se mandó a cambiar. Dos: conoció a una mujer y se fue con ella a un sitio apartado. Tres: tenía deudas de juego y decidió desaparecer antes que le dieran una pateadura. Cuatro: Traverso tiene un pasado turbio del que quiere huir. Cinco: Sus amigos lo están usando de pantalla y te han hecho creer que se interesan por el hijo pródigo, cuando en realidad lo han eliminado.

El escritor continuó mencionando opciones hasta llegar a la décima. Sólo entonces pareció darse cuenta de que eran absurdas la mayoría de ellas.

—Lees muchas novelas policiales, Escriba. En la realidad, las razones para un delito son más simples y evidentes.

—Son posibilidades, Heredia. Al fin de cuentas, entre investigar un crimen y escribir una novela, no hay mucha diferencia. Escribir también es descubrir un misterio, buscar pistas en el inconsciente, seguir las huellas de las palabras o de un sentimiento. El novelista, como el detective, sólo intuye sus finales; y cada uno de sus personajes ocultan una historia por develar.

—Tu análisis de posibilidades fue como un viaje a la perversidad. A veces me asustas, Escriba.

—No es mi culpa. Cuando nació el ser humano ya existía.

Dos horas más tarde me despedí del Escriba y caminé hacia mi departamento, disfrutando con anticipación de la anhelada tibieza de mi cama. La noche estaba en calma, o así lo creí hasta que doblé por calle Bandera, dispuesto a caminar el último trecho que faltaba para llegar al hogar. Pero, luego sucedió todo tan rápido que no hubo tiempo para presentimientos. Oí el ruido que producía un vehículo al frenar, y

cuando miré hacia la calle vi bajar de un jeep a dos hombres altos y rubios. Me detuve. Uno de ellos se cruzó en mi camino y el otro se quedó a mis espaldas, contaminando mi aire con su aliento mentolado.

—Venga con nosotros, Heredia. Queremos conversar con usted —dijo el hombre que estaba frente a mí. Tenía acento extranjero y pese a su amabilidad, el bulto de una pistola en el costado izquierdo de su chaqueta, me hizo desconfiar de sus buenas intenciones.

—Venga con nosotros —insistió—. No queremos hacerle daño, Heredia.

Pensé que debía actuar de prisa, conforme al infalible adagio de «quien pega primero, pega dos veces».

Moví los hombros como dando a entender que aceptaba la invitación, me apoyé con fuerza en mi pie izquierdo, y con el derecho, castigué las entrepiernas del rubio. El tipo se acordó de mi madre en inglés, pero no me importó, porque en ese momento estaba preocupado de evitar el golpe que lanzaba el segundo hombre. El miedo me ayudó a recuperar la agilidad de otros tiempos. Su golpe rasgó el aire y antes de que el matón intentara probar suerte de nuevo, le machuqué el rostro con un mamporro que lo hizo caer al suelo, tan largo y pesado como era.

Un hilo de sangre se escurría por mis nudillos y sin darle importancia, decidí preocuparme una vez más del parlanchín a quien segundos antes le había azotado las bolas. Pero, cuando comenzaba a incorporarse, oí a una mujer que, en medio de la calle, llamaba a gritos a los carabineros. Pensé en ocupar unos minutos en sacar información al gringo, pero una alarma interior me hizo entrar en razón. Si los carabineros me atrapaban tendría que dar muchas explicaciones, y bien sabía que hacer entrar en razones a un carabinero es tan difícil como enseñar a deletrear a un burro. Me limité a revisar la chaqueta del asaltante y de sus bolsillos saqué una pistola y un pequeño portadocumentos de cuero negro. Cuando iba a repetir la misma operación con el otro hombre escuché el ruido de unos pasos, y sin pensarlo dos veces, boté la pistola a un costado de la vereda, guardé el portadocumentos en mi chaqueta y comencé a correr hacia al extremo más oscuro de la calle.

Corrí hasta que sentí dolor en mis pulmones. Nadie me siguió ni yo me detuve a observar lo que pasaba a mis espaldas. Unas lágrimas brotaron de mis ojos y las sequé con mis nudillos ensangrentados. Miré a mi alrededor esperando ver a mi ángel de la guarda, y no vi a nadie. El cabrón seguramente andaba de parranda o dormía la mona.

Aunque me encontraba cerca de mi departamento, pensé que no era conveniente refugiarme en él, ya que si los extraños conocían mi nombre, también sabrían dónde ubicarme. Necesitaba ir a otro lugar, lejos del alcance de los gringos. Y mientras caminaba, recuperando el resuello, decidí acercarme a la prostituta que ofrecía sus servicios junto a la puerta de un hotel de mala muerte.

—¿Por qué tanto apuro? —preguntó al ver que prácticamente la empujaba hacia el interior del hotel.

—Te vi y fue amor a primera vista —dije a la mujer que me observaba con una expresión de asombro en sus ojos tristes.

—Me llamo Jessenia —dijo. Era morena, delgada, y aún sobrevivían en su cuerpo los atractivos de una juventud que se le escapaba a toda prisa.

—Dejemos las presentaciones para más tarde —insistí.

—¿Problemas con los tiras?

—Siempre tengo problemas con los tiras.

La sonrisa de la mujer se transformó en una mueca de sospecha.

—Pero no esta noche —la tranquilicé.

Entramos al hotel y la vi detenerse frente a una ventanilla ubicada a los pies de una enorme y añosa escalera de madera. Por la ventanilla asomó su cabeza un hombre que nos observó detenidamente antes de entregarme una llave tan antigua como el hilo negro.

—Tiene que pagar la pieza —dijo Jessenia, indicándome al hombre que bostezó sin preocuparse de cubrir su boca desdentada.

7

El cuarto estaba medianamente iluminado por la luz de una ampolleta que colgaba del cielo raso con la gracia de un pescado descompuesto. En su interior vi tres muebles: una silla con espaldar de totora, una roñosa cama de dos plazas y un velador que tenía sobre su cubierta dos ceniceros y una palmatoria de latón en la que se equilibraba un cabo de vela. En una de las paredes de la pieza reconocí la sonrisa colorinche de Gardel.

—La vela es por los apagones —dijo Jessenia al ver que detenía mi mirada en la palmatoria—. Las instalaciones eléctricas del hotel son viejas y algunas noches se corta la luz. Hay clientes que las encuentran románticas y prefieren tirar a la luz de la vela. A otros, como el que le tocó hace un mes a mi amiga Rosario, las velas les despiertan sus demonios. El maricón le pidió hacerlo a lo perrito, y cuando estaba a punto de irse cortado, tomó la vela y esparció la cera caliente sobre la espalda de Rosario.

Jessenia dejó de hablar y se quedó de pie junto a la cama, sin saber qué hacer. Deduje que esperaba que yo tomara la iniciativa y que por lo tanto debía decirle unas palabras amorosas o simplemente explicar mi prisa o la necesidad que tenía de revisar el portadocumentos que había sacado desde la chaqueta del gringo. Sin embargo, fue

ella la que tomó la iniciativa y comenzó a sacarse la ropa con movimientos despojados de todo erotismo o picardía. Ya desnuda, recorrió la cubrecama y tanteó con sus manos las almohadas que estaban en el borde superior del lecho.

—¿Va a querer algo especial? —preguntó, sin atreverse a tutearme.

—Que te duermas lo antes posible.

—Si quiere que duerma, lo hago. Pero no por eso se va ahorrar el pago —dijo, a medio camino entre el asombro y el despecho.

—Mañana arreglaremos nuestras cuentas. Sólo quiero un lugar tranquilo donde pasar la noche —le dije y después que ella se metiera a la cama, encendí un cigarrillo y le di una versión, resumida y trastocada, del ataque de los matones.

—Los tipos raros no se van a terminar nunca —dijo Jessenia, y sin demostrar más interés en mi historia, se ovilló dentro de la cama, acomodó su cabeza en una de las almohadas y pareció quedarse dormida de inmediato.

Tomé el portadocumentos y examiné su contenido: una tarjeta de crédito, cuatrocientos dólares en billetes con el rostro de Franklin y una credencial a nombre de Paul Benton, funcionario de la Embajada de los Estados Unidos.

Benton, embajada, leí en voz alta, para convencerme de que la información era real y no producto del pisco que había bebido en el *City Bar*. ¿Sería empleado de la embajada, un guardaespaldas de pocas luces, agente de la Central de Inteligencia Americana? ¿Y por qué quería hablar conmigo? Muchas preguntas sin respuestas. Y las amenazas, los golpes, ¿estaban relacionados con Traverso? ¿Cómo saberlo? Al respecto nada se había dicho en nuestro diálogo callejero. El único agente que había llegado a conocer, diez años atrás, simulaba ser secretario ejecutivo del Instituto Norteamericano de Cultura. Se llamaba Richard Roth y nuestra amistad era fruto de haberlo ayudado a salir de un entuerto en el cabaré *Mamma Sand*.

De pronto, con el portadocumento en las manos, me sentí desprotegido, sin saber qué paso dar a continuación. Estaba solo, acompañado de una mujer que dormía ajena a mis inquietudes; en un cuarto de hotel que olía a humedad y al que en cualquier momento podían llegar los gringos con ánimo de venganza.

Comencé a desvestirme y cuando estuve desnudo dejé mi pistola bajo la almohada y me introduje en la cama, sintiendo al instante la tibieza que irradiaba el cuerpo de Jessenia; un nombre seguramente falso, chapa de trabajo o anhelo de una vida distinta. Apagué la luz de la lámpara y, a oscuras, encendí un cigarrillo. El lunar rojo del tabaco alumbró fugazmente mi rostro. Como en otras épocas volvía a sentir miedo y deseaba estar en otra parte, lejos de preocupaciones que no había buscado y que no obstante eso, estaban dentro de mí, rotundas como un fuego que ardía en mis entrañas. Miedo, miedo, miedo, repetí en voz baja.

—¿No puedes dormir? —oí preguntar a Jessenia, mientras sentía el aroma penetrante del perfume barato que usaba.

No le respondí; sólo exhalé un suspiro, pensé en Pablo Durán y lo imaginé viviendo su desamparada espera en el calabozo donde lo habían encerrado antes de su

muerte.

8

El recuerdo de Pablito me había perseguido en mis sueños. Ni siquiera sus padres pudieron ver su rostro, el rictus final de sus labios, la última imagen reflejada en sus pupilas. Ni detenido ni muerto. La respuesta que su familia escuchó en su peregrinar por cuarteles y ministerios. Su retrato que se congeló en el tiempo, en el cartel incansable que su madre alzó en plazas y mítines. Su cara de niño sorprendido grabada en la memoria mientras sus compañeros de la universidad fuimos transformándonos en un remedo de la juventud, silenciados, esperando que un día apareciera su cuerpo y pudiéramos caminar tras él, en un cortejo que nos daría el consuelo de la despedida.

Especulaciones, conjeturas frágiles, similares al humo del tabaco que fumaba mientras Jessenia se vestía con movimientos rápidos; con prisa para olvidar, recibir su paga y volver a la calle, a su rincón junto a la entrada del hotel. Prisa, deseo de huir que apenas le permite decir un cómo estás desgano, sin el tono cómplice de dos amantes que se redescubren después de una noche clandestina.

Jessenia alisó su cabellera frente a un espejo imaginario, y con su cartera entre las manos miró cómo sacaba de mi chaqueta los dólares que había encontrado en el portadocumentos del gringo.

—Todo tuyo —le dije al mismo tiempo que le pasaba la mitad de los dólares.

—¡Tanto dinero! ¿Por qué?

—Por una noche sin preguntas.

—¿Son de verdad? —preguntó, sin apartar la mirada de los billetes.

—Como tú y yo.

—Gracias. Ahora me voy. Me esperan —comenzó a decir y se interrumpió, como si de pronto hubiera comprendido la inutilidad de contar su historia a un extraño.

—Adiós —dije y la vi salir de la pieza, sin mirar hacia atrás ni siquiera para cuestionar la conducta del extraño que había dormido a su lado.

Busqué mi pistola bajo la almohada y a los pocos minutos seguí los pasos de la mujer. En la calle me recibió la brisa de la mañana. El cielo lucía extrañamente limpio y demoré algunos segundos en reacostumbrarme al bullicio del barrio. Caminé las cinco cuadras que me separaban de mi departamento, al que no quise subir sin antes hacer un chequeo.

Entré al *Touring* y mientras me sentaba junto a una de las mesas del bar, pensé en Simenon que a esa hora de la mañana, estaría rezongando por su desayuno y mi ausencia.

Desde la mesa podía ver la calle y la puerta principal del edificio donde está ubicado mi departamento. En la calle Aillavillú se veía su ajetreo habitual de obreros y comerciantes. Sus yerberías, tiendas de sahumerios y topless estaban aún cerrados, y esa calma de calle sin futuro, condenada a sufrir las consecuencias de algún programa de remodelación urbana, sólo era rota por el voceo destemplado de Pepón, el canillita del barrio.

A través de la ventana del bar le hice una seña para que se acercara a mi mesa.

—¿Quieres un diario, Heredia? —preguntó al llegar a mi lado.

—*La Cuarta* —dije y le pasé una moneda.

—Te levantaste temprano.

—Tenía un trabajo que realizar.

—¿Con tiros y minas ricas?

—La realidad es en blanco y negro, Pepón.

—Tú eres el que sabe de eso, Heredia. A mí, que me registren.

—¿Anoche no viste a nadie extraño rodando el edificio? ¿A unos tipos rubios y grandes?

—Sólo vi a dos o tres clientes que llegaron al departamento de tus vecinas. Pero no eran rubios ni grandes.

—¿Nadie más?

—No. Y a propósito de tus vecinas, Heredia, tú podrías hablar con alguna de ellas para que sean cariñosas conmigo. Quiero ir a visitarlas, pero no me dejan entrar. Dicen que todavía soy un niño y que ellas no están para calentar mamaderas a nadie.

—Tal vez te pueda ayudar —dije, y luego de apreciar una sonrisa de entusiasmo en el rostro de Pepón, agregué—: Y ya que estamos hablando de favores, quiero que me hagas uno. No te ocupará mucho tiempo y además, ganarás algunos pesos.

—¿De qué se trata?

—Sube a mi departamento y verifica si está en orden.

—Pero ¿si tú acabas de bajar del departamento?

—Sin preguntas, ¿vas o no?

Mientras esperaba el regreso de Pepón, tomé una taza de café y en las páginas hípicas de *La Cuarta* marqué los nombres de cuatro caballos que me dieron buen pálpito y a los que apostaría en la sucursal hípica del barrio.

—Todo en orden, incluido al gato gordo que te acompaña —fue lo primero que dijo Pepón cuando estuvo de regreso.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Pedro Ponce, Pepón para los amigos.

—Gracias por la gauchada.

—¿Y las monedas?

—A mi edad comienzo a tener mala memoria —dije al tiempo que le pasaba un billete de mil pesos.

—Cuando tengas otro encargo me avisas, Heredia. Y no te olvides de hablar con tus vecinas.

Pensé en Manuela y en la conveniencia de hacer un segundo chequeo. Pedí el teléfono al dueño del bar, marqué el número de *La Dalia Azul* y una voz somnolienta me dijo que esperara un momento.

—¿Quién es? —oí preguntar a Manuela, un rato más tarde.

—Heredia.

—Estoy por salir del club. ¿Quieres que pase por tu departamento?

—No estoy en el departamento y sólo quiero hacerte una pregunta. ¿Visitaron anoche el club un par de tipos altos y rubios?

—Sólo vino una docena de empleados bancarios aburridos.

—¿Estás segura de no haber visto a unos gringos?

—Ya te dije que no. ¿Por qué tanta insistencia? Diría que estás asustado, Heredia.

—Lo estoy, pero no se lo cuentes a nadie.

—Tengo ganas de verte.

—No quiero meterte en líos.

—A mí no me importa.

—Sé buena y hazme caso —dije y corté la llamada.

—Menos mal que recordaste que tienes casa —dijo Simenon apenas entré a la oficina.

—Sin rezongos, gato metiche.

—Me dejas solo y luego ofendes.

—Si quieres lealtad y cariño hazte amigo de un perro —dije y le permití encaramarse sobre mis piernas.

—Cuida tus palabras, Heredia. Un monje tibetano asegura que los gatos están en la tierra para vigilar la conducta de los humanos y hacer informes de sus progresos o de sus fracasos. Y el día que pasemos a un nuevo ciclo de vida, superior al que hoy vivimos, el informe de los gatos será esencial para evaluar a cada persona. Los gatos, escribió ese monje, ven y escuchan todo, y son incapaces de mentir.

Acaricié la cola larga y peluda de Simenon y él ronroneó, satisfecho. Luego, y después de ir a la cocina y abrir las latas de alimento para gato, llamé a Campbell para contarle lo que había sucedido con los matones.

—No veo relación entre esos hombres y Traverso —comentó Campbell.

—Debí sonsacarles información. Pero en esa fiesta no era fácil hacer amistades con desconocidos.

—Si los matones pertenecen a la Embajada de los Estados Unidos, dudo que podamos averiguar algo de interés; y tampoco se me ocurre qué hacer.

—Esperar. Si ellos siguen interesados en conversar conmigo, tarde o temprano, volverán. Probablemente no serán tan amables como ayer, pero ese es un problema a

resolver en su momento.

—Y si no están relacionados con Traverso, ¿qué buscan? ¿Estás metido en otro caso? ¿Has tenido tratos con gente de la embajada?

—Nada. El único caso que llevo en estos momentos es el de Traverso.

—No entiendo ni un carajo.

—¿No se te ocurre nada más original que decir?

—Odio desconocer el terreno que piso y odio los enigmas, Heredia.

—¿Recuerdas a Richard Roth?

—¿El gringo borrachín que te venía a buscar para que lo llevaras a recorrer los peores tugurios santiaguinos?

—El mismo. Una noche, en medio de la borrachera, confesó que trabajaba en la Central de Inteligencia Americana. Lo habían castigado con una destinación sin importancia. Se dedicaba a recopilar información sobre empresas y economía. Volvió a Estados Unidos hace tres años. Tú podrías dar con su actual paradero. Tienes tus computadoras. La conexión a Internet y tus amigos periodistas desparramados por todo el mundo.

—Lo intentaré. En una de esas salta la liebre.

9

Pasé dos días sin noticias de Campbell. Sólo, a pesar de novelas por leer y con la pistola a prudente distancia de mis manos, esperé a que ocurriera algo. Intuía que en cualquier momento las piezas del rompecabezas tendrían un sentido y que entonces bastaría un poco de paciencia para ir las encajando. De Benton y su acompañante no tuve noticias ni tampoco se les vio por el barrio. Al igual que personajes de una pesadilla, se habían esfumado haciéndome dudar sobre la veracidad del asalto. ¿Había sucedido todo cuál lo recordaba o era una zancadilla de la imaginación? La credencial con el nombre de Paul Benton seguía sobre el escritorio y si recorría las calles del barrio podía encontrar nuevamente a la mujer del hotel. Llegué a pensar que yo era un Heredia distinto al que ellos buscaban. Otro Heredia de los ciento sesenta y tres registrados en la guía telefónica de Santiago; algunos de ellos con nombres tan singulares como el mío: Napoleón, Percy, Kurt, Lindoe. Nombres únicos y extraños; frutos de la negligencia de los oficiales del Servicio de Registro Civil e Identificación, absurdos homenajes a familiares de otras épocas; maldición que en definitiva se arrastraba con mayor o menor resignación.

Al tercer día, como Jesucristo resucitado, Campbell apareció en la oficina a la hora en que tomaba mi desayuno y escuchaba un disco de Osvaldo Pugliese grabado en el Teatro Colón de Buenos Aires. Su aspecto lucía el cansancio habitual, pero algo en el brillo de sus ojos me hizo presagiar el éxito de sus pesquisas.

—Quiero que lo sepas y lo aceptes de una vez por todas —dijo, entusiasmado—: Después de la aspirina, Internet es el mejor invento del hombre. Llegar a la dirección de Roth fue más fácil que cortar mantequilla. Llamé a un colega en Boston, con su ayuda ubiqué el sitio web de la CIA, en el mismísimo Langley, Virginia; redacté un mail inofensivo solicitando las coordenadas de Roth y como parece que el hombre está dedicado a lengüetear estampillas y golpear formularios con un timbre de goma, me enviaron los datos de su casilla electrónica. Roth trabaja en Dallas. Le envié un mensaje y demoró dos días en responder.

Campbell dejó de hablar y puso sobre el escritorio una hoja de papel.

—Lo único malo es que Roth fue bastante parco para sus mensajes —agregó el periodista—: «Heredia, sólo puedo decir que Benton trabaja en la Compañía».

—No es mucho —comenté—. Pero, al menos sabemos que Benton no es un «boy scout» en ejercicios de campaña. El tipo tiene un nombre y una ocupación concreta. En una de esas, mañana o pasado, ese dato adquiere más significado.

—Me conmueve tu optimismo, Heredia.

—A veces es saludable una pizca de optimismo.

Campbell se sentó frente a mi escritorio, estiró sus piernas sobre la cubierta y cerró los ojos.

—Estoy cansado, Heredia. Tus encargos y mi trabajo me van a destruir. Si no te incomoda, dormiré unos minutos en tu cama.

Despertó al mediodía, alertado por el timbre del teléfono. Dejé en un cenicero el cigarrillo que fumaba mientras vigilaba el sueño de Campbell y contesté la llamada.

—Soy Joaquín Pérez —oí decir—. Estoy gastando mi última moneda, así que escucha y no digas nada. Si aún buscas a Traverso, tengo un dato que te puede servir. Ven a verme. Sigo en el auto de siempre, pero cambié de estacionamiento. Hoy, a las veintidós horas, en la plaza de San Bernardo.

—¿Es necesario que vaya? —pregunté al abogado.

—Si te cuento la historia no vendrás, y si no vienes, no tendré la oportunidad de pedirte cierto favor que necesito. ¿Entiendes?

Iba a responder, pero en ese mismo instante la llamada se cortó y el fono inútil entre mis manos me pareció el cuerpo inerte de un reptil. Lo dejé en su lugar y le pedí un cigarrillo a Campbell.

—¿Quién llamaba? —preguntó el periodista.

—Un abogado en apuros.

Esperé a que dieran las nueve de la noche y cuando en la televisión comenzaba el noticiero nocturno, salí del departamento dispuesto a recorrer, sin prisa ni entusiasmo, la distancia que mediaba entre la calle Aillavillú y la plaza de San Bernardo. Unos agónicos rayos de sol caían sobre el cobrizo techo de la Estación Mapocho, y a lo lejos, con su murmullo confundido en la maraña de ruidos ciudadanos, el río seguía su curso, besando las riberas donde personas sin hogar habían construido innumerables mediaguas de cartón y lata. El barrio recibía los primeros brillos engañosos del neón y las mesas de sus bares y fuentes de soda se veían ocupadas por obreros y oficinistas que, cumplida la jornada laboral, respiraban unas horas de libertad, junto a la charla de sus compañeros y unas cervezas irremediablemente tibias.

Saludé a Pepón que seguía voceando los diarios de la tarde y abordé el Chevy que estaba en un estacionamiento próximo al bar *La Piojera*. Pero el muy maldito se declaró en pana y de nada valieron mis insultos ni amenazas. Quieto, como la insensible máquina que era, se limitó a manifestar su cansancio con los ahogados rezongos de su motor.

No tuve más alternativa que caminar hasta el paradero de buses ubicado frente a la Estación Mapocho, y ahí abordar un bus, lento y grande, como mastodonte en vías de extinción. En su interior el panorama era el esperado. Gente apretujada en los pasillos, pasajeros que dormitaban apoyando sus rostros en las ventanas, señoras obesas con niños y bultos en sus brazos, dos o tres ebrios, un sube y baja de vendedores, y el infaltable inspector abriéndose paso entre los pasajeros para chequear el pago de los boletos. En el plazo de media hora escuché las ofertas de los vendedores de helados, lápices, rompecabezas para niños, llaveros, agendas, muñecos de peluche y calcetines. El bus tomó su curso por la calle Teatinos y entró al corazón brumoso del barrio cívico, pasando frente a La Moneda y la «Llama de la Libertad» que Pinochet había hecho construir para regocijo de los militares y sus cómplices. El bus siguió raudo hacia el sur de la ciudad, entre casas viejas, con muros de adobe y puertas llenas de rendijas. En cada paradero fueron subiendo más pasajeros y cuando el sol dejó de brillar, los rostros de la gente me parecieron más tristes y resignados. Rostros de hombres y mujeres que volvían a sus casas con la esperanza de una taza de té, algo de pan y unas horas de sueño. Eso y nada más, hasta el otro día.

Llegué a la Plaza de San Bernardo quince minutos después de las diez de la noche. En dos de sus esquinas divisé a unas patotas de muchachos que fumaban y bebían cerveza; y entre los árboles, protegidos de la curiosidad de los faroles iluminados, las infaltables parejas de enamorados. Encendí un cigarrillo y caminé, sin prisa, hasta quedar frente al monolito del poeta Manuel Magallanes Moure, quien junto a Fernando Santiván, Augusto D'Halmar y otros escritores chilenos de comienzos del siglo veinte, habían formado una colonia inspirada en las ideas de León Tolstoi. Hice compañía a Magallanes Moure hasta que terminé de fumar el

cigarrillo y enseguida busqué a Joaquín Pérez que se hallaba dentro de su auto, frente al costado más oscuro de la plaza.

—A la hora y en el lugar convenido —le dije luego de entrar al Volkswagen amarillo.

—Heredia —balbuceó mi amigo. Noté que tiritaba y que su rostro estaba pálido y consumido.

—¿Qué pasa, te sientes mal?

—Tengo frío, eso es todo. ¿Tienes un pucho?

Encendí dos cigarrillos y puse uno de ellos entre los labios del abogado.

—También sientes un poco de hambre, ¿verdad?

—No he comido nada en todo el día.

—Esto te puede ayudar —le dije, al tiempo que sacaba desde la chaqueta mi petaca de pisco.

Pérez bebió con ansiedad y por un momento, cuando el alcohol se depositaba en su estómago, lo sentí convulsionarse y maldecir en voz baja.

—Es el peor pisco que he bebido nunca —dijo, y una vez que se repuso de la carraspera provocada por el licor, agregó—: Gracias por venir, Heredia. Siempre fuiste puntual, incluso para meterte en las patas de los caballos.

—No voy a caer en el lugar común de decir que mi tiempo vale oro, pero es de noche, estoy lejos de mi casa y sería conveniente que terminaras esa historia que comenzaste a contar por teléfono.

—Eres un sabueso fiero. Ni siquiera le concedes un segundo al sentimentalismo.

—Fiero y malas pulgas, no lo olvides nunca.

—La otra vez, cuando nos encontramos en la Plaza Manuel Rodríguez, te hablé de una mujer a la que había visto dos o tres veces en la pensión de Traverso. El la llamó Alicia. Alicia en el país de las pesadillas, dijo. El chiste es viejo, así que probablemente no debí reírme mucho. Las veces que los encontré juntos, tuve la impresión de que eran pareja, pese a que Andrés la presentó como una compañera de trabajo. En fin, si hilamos fino, ambas cosas no son excluyentes. Pero, tú me comprendes...

—Alicia, la mujer que nadie sabe dónde encontrar.

—Este es el punto, Heredia. Anteayer andaba visitando a un cliente en la Remodelación San Borja. Al marcharme bajé por el ascensor y ahí la vi. Ella no me reconoció, o tal vez se hizo la desconocida. Pensé en ti, en nuestra conversación, y volví a meterme en el ascensor. La seguí hasta su departamento.

—Si abrevias el cuento, te invito a comer una pizza.

—Departamento 1650. Piso 16. Se llama Erika Véliz.

—¿Seguro que es la misma mujer?

—Lo comprobé en el tablero de nombres que hay a la entrada del edificio. Departamento 1650, doctora Érika Véliz.

—¡Doctora!

—También miré el diario mural donde el administrador publicita la lista de los inquilinos que deben los gastos comunes del edificio. El mismo número, el mismo nombre. Después inventé el cuento del tipo despistado y conseguí que el conserje me diera una descripción física de la doctora Véliz. Érika y Alicia son la misma mujer. Pensé enfrentarla, preguntarle por Traverso, mencionar el tema de la deuda, pero no fui capaz y preferí llamar a Heredia y Asociados, como dice tu aviso en las páginas amarillas.

—Buen trabajo. Tienes madera de perro sabueso.

—La necesidad convierte a un hambriento en genio. Supongo que mi información vale algo.

—No es mucho lo que te puedo dar.

—Poco, incluso muy poco, es mucho para mí.

Saqué de mis pantalones dos billetes de cinco mil pesos y los puse en el bolsillo superior de la chaqueta de Pérez.

—Además, en honor a la síntesis, me debes una pizza, Heredia.

—Es cosa que indiques la picada más próxima.

Comimos y bebimos con el entusiasmo de nuestros tiempos de estudiantes universitarios, cuando después de las últimas clases de la tarde nos íbamos en grupo a *El Castillo* u otros bares de la Plaza Italia; alegres, resueltos, pese a todo el dolor que nos rodeaba, que conocíamos o intuíamos; de la noche reducida por el toque de queda y de la sordina que poníamos a nuestras voces a la hora de hablar de aquellas cosas que no aparecían en los diarios ni podían tratarse en las cátedras. Eran —lo dijo Bernardo Torres una noche— los años del ogro y nosotros actuábamos como los enanos de un cuento que tendría un final feliz.

—Y nos equivocamos en todo —dijo Joaquín, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—A veces las cosas no son como se esperan.

—La vida se nos fue al carajo, Heredia. Pasó por nuestro lado y sólo vimos su sombra. O alguna vez imaginaste en la universidad que casi treinta años después íbamos a estar en un boliche de mala muerte, hablando del pasado con tanta rabia, sin saber qué vamos a hacer al otro día. Tú y yo, en los márgenes. Otros, muertos, consumidos por sus negocios, apoltronados en una dependencia pública, vendidos al mejor postor, endeudados a cambio de una dosis de felicidad aparente; dando lástima con sus consignas añejas, adoloridos, ebrios de tantos fracasos, de rebelarse contra la bola de nieve que les pasó por encima y aún los tiene ateridos, a medio morir saltando. ¡Mierda, Heredia! Yo había comprado un cuento distinto, pero sólo alcancé a leer algunas de sus páginas y el libro se me cayó de las manos. Hace dos años ni me acordaba de tipos como tú. No existían, eran de otro planeta, de la prehistoria, ¿qué sé yo? No me hagas caso, tu pisco me tomó con el estómago vacío; estoy borracho y estoy hablando de más. Paga la cuenta y vámonos.

Acompañé a Pérez hasta su auto y me senté a su lado. La plaza seguía

aparentemente igual, aunque con menos gente en sus escaños y más perros ramoneando entre los árboles.

—No quiero seguir viendo la vida en blanco y negro, Heredia —dijo Pérez, luego de aceptar el cigarrillo que le ofrecí.

—Nadie te obliga.

—A ti todo te da lo mismo. ¿Cómo lo haces?

—Cada día espero menos cosas y disfruto de las que llegan. Es simple y me ahorro pagar al psiquiatra cuando las promesas no se cumplen. Un caso que justifique algunas pocas fatigas, una mujer que aparece a tu lado simplemente porque tiene ganas, los diálogos con mi gato; una o dos botellas de vino, a solas o con un amigo; un amanecer, el mar; esta misma noche, en tu auto, hablando de cosas inútiles. Me costó aceptarlo, pero ahora pienso que es fácil y las preocupaciones me duran el tiempo justo, de un despertar a otro.

—Intuyo que puede ser bueno.

—Por esta noche lo es. En cuanto a mañana, no estaría tan seguro. A veces me da por pensar en otras ideas. Es parte de mirar la vida de reojo, sin tomarla muy en serio. No siempre resulta, pero nunca está de más intentarlo.

Joaquín se quedó en silencio. Bajó el vidrio de la ventanilla que tenía a su lado y arrojó la colilla de su cigarrillo hacia la calle.

—Quiero que me hagas otro favor, Heredia.

—Ya no me queda dinero.

—Quédate a pasar la noche aquí en el auto, conversando.

—Concedido. Ando sin el Chevy y no tengo ánimo de atravesar todo Santiago en bus.

—¿Te acuerdas cuando en el primer día de clases en la universidad nos hicieron una prueba que consistía en desarrollar un tema sobre las diferencias entre el derecho de aguas y las lagunas legales?

—Fue divertido.

—Más que el chapuzón que nos dieron en la pileta de la Facultad —recordó Joaquín, riéndose.

—Y la vez que Roberto Osorio tuvo la idea de subir a cambiar la hora en el reloj de la torre. Estuvieron a punto de pillarlo y tuvo que pasar una hora escondido hasta que el mayordomo volvió a colocar los punteros del reloj en su lugar.

—Le gustaban las bromas a ese cabrón. Lástima que terminó trabajando para los milicos.

—Esas bromas ocurrieron durante los primeros meses, después nos pusimos a pensar en cosas serias.

—Ahí la cagamos, Heredia. Tú y tus amigos, más que yo.

—¿Tú lo crees?

—Cien por cien. ¿Te importa mucho?

—No. Sólo tengo un problema. El pisco se me subió a la cabeza, y me queda un

solo cigarrillo.

—Grave, grave —farfulló Joaquín, apoyando su cabeza sobre el respaldo de su asiento.

Esperé a que dijera algo más, pero fue inútil. Pasaron unos minutos y se quedó dormido. Afuera, un perro se acercó a olisquear los neumáticos del auto.

11

La remodelación San Borja se notaba envejecida desde la última vez que había andado entre sus recovecos, recorriendo las librerías del sector o visitando a un amigo que escribía poemas y que, entre depresión y depresión, los arrojaba a la nada desde el balcón de su departamento, ubicado en el duodécimo piso de uno de los edificios. Las torres habían perdido prestancia al lado de las otras construcciones que se levantaban en el sector y hasta el aspecto de algunos autos estacionados en los alrededores parecía detenido en la década de los años setenta. Mientras caminaba en dirección al departamento de Érika Véliz, recordé que a los pies de esas mismas torres, en los días posteriores al golpe militar, había visto a los militares quemar los libros que minutos antes habían arrojado por las ventanas de los departamentos allanados. Piras elevando sus llamas hacia el cielo como un símbolo del desprecio que brotaba entre sonos militares y las carcajadas de los que celebraban la humillación del populacho que había osado organizar su propia fiesta. Y en esa barbarie, se decía, habían perecido algunos volúmenes de arte dedicados al cubismo, un manual sobre resistencia de materiales y no pocos libros que presentaban la sospechosa característica de un empaste rojo. Cosas de la inteligencia militar o las primeras muestras del humor negro que sirvió más tarde para reírse del miedo.

En el departamento de Érika Véliz salió a recibirme una muchacha morena que vestía delantal azul y portaba un paño de limpieza en una de sus manos.

—Tengo que preguntar. No sé si la doctora podrá atenderlo —dijo, una vez que le expliqué los motivos de mi visita.

—Dígale que vengo de parte de Andrés Traverso y que busco a Alicia —agregué antes que la empleada desapareciera al interior del departamento.

No tuve que esperar mucho. Una mujer baja, delgada, de rostro duro y cabellos recortados en forma de melena, apareció antes que yo alcanzara a dar unos pasos al interior del departamento. Era la misma mujer retratada en la foto que me había mostrado la señora Fresia.

—¿Qué sabe de Andrés? —preguntó, nerviosa, sin ningún preámbulo ni interés por saber de mí más allá de las dos o tres palabras de saludo que le dije, y antes de que tuviera la oportunidad de explicarle los motivos de mi visita. Su prisa me dio a entender que había dado en el blanco, y que sólo faltaba saber si había cazado a un jabalí o a la mosca que se posaba en su cola.

Mantuve silencio y por unos segundos me dediqué a observar sus pechos insignificantes y las arrugas prematuras que rodeaban los bordes de sus labios. A simple vista debía ser ocho o diez años mayor que Traverso.

—¿Le pasó algo? —insistió.

—¿Usted es Alicia? —retruqué.

La pregunta la tomó de sorpresa. Pensé que en otra ocasión lo hubiera negado de plano, pero sólo se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza. Luego indicó el sofá de cuero ubicado en un rincón de la habitación, y mientras yo me sentaba, encendió un cigarrillo.

—¿Qué sabe de Andrés? —volvió a preguntar.

—Nada. Por eso he venido a verla.

—¿Quién es usted?

—Debió empezar por esa pregunta. Me llamo Heredia y estoy buscando a Traverso por encargo de Domingo Viñas, a quien usted conoce.

—¿Domingo? Hablé ayer con él y no me dijo nada. ¿Cómo sé que usted dice la verdad? ¿Por qué le habrían de encargar la búsqueda de Andrés?

—Esa última pregunta se la puede responder Viñas. Soy detective privado, fui compañero de Andrés en la universidad y aunque he conversado con varias personas que lo conocen, no he podido sacar nada en limpio. Aun no sé dónde está o qué le ocurrió.

Eso pareció tranquilizarla. Ocultó por un instante su rostro entre las manos y luego habló de nuevo, lentamente, como si las palabras le provocaran un dolor insoportable.

—Desde que se fue no he sabido nada de Andrés. Y de eso, pronto se cumplirá un mes —dijo.

—Estamos en la misma situación, Alicia.

—¿Cómo se enteró de ese nombre?

—Alguien se lo oyó mencionar a Traverso en la pensión donde vive; y como suele decirse, en este país somos pocos y nos conocemos.

—Ese nombre ahora carece de importancia; es un recuerdo de otros tiempos, la chapa que usaba cuando lo conocí. Después dejó de ser necesaria, pero seguimos usándola como un juego entre los dos. Un guiño cómplice para rescatar una de las pocas cosas amables que nos tocó vivir en el pasado.

—¿Usted y Andrés son pareja?

—Desde el año 1979. En ese tiempo me pidieron refugiar en mi casa a un compañero que era buscado por la policía. Dije que sí, y una mañana apareció

Andrés. Era joven, bello, tremendamente retraído. Pasamos juntos muchas horas y un fin de semana fuimos a la playa, a San Sebastián, donde tengo una casita que uso cuando deseo escapar de Santiago. Ahí empezó todo. Después, de un modo u otro, nos las arreglamos para trabajar juntos en diversas tareas partidarias. Nunca nos decidimos a vivir en la misma casa, pero eso no tenía importancia, fue una opción que asumimos. En el fondo, creo que sentíamos una suerte de pudor y además, era atractivo pensar en lo nuestro como algo doblemente clandestino. La gente más conocida lo supo desde el principio; unos pocos, porque si uno de los dos tenía problemas, el otro podía ser usado como puente por los servicios de inteligencia.

—¿Y en los años noventa?

—Los dos asumimos distintas tareas. Desde el retorno de la democracia hemos trabajado para volver a ser los que éramos como organización antes del año 1973.

Una tarea difícil; faltan recursos y sobran los prejuicios. En otro sentido, somos una pareja consolidada, con sus altos y bajos, como todas. Al respecto no hay mucho que decir; somos felices a nuestro modo y en la pequeña isla que construimos.

—Tengo entendido que Andrés viaja a menudo.

—Sobre todo en los últimos años. Y como puedo adivinar cuál será su próxima pregunta, le digo de inmediato que sí; él siempre me dice dónde y por cuánto tiempo viaja.

Érika Véliz terminó de hablar y rápidamente encendió otro cigarrillo. En su interior luchaba por mantenerse serena, como si estuviéramos hablando de un tema que no la involucraba.

—Sin embargo, de su probable último viaje no le dijo nada.

—Eso es lo que más me preocupa. Pese a que vivimos otros tiempos, tenemos por costumbre respetar las antiguas reglas de seguridad.

—¿Alguna discusión, un malentendido?

—Si así hubiera sido, estaría tranquila; sabría cómo y cuándo solucionarlo. En cambio, en esta situación, sólo atino a pensar en que alguien le hizo daño.

—Si queda algo del Traverso que conocí en la universidad, y si entre ustedes las cosas son como me las acaba de contar, lo único que puedo pensar es que Andrés habría conversado cualquier problema con usted.

—Andrés ha cambiado mucho desde que nos conocimos. Ya no es el muchacho tímido y algo ingenuo que era cuando estudiaba en la universidad. Adquirió seguridad y comenzó a interesarle el poder; el manejo de información y la posibilidad de acceder a cargos de mayor responsabilidad. A veces me asusta, porque incluso nuestra relación parece tenerla todo el tiempo en una balanza.

—¿Por qué piensa que alguien podría hacerle daño?

—Cuando se ejerce el poder se van dejando rivales en el camino.

—¿Aun entre compañeros?

—No somos una roca monolítica ni estamos exentos de ambiciones. Hay compañeros que no quieren a Andrés.

—Y entre esa gente, ¿alguna en especial que pueda mencionar?

—No creo que deba. He pensado una y otra vez en lo mismo. Hago listas de nombres; veo los pro y contras de cada uno, reflexiono sobre sus intenciones y al final de las cuentas, termino en nada. Temo que mis prejuicios me traicionan. Lo siento, pero es todo lo que puedo decirle.

—Si vuelve, dígame que lo estoy buscando —añadí. Luego, me puse de pie y caminé hacia la puerta.

—Y si usted lo encuentra, dígame que lo estoy esperando, como siempre —dijo Érika Véliz.

Le dije que lo haría. Pensé que su solicitud era la de una mujer que atisbaba las sombras de la vejez y no quería terminar sola. Una mujer que intuía haber jugado mal sus cartas y temía los resultados.

Abrí la puerta y caminé al encuentro de la calle, donde me aguardaba la soledad de un enigma y algunas horas de espera en el taller mecánico donde llevaría a reparar el Chevy.

CUARTA PARTE

1

Me encontraba confundido y sin ánimo, como un apostador al que han abandonado las cébalas y la fe. Había entrado al departamento de Érika Véliz con la esperanza de obtener información que me condujera hasta Traverso y salía con más dudas e interrogantes, casi en el mismo punto en que estaba luego de la primera visita de Domingo Viñas. La única diferencia era que ahora tenía más interés en el caso. Alguien, en algún lugar de Santiago, me obligaba a ir de un sitio a otro, como una marioneta de papel maché. Alguien, en algún momento respondería por los golpes y por las horas empleadas en conversar con los fantasmas de un tiempo que sólo revivía con el influjo de la nostalgia o el desencanto. Alguien, guiado por una foto antigua, parecía saldar deudas que había conservado en sus pensamientos.

El problema, pensé mientras caminaba en dirección a la Alameda, es que no hay un crimen evidente, ni siquiera un escenario para «leer» como decía Dagoberto Solís, mi amigo detective, cuando enseñaba que las claves de un delito estaban en el sitio de los sucesos, y que por eso había que observar cada detalle, conservar las huellas y recoger oportunamente las evidencias. Él había ejercido el oficio durante treinta años. Primero, a las órdenes de René Vergara, el detective escritor que creó la Brigada de Homicidios, y luego, dirigiendo a sus hombres de confianza hasta el día de su muerte entre los pasillos del Mercado Central. Y si un caso lo agobiaba con sus dificultades, decía que el único crimen perfecto era aquel del que ni siquiera se conocía su existencia. Los demás, remarcaba, siempre se descubren, aunque pasen muchos años.

También cabía la posibilidad de haber equivocado mis pasos; de elaborar hipótesis sin asidero, confiando en que las pistas y los culpables aparecerían como por encanto. Heredia y su varita mágica actuando de presencia, tan confundido como

un topo bajo la luz de un quirófano.

La noche junto a Joaquín Pérez había descompuesto hasta al más pequeño de mis huesos, y el frío padecido dentro de su auto parecía perseguirme con obstinación de perdiguero. Los años no pasaban en vano, y así como ya no podía encestar cuatro canastas consecutivas en un partido de baloncesto, tampoco resistía las tranochadas con la misma facilidad que tenía a los treinta años. Pero no había de qué quejarse. Sólo aceptar que la vida es implacable en su cobranza de deudas e intereses.

Después de caminar una docena de cuadras, opté por hacer dos cosas cuerdas: Pasar a beber una caña de vino en *La Piojera*, y luego irme a dormir la siesta en mi departamento, arrullado por la música de Piazzolla y los ronroneos de Simenon. Pero fue inútil, porque aun en el sueño la pesadilla tendió su trampa. La imagen de una calle oscura, desolada; una hora cercana al amanecer, el lejano murmullo de ebrios y chimbirocas, mis pasos que resonaban mientras avanzaba por una calzada de adoquines; y de pronto, como aparecidos, seis o siete hombres que reían a carcajadas mientras rodeaban a un muchacho de tez pálida que sólo atinaba a sollozar. Y en ese cuadro, más propicio para la huida que el rescate, trataba de romper el círculo y apartar a la víctima de sus verdugos. Mis brazos carecían de fuerzas y los hombres parecían no darse cuenta de mi presencia ni de los esfuerzos que hacía para evitar el castigo de un desconocido que, de pronto, iluminado por la luz de una luna artificial, tenía el rostro de Roberto Osorio. Sus ojos abiertos, la súplica después de la huida de los matones; mis palabras sin sonidos, el inútil gesto de intentar bajar sus párpados para no seguir soportando el rencor de su mirada; y finalmente la voz de Osorio exclamando un por qué para el que carecía de respuesta; al menos no esa tarde ni en la pesadilla de la que huí, sudoroso, gritando mi espanto por un presentimiento del que sólo tuve conciencia cuando los ojos de Simenon me observaron desde un extremo de la cama.

—¿Dónde están los hombres? —pregunté al gato.

—¿Qué hombres? Deliras al mejor estilo de los viejos tiempos, cuando despertabas espantando arañas y perros rabiosos —oí decir a Simenon—. El esfuerzo por encontrar a Traverso te reblandeció el seso.

—Parecía tan real. La calle, los hombres.

—Necesitas beber una catarata de café cargado.

—¿Significará algo la pesadilla? Los sueños contienen ciertas claves que no se reconocen fácilmente cuando se está despierto.

—Deberías fijarte en lo que bebes.

—¿Qué hacía Osorio en ese lugar?

—Hiedes, como un curadito de callejón.

—¿Habrá regresado Osorio de su viaje?

—Al diablo con Osorio. Preocúpate de los otros clientes que tienes en carpeta. Por ejemplo, de la señora a la que prometiste encontrar a su hermana y que seguramente vendrá la próxima semana a informarse de los avances de la

investigación. O del señor Peralta, el bibliófilo, al que prometiste averiguar el destino de la primera edición de *Crespusculario* firmada por Neruda, que le robaron de su librería.

—Dos o tres preguntas y nada más.

—Siempre lo mismo. Una pregunta lleva a la otra, y la siguiente a meter tu nariz donde nadie te llama.

—Si logro anudarme los zapatos y ponerme de pie, todo irá bien.

—Necesitas una ducha, Heredia. Agua fría, ideas claras.

2

—Lo recibirá apenas termine de revisar un contrato —dijo la secretaria de Osorio. Era la misma mujer de aspecto pétreo que me atendió en la primera visita, aunque en el rictus de sus labios se atisbaba una actitud de comprensión hacia el mundo que consideré un buen preámbulo para mi conversación con Osorio.

—Don Roberto se alegró cuando le di su nombre —dijo la mujer, mientras ordenaba unas carpetas azules que tenía sobre su escritorio.

—¿De verdad? Hace tiempo que no nos vemos —dije. Luego sonreí, levemente, para no revelar a la mujer el triste panorama de mis dientes manchados de nicotina.

—Dijo que ustedes fueron compañeros en la universidad.

—Durante un año, después orienté mis pasos hacia otro negocio.

—Don Roberto no demorará mucho. ¿Se sirve un café mientras tanto?

Diez minutos más tarde, la secretaria me hizo pasar al despacho de Osorio. El lugar estaba en penumbras. Tenía cerradas sus gruesas cortinas de terciopelo y la escasa iluminación provenía de una lámpara sobre el escritorio. Avancé lentamente y mis pies se hundieron en la mullida alfombra que cubría el suelo, de una pared a otra. En el aire flotaba un agradable olor a tabaco que me hizo añorar el tiempo en que fumaba pipa, a la usanza de Holmes, el cocainómano colega de Baker Street.

—Bienvenido, Heredia —escuché decir a Osorio.

Su voz era cálida y sincera. Caminé hasta llegar junto al escritorio y sólo en ese momento pude reconocer el rostro de Osorio. Había cambiado. Peinaba canas y sus cabellos lucían comprimidos por una gruesa capa de fijador.

Se puso de pie y dio tres pasos hasta quedar a mi lado. Me observó detenidamente, movió la cabeza como desaprobando mi aspecto y enseguida me abrazó, palmoteando mis espaldas con el mismo entusiasmo de otras épocas,

anteriores a la desaparición de Pablo Durán.

—Café, agua, whisky y asiento gratis —agregó, al tiempo que indicaba un sillón de cuero ubicado a un costado de su escritorio—. ¿Qué prefieres?

—El asiento gratis —respondí, aún intimidado por las sombras del lugar.

—Tengo una afección a los ojos —dijo, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Ese es el motivo de las cortinas. La luz me irrita las pupilas.

—Por un momento temí que te hubieras convertido en vampiro.

Osorio sonrió y se acomodó en su sillón tras el escritorio.

—Si hablas con algunos de mis empleados te dirán que soy un negrero. Es la manera que tienen de quejarse por mis exigencias y mis horarios. Sin embargo, no hay otro modo de tratarlos. Si les das un minuto de confianza se trepan sobre tus hombros. Para dirigir personas aún no se inventa nada más efectivo que el látigo.

—Tu filosofía laboral apesta. Prefiero hablar de otras cosas —le dije, sin ganas de profundizar en el trato a sus empleados—. ¿Cómo estás?

—¿La verdad o te conformas con una frase de buena crianza?

—Una vieja amistad amerita la verdad.

Osorio tomó el jarrón de cristal que estaba encima del escritorio y rápidamente llenó dos vasos con un whisky que, a ojo de buen borracho, era de a lo menos ocho años de antigüedad.

—En pocas palabras: Estoy próspero y solo. El estudio de abogado funciona bien, al igual que una empresa inmobiliaria y otra de capacitación que organicé con tres colegas. Trabajo mucho pero no tengo quejas de eso; me gusta estar ocupado y ver cómo mis proyectos se hacen realidad.

—¿Y la soledad?

—Hace tres años me separé de Betty. Veo a mis hijos los fines de semana en que no estoy ocupado, y por ahora nadie reemplaza a mi ex esposa. La verdad es que ni siquiera dispongo de tiempo para aventuras, y cuando necesito compañía, hago una llamada telefónica y por una noche soluciono el problema.

—Sigues siendo el tipo metódico de siempre. Aun para informar de las desgracias.

—Desgracias es un término exagerado, Heredia. Que un matrimonio se haga añicos no es novedad en estos tiempos. La mayoría de mis conocidos están en la misma situación. Se casaron jóvenes y al poco tiempo se dieron cuenta que tener pan y cebolla no es suficiente. ¿Y tú, Heredia? Lo más probable es que estés casado y con siete hijos.

—Sigo solo y parece que no soy un buen partido. No es fácil conseguir que una mujer comparta mi cama con una pistola debajo de la almohada.

—Te ves descuidado. Pareces un profesor al que no le reajustan el sueldo en varios años —dijo Osorio y después de rellenar su copa, preguntó—: ¿En qué negocio estás metido?

—¿No lo sabes?

—Las últimas noticias tuyas datan de hace mucho tiempo.

—¿Quieres el cuento largo o el corto?

—Me gustan los detalles, Heredia.

—Un día, después de abandonar la universidad, llegué al barrio Mapocho, instalé una oficina de investigador privado y por ahora no tengo intenciones de cambiar de paisaje ni de trabajo. Si me expulsan del departamento por no pagar la renta, buscaré otra cochiguera que no esté muy lejos. En ese barrio crecieron mis raíces; entre sus calles he conocido a mis mejores amigos y a dos o tres mujeres que he amado con entusiasmo. Amo la libertad de sus bares, las conversaciones con mis amigos, mis lecturas y la música. Sé que te puede costar entenderlo, Roberto, pero es una opción que me mantiene tranquilo. Busco la alegría de las pequeñas cosas: la luz que entra por las mañanas en mi oficina, el sabor de la salsa que acompaña mis tallarines domingueros, escuchar relatos deportivos en la radio, ir de tarde en tarde al mar. Cosas que trato que perduren, a pesar de la vida, o mejor dicho, de la vida que nos obligan a vivir.

—Perdona que te lo diga, pero tus aspiraciones no son muy grandes, Heredia.

—¿Tú crees? Estoy en un mundo que conozco y trato de ser fiel a él, y a mí mismo.

—Suenan a discurso de un tipo que no ha querido asumir responsabilidades o se quedó pegado en la retórica inútil de los años setenta. El mundo cambió y está lleno de oportunidades para los que tienen iniciativa. Los sueños colectivos de antaño ya no valen nada; son las piezas arqueológicas de un museo al que cada vez menos gente acude.

—Me lo han dicho antes y no me preocupa. Trato de seguir buscando respuestas para esas preguntas que ya me hacía en el orfanato y que nadie se molestaba en contestar. La sabiduría consiste en no aceptar a pie juntilla las verdades que nos imponen, los sentimientos convertidos en un calendario de fechas para celebrar y consumir.

3

—¿Recuerdas a Traverso? —le pregunté después de probar la segunda copa de la reunión.

—Sí, por supuesto, aunque no lo he visto desde que dejamos la Facultad.

—Desapareció sin dejar rastros tras de sí y tiene algunos amigos que desean

ubicarlo.

—Eso sólo se ve en el cine; en la realidad nadie desaparece sin una razón justificada.

—De eso he venido a conversar, Roberto.

—¿Conmigo? ¿Qué tengo que ver con eso? —preguntó Osorio, receloso.

—La otra noche fui asaltado por unos matones. Nada grave, salvo que los tipejos dijeron que tenían un recado tuyo: Que dejara de buscar a Traverso.

Noté la sorpresa que mis palabras producían en Osorio, y a la espera de sus comentarios probé otro sorbo de whisky.

—¿Matones? Estás loco, Heredia. No soy Don Corleone.

—Existe una foto de nuestro grupo en la universidad que anda dando vueltas por ahí. Tres de los que aparecen en ella están muertos y Traverso, desaparecido. Creo que alguno de los del grupo está jugando a la venganza, y por eso, cuando los matones dijeron tu nombre, decidí visitarte. Eso es todo, no te oculto ninguna de mis razones.

—¡Ridículo! Apenas me acuerdo de todos ellos. Soy una persona demasiado ocupada como para estar mirando hacia el pasado.

—¿Ni siquiera te acuerdas de Pablo Durán?

Osorio miró hacia un rincón distante de su oficina y por un instante pareció que esperaba la llegada de alguien que lo ayudara a poner término a la conversación.

—Sufrí mucho por eso, Heredia. El grupo tomó dos o tres datos al azar y me acusó. Es cierto que no pensaba como los demás y que aún creo que el pronunciamiento militar fue necesario, pero de ahí a traicionar a Durán, hay mucha distancia. Yo lo estimaba. Sin embargo no me creyeron. Traverso apuntó sus dardos en mi contra y todos estuvieron de acuerdo con él.

—La verdad, Osorio. Prometimos hablar con verdad.

—Reconozco que no lo defendí. Fui cobarde, pero no traidor. Los hombres que buscaban a Pablo Durán, tenían un informe completo sobre sus actividades. Incluso detalles de conversaciones en las que yo nunca estuve presente. No podía hacer mucho. Pablo estaba fichado y yo debía preocuparme por mi padre. Recuerda que él era militar y le faltaba poco tiempo de servicio para retirarse. Antes que sucediera lo de Pablo fue llamado por su jefe y le preguntó por mis amistades en la universidad. Recordarás que en ese tiempo había gente preocupada de obtener información.

—Insinúas que alguien del grupo era un soplón.

—Debió haber un soplón. En los años 1974 y 1975 aún había mucha gente con sangre en el ojo, dispuesta a combatir a cualquiera que le recordara a la Unidad Popular. Además, Pablo Durán era un activista que trabajaba contra el Gobierno militar.

—Nada que justificara su desaparición.

—Siempre seguí preocupado por la suerte de Pablo. No sé si lo hice por él, o por mí mismo. Después de obtener el título en la universidad, entré a trabajar en el

Ministerio del Interior, y cuando tuve la oportunidad, pregunté por él. Nadie quiso o supo dar una respuesta. Insistí, cinco, seis veces, y entonces me llamaron a una reunión donde me dijeron que estaba bueno de preguntas. Que la amistad era una cosa y la estupidez, otra. ¿Qué más podía hacer?

—¿En ese momento archivaste el tema o me vas a decir que tú también vivías dentro de una burbuja? ¿Que creías que la represión era parte de las mentiras de los señores rusos y que los detenidos desaparecidos estaban veraneando en Cancún?

—No festines el tema, Heredia. Sé lo que ocurrió y por qué.

—Es parte de lo que se dijo entonces. Eso y muchas otras barbaridades más que son un insulto a la inteligencia de cualquier mortal. Hoy nadie se atreve a enfrentar la verdad. Los que hicieron la vista gorda, los que callaron por conveniencia tienen mala conciencia. Por eso guardan silencio. Reconocer un crimen, uno solo, les significa aceptar que fueron cómplices.

—Nada sé de Traverso ni de los matones.

—Entonces, ¿por qué tu nombre?

—Alguien aprovecha el pasado para confundirnos. Hace tiempo perdoné a los que me culparon de la muerte de Durán.

Miré a Osorio y decidí confiar momentáneamente en él. Su rostro estaba pálido y el temblor de sus manos ayudaba a revolver los cubos de hielo que naufragaban dentro de su vaso de licor.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo, en tono de súplica.

—En los últimos días he visitado a varios de los amigos de la universidad y con todos ellos hemos terminado invocando la verdad, como si hubiéramos vivido mintiendo, o peor aun, arrepentidos de no seguir fieles a las palabras del pasado, a lo que creíamos ser. Nos tocó una época difícil y aún seguimos con miedo; nos inventamos cuentos, renegamos del pasado, nos embriagamos en actividades que nos dan una felicidad aparente; compramos todo lo que nos venden, hacemos burlas de lo que aún se atreven a decir lo que piensan. Nos hemos vuelto cínicos y hemos convertido nuestras vidas en una ironía permanente. Cada cual, a su manera, perdió la libertad por la que tanto luchó. Renuncios, deudas, desesperadas carreras tras el dinero o el poder. ¿Y todo eso para qué?

Osorio bajó la cabeza y por unos segundos pareció buscar las huellas de una araña en la alfombra. Luego miró su vaso, hizo un ademán de repetirse otra dosis de licor y de inmediato se arrepintió.

—No pierdes la capacidad de decir a la gente las cosas que no quiere oír. En la universidad lo hacías como un juego, pero ahora te has vuelto amargo. Me alegré cuando la secretaria me dijo que habías venido a verme; ahora pienso que habría sido mejor cerrarte la puerta en las narices. No elegí lo que soy, Heredia. Sólo fui recogiendo lo que me daban.

—Por última vez: ¿Qué sabes sobre Traverso?

—Nada.

—Y sobre los matones.

—Nada.

Bebí el último sorbo de whisky, me puse de pie y caminé hacia la salida.

—Un día de estos abre las cortinas, Roberto. Descubrirás que aún hay vida más allá de tu oficina.

4

Mientras abandonaba la oficina de Osorio, recordé un artículo sobre Mussorgsky que había leído meses atrás en la consulta del dentista. En sus últimos años de vida, el músico había recorrido las cantinas más miserables de Moscú, hasta su muerte en un hospital de San Petersburgo, sin otra compañía que la botella que alguien, clandestinamente, había introducido para él.

Asocié el recuerdo con Roberto Osorio y por un instante tuve la intención de regresar a su oficina. Pero no era su soledad la que me inquietaba. Él tenía otras cosas de qué preocuparse y probablemente, después de la borrachera de esa noche, amanecería pensando en el trabajo del día, en sus contratos y legajos, sin que las sombras de mis palabras pudieran confundirse con las de su oficina. Mi soledad era la que estaba en juego; el desafío de llegar a mi departamento sintiendo que había tenido la osadía de hablar en nombre de la verdad, luchando contra mis dudas de siempre y el deseo de confiar en las respuestas de Osorio.

Un par de cuadras antes de llegar al departamento, detuve el Chevy y me bajé frente al *Topacio*, un bolichito de mala muerte, cuyo dueño, un argentino apellidado Marconi, usaba para expender a sus clientes mostos de baja calidad y papelillos de coca. Años atrás lo había liberado del soborno de unos tiras que cada noche pasaban a cobrar su comisión y eso, más muchas horas de charlas junto a la barra, nos convirtieron en dos amigos que esporádicamente compartían tragos y anécdotas entre las sucias paredes del bar.

Marconi había llegado a Chile a comienzos de los años setenta, como miembro de un sexteto de tango contratado para tocar en *El Humoresque* una sala de variedades ubicada en la calle San Ignacio. Con su grupo tocó en salas de todo el país, y cuando sus compañeros regresaron a Buenos Aires, él se quedó en Santiago, abrazado al talle generoso de una estriptisera que conoció en Punta Arenas. Era un sujeto tranquilo. Sus únicos vicios eran escuchar los tangos de Gardel y amar, desde su ignorancia de bodeguero, a Sonia Braga, de la que había colgado una treintena de afiches en las

distintas paredes del bar.

—¿Qué vientos te traen por este pago? —dijo apenas me vio entrar al boliche donde a esas horas sobrevivía una veintena de clientes y algunas putas que intentaban enganchar la última faena de la noche.

—Visito a mis amigos.

—¿Una caña de tinto? ¿Una grapa? ¿Qué vas a beber?

—Café, sólo café. Fuerte y amargo.

—Seguro que le has dado duro al alpiste. Si quieres te puedo convidar una narigada. Gratis, una gentileza de la casa.

—Nada de polvos mágicos, Marconi. Sólo café.

—Te noto triste, como si te hubieras encontrado con la pálida.

—Sólo necesito espantar algunos recuerdos y afirmar el pulso.

—Si quieres llevar un poco de entretención a tu bulín, te puedo recomendar una buena mina.

—Café, Marconi. Sólo café.

El argentino ordenó a una empleada que preparara mi pedido y luego se acodó sobre la barra.

—El negocio anda tembleque, Heredia. Se han dejado caer demasiados botones en busca de raviolos. Los policías me tienen entre ceja y ceja.

—Limitate a vender trago y perniles; con la otra mercadería vas a terminar en la cárcel.

Marconi hizo una mueca de desaliento; encendió un cigarrillo y por unos segundos observó a la clientela.

—En la alcancía, jamás. Antes, pesco el bufoso que tengo para espantar a los rateros y me doy un tiro en la testa.

—Te gusta hacer tangos, Marconi.

—Soy porteño y músico, no lo olvides —dijo el argentino y luego de observar de reojo un afiche en el que Sonia Braga mostraba su piel más íntima, agregó: ¡Qué mina, hermano, qué mina!

—Préstame el teléfono, quiero hacer una llamada.

—Una, mil, las que quieras.

Disqué el número de Campbell y éste me respondió con voz cansada. Estaba en su oficina, a punto de irse para su casa, según me dijo después de entregar una reseña de sus actividades del día.

—¿Qué problema tienes ahora? —preguntó de mala gana.

—Quiero saber si hay noticias de Traverso.

—Ninguna. Llamé a la pensión de Traverso y por ahí no ha dado señales de vida.

—¿Roth?

—Le volví a enviar un correo electrónico, pero no responde.

—¿Viñas?

—Cada vez le preocupa más la desaparición de Traverso. A ratos tengo la

impresión de que sabe algo que no ha querido decir.

—Mañana o pasado tendré que preguntarle algunas cosas.

—¿Algo más, Heredia? Estoy apurado.

Corté la llamada sin despedirme y sentí deseos de mandar al carajo el acertijo que planteaba la desaparición de Traverso. Una rabia repentina; las ganas de volver a mi departamento, colocar en el equipo de música un disco de Mahler y reconcentrarme en mi soledad, ajeno de lo que pudiera ocurrir a mi alrededor.

—¿Problemas? —preguntó Marconi que había seguido atentamente mi conversación con el periodista.

—Busco a un tipo que se esfumó, y del que nadie sabe o quiere decir nada. Ya me cansa preguntar por él y de escarbar en el pasado de amigos que preferiría dejar tranquilos.

—Dale tiempo al tiempo, ¿para qué amargarse por un problema? Recuerda el tango: «El hombre en pista liviana, en borrosa y en pesada, si tiene sangre en las venas jamás se debe achicar».

—Deja tus letritas de tango para Gardel. Y en cuanto al café, olvídalo por ahora —dije y de inmediato salí del bar.

—¿Y yo qué hice? —alcancé oír que decía Marconi.

El frío de la noche consiguió atemperar mi súbita rabia. Me senté frente al volante del Chevy y dejé que transcurrieran cinco minutos antes de encender el motor. ¿Debía creer en la inocencia de Osorio? La pregunta caracoleó entre mis pensamientos sin que pudiera atisbar una conclusión. ¿Quién era para juzgar a nadie? ¿Quién era para decidir si Osorio mentía o no? Busqué en la guantera la petaca para los momentos difíciles y la encontré sin una gota en su interior, tan seca como las vendas de «La Momia» de Boris Karlof. Regresé la petaca a la guantera, junto a tres condones, una cajetilla de *Derby* a medio consumir y dos cintas con canciones de León Gieco. La rabia retornó en gloria y majestad. Castigué al volante con un golpe de puño y decidí buscar una botillería de urgencia por el barrio. Y al menos en eso tuve suerte, porque a pesar de las absurdas disposiciones alcaldicias que prohibían vender licor después de las once de la noche, en un pasaje trasnochado y en apariencias poco amable, descubrí un almacén donde pude surtirme del pisco que me ayudaría a pasar sin sobresaltos la noche.

Sin embargo, la suerte me reservaba otro final para esa noche. Lo supe al llegar al departamento y encontrar en el dormitorio a Simenon acompañado de Manuela. Mi vecina acariciaba al gato y éste, recostado sobre la telliza, ronroneaba complacido, pese a que en estricto rigor la amistad de ambos no era tan larga como para compartir una cama.

—Apuesto a que los celos te comen —creí oír decir a Simenon.

—Tenía ganas de verte —dijo Manuela—. ¿No te incomoda que haya venido?

—De ninguna manera —respondí, tendiéndome a su lado. Simenon, desgano, comenzó a caminar hacia la salida de la habitación.

—Es un lindo gato —comentó Manuela—. Cuando niña, en la casa de mi abuela había uno parecido y yo pasaba tardes enteras jugando con él.

—Simenon es único —dije cubriendo mi rostro con mis manos.

—Te ves cansado, Heredia.

—Estoy cansado y un poco ebrio —dije, al tiempo que cerraba los ojos, como si con ello hubiera podido espantar a los enanos fastidiosos que me acompañaban.

—No quería estar sola y vine a verte. Como tú no estabas me puse a jugar con el gato. Tampoco quiero volver a mi casa esta noche. Si me dejas quedar a tu lado, prometo no molestar.

Sentí que las palabras de Manuela se alejaban paulatinamente, como si fueran parte de un diálogo que sólo existía en mi imaginación. Luego dejé de escucharlas y me dormí.

Por la mañana ella seguía acurrucada a mi lado. Una luz tenue entraba al dormitorio y reflejaba sus fantasías en el espejo que estaba instalado frente a la cama, como un cíclope voyerista. Sentí sus brazos que me arropaban y al contacto de su piel con la mía volví a tener conciencia de lo sucedido.

—Estás sonriendo, Heredia. Es la primera vez que te veo sonreír desde que te conozco —dijo Manuela.

Luego se acomodó sobre mi cuerpo, apoyó sus pechos en el mío y dejó que mis manos la acariciaran con la ansiedad que su piel desnuda sabía despertar. Lo demás fue un juego tierno que nos dejó temblando, como dos niños abandonados en la oscuridad.

5

Era más del mediodía y seguíamos en la cama, conversando, sin prisa ni horarios que cumplir.

—Quiero que me cuentes una cosa, Heredia.

—¿Por qué, cómo y cuándo me hice detective?

—No, quiero saber cuándo te enamoraste por primera vez.

—Ella era una mujer mayor, tenía ocho meses y yo seis. Nos veíamos a diario en la sala cuna.

—No embromes, Heredia. La pregunta va en serio.

—Dos o tres años antes de entrar a la universidad. Yo vivía en la casa de un matrimonio amigo, estudiaba por las mañanas y en las tardes trabajaba como mozo en

una fuente de soda próxima a la Plaza Brasil. A ese lugar llegaba todos los días una mujer. Pedía siempre los mismo: café y una copita de Martini. Tenía treinta o treinta y dos años, era rubia, de cabellos largos y eternamente pálida. Pintaba sus labios de rojo sangre y entre ellos, a la manera de un apéndice, invariablemente, sostenía un cigarrillo. Se llamaba Eva, como la del origen en aquel paraíso que perdimos, primero por pecadores y luego por disposición papal. Era española y llevaba más de un año separada de su marido, un ejecutivo bancario al que había conocido en España. Vivía del dinero que le proporcionaba el marido y esperaba el fin de los trámites de anulación matrimonial para regresar a Salamanca. Una tarde, después de servirle su café, me sonrió, y desde ese momento esperé con impaciencia sus apariciones, sólo para observarla desde lejos, temiendo que nuestras miradas se encontraran o que ella se diera cuenta de lo que provocaba en mí. Pude estar meses y meses en esa situación, pero en otra oportunidad, al momento de entregarle su cuenta, retuvo mis manos entre las suyas, y como si nada, sin preámbulos ni sonrisas, me invitó a su departamento.

Debió estar muy sola o sentir curiosidad por el muchacho que la miraba con tanta insistencia. Hizo lo que quiso conmigo. Dejé el trabajo para tener más tiempo que compartir con ella. Después de mis clases iba a verla y me quedaba en su departamento. Tal vez estaba algo chiflada, pero lo cierto es que cada día me daba una sorpresa. Me hacía leer poemas, escuchar música clásica; a veces preparaba platillos extraños o hacía un espectáculo de cabaré sólo para mí. Y en la cama siempre tuvo algo nuevo que enseñarme. Yo vivía para estar junto a ella, y sin embargo, una tarde, al llegar como de costumbre a su departamento, no la encontré. Había concluido sus trámites de nulidad matrimonial y regresado a España. Me dejó una carta en la que sólo decía: «Adiós, Heredia». La partida de Eva me marcó, porque desde entonces y las pocas veces que después me enamoré, sabía de antemano que llegaría a la misma soledad. Una sola vez creí que la suerte me mostraría su cara risueña, hace tres años, cuando conocí a una muchacha tan joven como tú. Se llama Griseta, y a veces, muy de tarde en tarde, viene a este departamento, de visita, por unas horas que se deshacen como pompas de jabón.

—Debe ser una tonta esa Griseta. Si tú me amaras, yo no te dejaría jamás.

—Eso dices ahora, porque eres joven y tienes la cabeza llena de esos novelones que muestran en la televisión. En diez años más no sabrías qué hacer con un viejo achacoso y lleno de mañas. Ya lo hablamos el otro día: Lo nuestro es asunto de una noche o dos, y nada más. Instantes, sólo eso, como la felicidad.

—No dejas ni la más mínima posibilidad a la ilusión.

—En asuntos de amor, los dados no siempre arrojan el resultado que uno espera —dije, al tiempo que acariciaba las mejillas de Manuela.

—No quiero que termine el instante de hoy.

—Si dos así lo quieren, en una cama cabe toda la felicidad del mundo.

6

Los momentos de felicidad tienen un fin y el nuestro llegó poco antes de la medianoche, con la inoportuna presencia del teléfono recordándonos que más allá de la pieza que nos cobijaba existía un mundo que seguía girando, implacable en su mezquino reparto de paz.

A través del teléfono escuché la voz de Serón, amenazándome con las penas del infierno si no llegaba antes de media hora al bar donde se encontraba acunando su borrachera del día.

—Es un asunto de vida o muerte —dijo Serón. Intuí que mentía y que probablemente sólo deseaba un poco de compañía para afrontar la jornada nocturna—. Estoy cerca de tu departamento, en el *Inés de Suárez*. No le puedes fallar a tu viejo amigo.

—Puede sobrevivir sin mí, Maestro.

—Te conviene, Heredia. Quiero hablarte de tu amigo al que andas buscando.

El recuerdo de Traverso llegó a mí como un latigazo e imaginé la sonrisa de Serón al otro lado de la línea, feliz de doblarme la mano una vez más.

—Usted gana, Maestro. Trate de mantener el equilibrio durante quince minutos. Y más le vale tener una buena historia que contar.

Junto a su mesa, en un rincón del salón principal del *Inés de Suárez*, Serón parecía la mosca inoportuna sobre el merengue de la torta. Solo, viejo, con los mofletes caídos y rodeado por una cortina de humo, llamaba fácilmente la atención entre los bulliciosos clientes del restaurante de la calle Morandé que disputaba el afecto de los noctámbulos al *Quijote* y *El Congreso*.

Me senté frente a él y demoró algunos segundos en reconocermelo, como si la ebriedad lo hubiese rodeado de una neblina espesa que entorpecía la visibilidad de sus ojos estrábicos.

—¿Tienes cigarrillos, muchacho? —preguntó a modo de saludo—. Estoy fumando el último de los míos.

Le ofrecí mis Derby. Sacó un cigarrillo de la cajetilla y guardó el resto en uno de los bolsillos de su chaqueta. Luego jugueteó con el pitillo entre sus dedos y se lo llevó a los labios, encendiéndolo con la colilla que sobrevivía en el cenicero que tenía sobre la mesa, junto a una taza de café, dos botellas de agua mineral y un plato con los restos de un emparedado de pernil.

—Tus cigarrillos huelen a bosta, pero a estas horas de la noche nadie tiene derecho a demandas exquisitas —dijo, y luego de soltar una bocanada de humo, preguntó—: ¿Una copa, muchacho?

—Me abstengo por ahora. Como dice el viejo Cervantes: «El vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra».

—En tu abstinencia hay gato encerrado, y si de citas se trata, qué te parece ésta de Alejandro Dumas: «Tanto peor para los que temen al vino, porque tienen malos

pensamientos y recelan que el vino les tire de la lengua».

—Quiero conocer su historia antes de beber la primera copa. ¿Cuál es ese asunto de vida o muerte que mencionó en su llamada?

—Lo olvidé, muchacho. Supongo que todo lo que nos ocurre es de vida o muerte. Por la vida transitamos y hacia los brazos de la señora nos dirigimos. Así ha sido siempre y lo será, por los siglos de los siglos.

—¿Quiere que lo lleve a su casa?

—No estoy ebrio, y bien sabes que mi casa no la conoce nadie.

—En su llamada habló de Andrés Traverso.

—¿Yo hice eso? ¿Por qué hice eso? Esta noche las copas han estado algo chúcaras.

—Creo que miente, y no me gusta.

—Sé positivo, muchacho. Tal vez necesitaba verte y sabía que sólo un truco de zorro viejo te traería hasta acá. La verdad es que ando mal. Hoy me dieron una patada en el traste; me jubilaron. Tengo trabajo hasta el fin de año y después tendré que dar migas de pan a las palomas de la Plaza de Armas. Franklin Serón es un modelo anticuado que dejó de prestar utilidad. Seguro que para reemplazarme traerán a un muchacho paliducho, de gafas doradas y diestro en el uso de computadoras.

—Los tipos como usted no se retiran nunca, la información que manejan los mantiene vigentes.

—Pero si dejas de conocer nuevos antecedentes la información pasa a ser una simple colección de anécdotas, cada día más irrelevantes.

—¿Me llamó para contarme que lo jubilan?

—¿Quieres una copa?

—Usted gana, maestro.

—¡Bravo, muchacho! Al fin vas entendiendo.

Franklin Serón sacó una botella de whisky envuelta en papel desde bajo la mesa.

—Esta noche hago trampas —dijo y sirvió licor en la taza—. El pobre mozo no va a entender nada. Soy el primer cliente al que le habrá servido dos sodas y un café, y verá salir ebrio del bar. ¿Y qué se puede hacer? La crisis asiática nos tiene jodidos, Heredia.

—No tengo duda de que usted ha hecho trampas esta noche, y además se ha burlado de mí.

—Te equivocas. Esta noche voy a ser generoso contigo, Heredia. ¿Ves esto? —preguntó, indicando una carpeta verde que estaba en un extremo de la mesa—. La robé de la oficina y contiene el manual de manejo de fuentes que usaban los norteamericanos en la escuela de adiestramiento militar de Fort Gulick, en Panamá. Es antiguo, pero contiene tres o cuatro cosas aún vigentes y de interés.

Tomé la carpeta y pensé que esa noche debía tener paciencia, ya que Serón había iniciado una de sus interminables charlas sobre espionaje; tema que lo obsesionaba y del cual guardaba toda la información que caía en sus manos.

—¿Adonde quiere llegar con su historia? —le pregunté media hora más tarde, después de oírle hablar del trabajo de la CIA en Bolivia, de la desestabilización del gobierno de Allende y de las andanzas de Ilich Ramírez Sánchez.

—Llévate el manual a tu casa y léelo con atención. Nunca es tarde para aprender, incluso para una cabeza de mármol como tú —dijo Serón y luego miró hacia los lados, como si temiera que alguien lo estuviera vigilando—. Me interesa que la juventud aprenda.

—Si eso lo hace feliz, Maestro.

—Me da pena verte tan desorientado.

—¿Se refiere a Traverso?

—A eso y a tu vida. A toda tu puta vida desperdiciada en asuntos que apenas te dan de comer. ¿Por qué no me hiciste caso, Heredia? A mi lado habrías hecho carrera. Ahora ya es tarde. Tú no tienes remedio y a mí me han jubilado. Llévate la carpeta y no hagas más preguntas. Y a nadie le digas de dónde obtuviste esa información. ¿Entiendes?

—A buen entendedor, pocas palabras —dije, y pensé que probablemente la misteriosa carpeta iría a parar a la ruma de papeles y diarios viejos que mantenía en el departamento; en un rincón de la cocina, junto a incontables botellas vacías y una desahuciada colección de revistas deportivas.

—Ahora, bebamos y conversemos, Heredia. Son dos actividades nobles que contribuyen a pacificar los espíritus.

7

Como en otras ocasiones que se arrastraban desde el origen de nuestra amistad de bares y noches sin huellas, ayudé a Franklin Serón a subir arriba de un taxi y luego esperé a que el vehículo se alejara en dirección a la casa que él ocultaba con tanto celo. Una conducta que sólo justificaba el temor o un resabio de los tiempos en que Serón había vivido clandestino, eludiendo a los servicios de seguridad interesados en desarticular a los partidos políticos adversarios de la dictadura. Serón había sobrevivido empleando cientos de artimañas, disfraces, nombres ficticios y casas a las que llegaba con nombres falsos y en las cuales nunca pernoctó más de tres días seguidos.

Cuando nos despedimos, el sol comenzaba a emerger con su brillo acostumbrado, y en un horizonte próximo podía distinguir los árboles del Parque Forestal

equilibrándose sobre un fondo de edificios y esmog. Había transcurrido un día más y Traverso seguía sin aparecer. Comenzaba a cansarme de tanta búsqueda inútil y había decidido trabajar un par de semanas más en el asunto, y luego, si no brotaba luz desde el fondo del túnel, hablaría con Campbell y Domingo Viñas para cerrar el compromiso. No sería la primera vez que abandonaba una investigación. Un púgil con oficio sabe arrojar la toalla cuando los golpes que recibe le machacan los sesos más de la cuenta.

De regreso en mi departamento, saludé a Simenon y me tendí sobre la cama sin desvestirme. Más tarde, mucho más tarde, cuando sentí que alguien remecía mis hombros y me hablaba en voz alta, abrí los ojos y en la penumbra del dormitorio reconocí el rostro de Marcos Campbell. Mi amigo periodista parecía tener las preocupaciones del mundo sobre sus hombros; la angustia del tipo que viene de matar a su madre y la prisa del que acaba de seducir a Kim Bassinger y sólo quiere contárselo a alguien.

—Nuestro castillo se derrumba, van a dar las siete de la tarde y tú duermes como un oso —dijo, malhumorado.

—¿Qué castillo y qué derrumbe? Después de una borrachera prefiero que me hablen con frases cortas y simples.

—Hace una hora me llamó doña Fresia. Está histérica porque recibió una carta anónima donde le dicen que Traverso fue secuestrado por un grupo que trabaja al servicio de Roberto Osorio. Eso y nada más. No piden rescate ni dan indicios que permitan saber cómo y dónde se encuentra Andrés.

—Eso no tiene pies ni cabeza. Los secuestradores no se identifican, salvo que sean de algún movimiento político que pretenda lograr un efecto propagandístico. Y menos aun, si el presunto autor intelectual del secuestro es alguien a quien se le puede ubicar con sólo golpear a la puerta de su oficina.

—¡Lee! —ordenó Campbell pasándome una hoja de papel—. La fui a buscar a la pensión.

Alguien había recortado las letras de un diario para escribir el mensaje. La tipografía era antigua, como la que usaban algunos periódicos de provincias o los diarios nacionales de los años setenta. Devolví la hoja a mi amigo y me senté en la cama, frente al espejo que multiplicaba la imagen abandonada del dormitorio.

—Le garanticé a la señora Fresia que iríamos a la policía.

—Descarta a la policía. Tendríamos que dar explicaciones y responder preguntas para las cuales carecemos de respuestas aceptables.

—¿Y Osorio?

—Hablé con él y aunque no pongo mis manos al fuego por su inocencia, dudo que sea el responsable del mensaje. Además, ya te dije que su nombre en la nota no tiene lógica.

—¿Y si sus compinches creen obtener más dinero actuando por su cuenta?

—Si un tipo con la experiencia de Osorio contrata matones, no les da su nombre.

Para tratar con ellos emplea nombres falsos o intermediarios. En cualquier caso, son explicaciones que él deberá dar.

—¿Vamos a ir a su oficina o a su casa?

—Si lo enfrento solo será más fácil que hable y se sincere. La presencia de un extraño puede inhibirlo.

—¿Y si está con sus amigotes?

—En el peor de los casos tendrías que redactar un extenso discurso fúnebre. De ese modo, al cabo de media hora de letanía, los que vayan al sepelio lamentarían de verdad mi muerte.

—Voy contigo, Heredia. Por lo menos hasta llegar al edificio —dijo Campbell, resuelto a no echar pie atrás.

—No es mala idea; así verás cómo me sacan dentro de un cajón.

8

Aunque la prudencia aconsejaba esperar el día siguiente o adoptar alguna precaución especial, subí con Campbell al Chevy y conduje durante treinta minutos hasta llegar a la oficina de Osorio. Comenzaba a oscurecer. Desde la calle no se veía a nadie en la recepción del edificio y sólo desde una oficina o cuarto contiguo emergía una tímida luz amarilla. Deduje que sería la pieza del conserje y que éste se encontraría dormitando o viendo la televisión. Aprovechando la momentánea ausencia de vigilancia, dejé a Campbell al cuidado del auto, entré al edificio y con pasos rápidos abordé su ascensor.

A simple vista, la oficina estaba en orden, incluida la taza que la secretaria había dejado sobre su escritorio para el primer café del día siguiente y un listado con las reuniones que tendría Osorio durante la próxima jornada de trabajo. La puerta de la oficina estaba entreabierta y por la música que llegaba desde otras oficinas ubicadas en la misma planta, supuse que la dejaban abierta para permitir la entrada de los encargados de la limpieza. Dejé atrás el escritorio de la secretaria, abrí la puerta del despacho y en su interior observé las cortinas cerradas, la gruesa alfombra, el escritorio de caoba y encima de éste, la pequeña luz de la lámpara alumbrando el voluminoso expediente sobre el cual se apoyaba la cabeza de Osorio.

Dije su nombre en voz alta, una, dos, tres veces. Ni siquiera el eco de mis palabras me respondió. Avancé hasta tocar el escritorio y entonces pude verlo mejor. Un hilillo viscoso se escurría por la comisura izquierda de sus labios; sus ojos estaban

abiertos y tenía la boca contraída en un gesto de dolor. Instintivamente, toqué su frente y la sentí fría, como si alguien acabara de pasar una barra de hielo sobre ella.

Di dos vueltas alrededor del escritorio y encendí la luz principal del despacho que, iluminado, acentuó la definitiva soledad de Osorio. El orden perfecto de la muerte se imponía y entre las paredes silenciosas de la habitación no se veían huellas de lucha ni de la presencia de otras personas más que de Osorio y su secretaria.

Ahora ya tienes un cadáver, me dije a mí mismo, mientras observaba los imperturbables ojos de Osorio. Recordé las enseñanzas de Dagoberto Solís y por algunos minutos intenté descifrar el mensaje escrito en el lugar del crimen. Mi primera conclusión fue que no había existido violencia ni se apreciaba el uso de armas blancas o de fuego. Al morir, Osorio se encontraba trabajando. A su alcance había tenido un vaso de agua y una caja vacía de «Eleva».

¿Evidencias? ¿Suposiciones? Nada que iluminara mis ideas hasta que al fin, el hallazgo de dos cartas sobre el escritorio hicieron agitar mi ánimo. En la primera, escrita en un computador, sin firma pero con el nombre de Osorio impreso en el borde inferior del papel, éste decía que había decidido suicidarse porque era el responsable de la muerte de Andrés Traverso. La segunda, fechada dos días atrás, estaba escrita con las caligrafías menudas y vacilantes de los tres hijos de Osorio. Los pequeños decían estar felices porque se acercaban las vacaciones que pasarían con él en el sur de Chile y resumían, cada uno en su estilo, sus logros estudiantiles del último mes.

El tercer hallazgo incrementó mis dudas. Estaba aparentemente oculto, pero a la vista de cualquiera que revisara con atención la oficina. Era la misma foto que había visto en la pieza de Andrés, con un nuevo círculo rojo trazado alrededor de la cabeza de Traverso. La habían colgado en la puerta de la oficina y era fácil de ver desde el escritorio, pero quedaba oculta cuando la puerta permanecía abierta. El que la había puesto en ese sitio esperaba que alguien reparara en ella y que, como en mi caso, si conocía a los retratados, sintiera que su presión arterial subía algunos puntos más arriba de lo normal.

Miré por última vez a Osorio y salí de su oficina procurando no dejar huellas de mi estadía. Descartada la vigilancia del conserje, volví a la calle y caminé de prisa hasta llegar junto a Campbell.

—¿Qué pasó? —preguntó al apreciar mi semblante descompuesto.

—Parece que Osorio tomó una caja de pastillas para dormir y encontró el sueño feliz que buscaba. También hay una carta en la que confiesa el asesinato de Traverso y una copia de aquella foto de la universidad que tú y yo conocemos.

—¿Qué vamos a hacer, Heredia? La policía va a descubrir el cadáver y se hará preguntas. ¡Medio pastel en él que estamos metidos!

—Tardarán en llegar a nosotros.

—No los subestimes, Heredia. Tendrán las cartas, la foto y preguntarán por las visitas que tuvo Osorio en el último mes. La secretaria debe acordarse de tu nombre o

de las llamadas que hice para saber si él se encontraba en Santiago.

—Todo a su tiempo, Campbell. Ya tendremos oportunidad de preocuparnos de encontrar alguna respuesta medianamente aceptable. Conociendo a Osorio no me calza su suicidio. No porque careciera de valor, sino que por la carta. Roberto amaba la formalidad de un título adecuado, un membrete, un timbre, unas palabras bien escritas, una buena presentación. Y la carta está sin firma y contiene varios errores ortográficos y de tipeo.

—El día que decida volarme los sesos no voy a pensar en la ortografía.

—Roberto lo habría hecho. Era su manía, su obsesión. Lo sufrí las dos o tres veces que nos tocó hacer trabajos de investigación en la universidad. Lo recordé el día que lo visité y di una mirada al paplero de su secretaria. Estaba lleno de cartas corregidas.

—No me convences, Heredia.

—También está el asunto de la foto. ¿Por qué esa foto? ¿Para demostrar que él mató a los que aparecen en ella o para atemorizar a los que aun permanecen vivos? Necesitamos la ayuda de Belarmino Zelada, tu amigo tira. Hay preguntas que no se pueden responder con puras intuiciones. Necesitamos alguna verdad científica que nos apoye. Exámenes químicos, autopsia, huellas dactilares. ¿Tienes su número de teléfono?

—¿No pensarás llamarlo a su casa, a estas horas?

—Sí, salvo que sepas que está en un hotel, tirando con su amante. Tengo una idea que puede dar sus frutos.

Campbell, cuya memoria habitualmente merecía mis elogios, tomó su teléfono celular, marcó un número y me pasó el aparato.

—Quiero hablar con el detective Zelada —dije a la voz de mujer que respondió a mi llamado.

—Papá, te llaman —oí gritar a la mujer. Luego sentí el sonido de unos pasos y enseguida la voz del policía preguntando por el motivo de la llamada.

Disfracé el tono de mi voz y no le di mi nombre. Sólo el de Roberto Osorio, la dirección de su oficina y dos o tres detalles para hacerle entender que estaba hablando de un asesinato. Luego corté la comunicación y devolví el celular al periodista.

—Ahora viene tu turno, Campbell. Anda a tu casa, duerme tranquilo y por la mañana, llama a Zelada. Me interesan dos cosas: El resultado de la autopsia y lo que opinen los policías.

—Zelada hará preguntas. ¿Tú crees que resulte?

—Un chiste funciona cuando alguien se ríe con él. Y eso no se sabe hasta que se cuenta.

Encendí un cigarrillo, dije adiós a Campbell y me fui a sentar a una plazoleta desde la cual podía vigilar la entrada al edificio. En el lugar se respiraba una extraña calma, como si sus árboles hubieran sido una cúpula invisible que lo apartaba del ruido de la calle. Sin embargo la tranquilidad duró poco. Cinco minutos más tarde mi vigilancia fue interrumpida por la llegada de un extraño que empujaba un carro de supermercado lleno de papeles, cartones y latas de bebidas abolladas. Se veía sucio y la ropa de mujer que vestía era una colección de harapos. Era un hombre joven al que la mugre, los cabellos largos, la barba descuidada y su disfraz de mujer lo hacían ver de un modo demencial.

—Paz —dijo al tiempo que arrastraba su carga hasta el escaño donde me encontraba—. Paz, energía y buenas vibraciones.

—Todo lo que deseo es paz —repliqué y tuve la impresión de que el extraño no había escuchado mis palabras.

—No me importa que ocupe mi plaza. El hombre debe compartir sus bienes, porque cuando llegue el fin nada nos llevaremos. Todo es pasajero, como el día que deja paso a la noche o el agua que se desliza desde las montañas hacia el mar. Lo sé muy bien, hermano. Estoy aquí para anunciar la llegada del tiempo en que los hombres deberán mirar hacia sus corazones y dejarán de adorar el dinero como única finalidad de la vida.

El hombre tenía un discurso fluido, pero a todas luces estaba loco. No por lo que decía, sino por hacerlo en una época en que sus palabras estaban condenadas a caer en el vacío.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, como si recién en ese momento se hubiera percatado de mi presencia—. ¿Oíste mi llamado? ¿La voz del Anticristo?

Había un brillo extraño en la mirada del santón. Pensé en la respuesta que debía dar para no provocar la ira del vagabundo. Y finalmente no llegué a decir nada, porque en ese mismo instante la tranquilidad de la plazoleta fue rota por la sirena de una patrulla policial que se acercaba. Era el primer efecto de mi llamada a Zelada.

Los detectives entraron al edificio, sacaron al mayordomo del cuarto en el que se encontraba y unos minutos más tarde, a través de los cristales de la puerta, los vi abordar el ascensor hacia el encuentro de Roberto Osorio. A mi lado, el santón tomó su carro y sin decir nada comenzó a empujarlo fuera de la plazoleta. Lo vi mirar tras de sus espaldas y tuve la impresión de que lo hacía con tristeza, como un ñandú que al ver su nido ocupado por extraños, lo destroza y abandona.

Dejé de mirar al santón y concentré mi atención en la sombra que se movía junto a la entrada del edificio. Perteneía a un hombre bajo, vestido de gris y a todas luces abrumado por la maldición que, de un momento a otro, haría caer la espada de Lucifer sobre su cabeza. Deduje que era el conserje y que luego de acompañar a los policías hasta la oficina de Osorio, lo habían obligado a regresar a su sitio habitual.

Decidí tentar a la suerte. Saqué de la chaqueta mi credencial falsa de policía y caminé al encuentro del hombre.

—Usted no estaba en el grupo que acompañé al despacho del abogado —dijo una vez que me presenté.

—Trabajo en equipo, ¿ha oído hablar de eso? Unos corretean al cerdo y otros lo apalean. Una moderna herramienta de administración inventada por Los Tres Mosqueteros.

—¿Sucedió algo grave? —preguntó el conserje, más relajado—. Los otros policías no me dejaron entrar a la oficina del señor Osorio.

—Hay un abogado menos en la ciudad. Conozco a algunos leguleyos que podrían alegrarse con la noticia. Se reduce la competencia y no necesitarán asesinar a sus madres para tener un caso que tramitar en los tribunales.

—¿El señor Osorio está muerto?

—En este negocio yo hago las preguntas.

—Disculpe...

—Supongo que el dormir no está considerado entre sus funciones.

—Aquí nunca pasaba nada, señor —dijo el hombre. Se notaba asustado, por el muerto o porque al día siguiente pasaría a engrosar la larga lista de cesantes en el país.

—¿Vio a alguien merodeando cerca del edificio?

—No.

—¡Haga memoria!

—A eso de las ocho vi entrar a dos caballeros que dijeron ser amigos del señor Osorio. Me pareció raro porque los días viernes el abogado no recibía clientes; pero luego, cuando se presentaron como amigos, pensé que estaba bien que recibiera a esas personas. Parecían decentes, subieron a la oficina y media hora más tarde los vi abandonar el edificio. Eso fue todo. Nadie más preguntó ni visitó al abogado.

—¿Seguro? —le pregunté, al tiempo que recordaba que yo había entrado al edificio sin que el conserje se diera cuenta.

—Puedo asegurarlo hasta la hora en que me fui a dormir una siestecita.

—Recuerda algo especial respecto a los hombres que visitaron a Osorio. ¿Eran rubios o morenos? ¿Hablaban de algún modo en especial?

—Sólo recuerdo que iban bien vestidos, de ternos y corbatas. Parecían caballeros decentes.

—¿Caballeros? Debe aprender a desconfiar de las apariencias. Sin ir más lejos, yo podría no ser policía.

—No embrome, si hasta me mostró su credencial.

—Va a tener que armarse de paciencia, amigo. Es probable que mis otros colegas le hagan las mismas preguntas.

—¿Las mismas preguntas?

—Así es, Bella Durmiente —dijo y, junto con caminar hacia la salida del edificio,

agregué—: No lo olvide, las apariencias engañan.

10

«Con esos amigos para qué necesito enemigos». En el caso de Osorio se podía usar el común y reiterado adagio. Pero ¿quiénes eran sus amigos, los caballeros de aspecto decente? ¿Decía la verdad el conserje? El infeliz pasaría la noche en vela tratando de convencer a la policía de que ya había dicho todo lo que sabía al otro detective, el que no dio su nombre, pero mostró una placa de identificación. Lo apremiarían hasta el cansancio y después, a la noche siguiente, cuando otra vez debiera asumir su oficio de conserje, miraría tembloroso el ascensor por el cual nunca más volvería a ver al abogado Osorio. ¿Y los detectives? ¿Se preguntarían quién era el extraño de las preguntas, el que los suplantaba utilizando una credencial en desuso?

No estaba mal compartir los misterios. De pronto todo era un enigma, incluso la vida con sus razones para el pasado y la incapacidad de predecir el futuro. Recordé la foto que había visto en la oficina de Osorio y busqué la copia que guardaba en mi escritorio. Vivos o muertos los retratados ya no éramos los mismos de entonces. Habían cambiados nuestros cuerpos y nuestros sentimientos, y si en esa época alguien nos hubiera dicho que el destino nos deparaba traiciones y renuncios le habríamos pateado hasta el alma. El desencanto, las derrotas y la complacencia dejaban sus huellas en los acomodos de Bernardo Torres, la cotidiana desesperación de Érika Véliz, la muerte de Osorio y mi deambular por los rincones de la ciudad, fisgoneando vidas ajenas a cambio de breves sustitutos para la soledad. Estábamos condenados a mirar hacia el pasado, inconclusos y temerosos; a preguntarnos, una y otra vez, si el fracaso correspondía al curso normal de la vida o era el resultado de sobrevivir a ese tiempo doloroso que nos había obligado a mantener una doble identidad, a sobrellevar las máscaras impuestas por el clandestinaje o por el temor a reconocer el horror invocado, y del cual, como en el caso de Roberto Osorio, preferían abstraerse para no asumir la complicidad.

La muerte de Osorio, ¿había sido su manera de asumir el fracaso? ¿Pero qué fracaso? El de su vida personal o el del plan que había elaborado para concretar su venganza. ¿Era así? Debía conformarme con esperar los resultados de la investigación policial y luego sentarme a beber unas copas mientras aparecía el cadáver de Traverso. Parecía simple, pero al mirar la foto, algo en mi interior me dijo

que era más conveniente esperar la siguiente vuelta de tuerca.

La presencia de Simenon me apartó de mis pensamientos. Se había deslizado sigilosamente dentro de la oficina y luego de acariciar mis piernas con su cola, dio un brinco y se instaló sobre mis rodillas. Acaricié su lomo y jugué con sus bigotes hasta que él, molesto, puso sus garras sobre la mano que alisaba su blanco pelaje.

—¿Sigues con ganas de poner orden en el mundo? Lo más sabio y saludable es ubicar un rincón donde retozar sin preocupación.

—Cuando el pasado acecha no hay otra alternativa que enfrentarlo.

—¿Te inquieta la foto de la universidad?

—Muchas muertes, Simenon. El suicidio de Sánchez, el accidente de Munizaga y ahora la muerte de Osorio. Si las cosas siguen así, esa foto sólo va a tener sentido para mí, el sobreviviente.

—Olvidas a Traverso. ¿O ya lo sumaste a la lista de cadáveres?

—No, intuyo que aún es prematuro para ponerlo en la lista.

—Tus intuiciones son cada día más desacertadas, Heredia.

—Y tú cada día ayudas menos. Hay momentos en que resultas insoportable. Deberías saber que en mi intuición es casi lo único en que confío. Mi intuición y dos o tres cosas que he aprendido en el camino.

—Sin mí estarías conversando con las murallas o seduciendo a las arañas.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Algo más?

—Una petición y un consejo. Quiero que me compres un bife para el fin de semana. Grueso y fresco.

—Dalo por hecho. ¿Cuál es el consejo que necesitas?

—El consejo te lo daré yo. Llevas muchas horas encerrado en la oficina y necesitas airear tus ideas; un poco de calle, algunas horas en el bar, conversar con alguien que no sea este servidor te hará bien.

—¿Me estás echando?

—Estoy cansado de verte dar vueltas dentro del departamento. De pensar y repensar las mismas cosas. Sé que los huesos te pesan, pero puedes hacer un esfuerzo y salir a la calle.

Reuní los restos de ánimo que yacían dispersos por el departamento y con la esperanza de encontrar al Escriba, me encaminé hacia el *City Bar*. Frente a la Plaza de Armas me detuve unos minutos a observar las construcciones de la nueva línea del ferrocarril metropolitano. Las excavaciones y los entramados daban a la plaza un aspecto de terreno arrasado por una guerra de la que hasta entonces no tenía noticias.

La ciudad se transfiguraba. A diario podía ver máquinas que destruían las casas antiguas, horadaban la tierra y comenzaban a levantar las construcciones que obligaban a ejercitar la memoria para conservar los espacios más amados. Esquinas donde había esperado a una mujer, bares en los que las horas corrían de prisa, tiendas o mercaditos que asociaba a viejas adquisiciones. Todo se mutaba en edificios modernos, fríos y sin historia. Y en medio de ese paisaje, el *City Bar* resistía con el

coraje de un hoplita. Su puerta giratoria seguía invitando a entrar a un espacio sin tiempo; a sentir el roce de sus mesas añosas y a conversar sin otra medida que el paso de las copas. Un buen bar, con historia concentrada entre sus paredes, y mozos que saben servir los tragos en su medida justa.

Con esas ideas en la mente entré al bar y junto a una de sus mesas divisé al Escriba, acompañado de un libro que parecía leer con interés.

—Se te nota entretenido —le dije a modo de saludo—. ¿Interrumpo?

—El comisario Brunetti puede esperar. ¿Cómo va la vida? ¿Algún caso nuevo? —preguntó el Escriba, al tiempo que cerraba el libro.

—Muchos muertos y un personaje que no aparece. Un caso que tiene que ver con el pasado.

—Las complejidades de la memoria. ¿Qué te sirves, Heredia?

—Hoy tengo ánimo para un Calvados.

—¿Qué tiene que ver el ánimo con lo que se bebe?

—La música, el trago y las comidas dependen del ánimo con el que uno se encuentre. Hay días de tango y otros de música clásica. Días de pescados y otros de tallarines. Días de cervezas y otros de algo que cale más hondo. Hoy tengo ánimo para un Calvados.

—En homenaje al gordo Maigret —dijo el Escriba y llamó al mozo que atendía la mesa.

Después del primer sorbo de Calvados comencé a contarle de mis vanos esfuerzos en el caso de Andrés Traverso y de las muertes que lo rodeaban. Durante unos minutos me escuchó con atención y luego hizo algunas anotaciones en el cuaderno que siempre lo acompañaba.

—Mi memoria es frágil —comentó al darse cuenta que observaba sus anotaciones—. Necesito ayudarla con cuadernos y apuntes.

—¿Te sugiere algo mi historia?

—El asunto es Traverso y cómo ubicarlo.

—Eso es obvio, pero no sé qué más hacer para dar con él.

—Revisa una vez más las pistas. Debe haber algún detalle que te haga ver las cosas de otra manera. Los detectives de novela suelen hacerlo con buenos resultados.

El Escriba iba a decir algo más, pero en ese mismo momento se acercó a la mesa el mozo y me entregó un sobre blanco.

—Mi colega de la barra dice que es para usted —dijo el mozo.

Tomé el sobre y al reconocer la letra con la que habían escrito mi nombre, sentí un breve temblor en el estómago que me hizo olvidar la ausencia de Traverso.

—¿Malas noticias? —preguntó el escritor—. Aún no lees la carta y ya estás pálido.

Abrí el sobre y en su interior estaba la carta de Griseta; ella una vez más, emergiendo como el recuerdo de las lluvias más bellas; precisa en sus palabras que hablaban de amor, de pasados y futuros que, mientras leía la carta, me costaba aceptar

como vividos y deseados.

—¿Problemas? —oí preguntar al Escriba.

—¿Cómo anda de paciencia? ¿Te gustaría escuchar una larga historia?

—La paciencia es una de mis virtudes, Heredia.

—Se llama Griseta, venía llegando a Santiago y la conocí...

—¿Olvidas que alguna vez escribí sobre ella? —interrumpió mi amigo—. «Una belleza de virgen que acaba de ser seducida y se apronta a conservar el secreto. Vestía de negro. Vaqueros ajustados y polera con un estampado de John Lennon desde la que sobresalían sus pechos, como dos espadas que apuntaron a lo más hondo de mi deseo».

—Eso fue el comienzo.

—Y luego vivieron un tiempo juntos, hasta que ella decidió buscar otros rumbos. Lo sé todo sobre ti, Heredia.

—Ella dice que me recuerda.

—¿Y tú, qué piensas al respecto?

—Necesito otro Calvados, Escriba. Uno que me ayude a recordar por última vez alguna de mis noches con Griseta.

11

De todos sus recuerdos, ¿podía escoger uno? Por ejemplo, la vez que fuimos a una fiesta organizada por Puelche, un extraño personaje del barrio que recorría las tabernas en compañía de dos mujeres voluminosas y una corte de seres esperpénticos, sobrevivientes de la noche. Había muchos invitados, abundante bebida y disfrutamos de la fiesta hasta poco después de la medianoche, cuando algo ebrios y con ganas de estar solos, caminamos hasta llegar al puente que cruza el río Mapocho, frente al Palacio de Bellas Artes. Durante la noche había caído una suave lluvia. Nos detuvimos y nos abrazamos sintiendo nuestras respiraciones agitadas.

—La locura es lo único bello que queda en este país —dijo Griseta—. Todos deberíamos estar locos. Pintar los edificios de amarillo, sembrar flores, colgar globos en vez de banderas, rock en vez de marchas militares, tener hoteles populares para las parejas que desean hacer el amor, enseñar a los niños a vivir desnudos, sin trancas ni normas de comportamiento. Quiero locura y las calles llenas de música. ¿Es mucho pedir?

—Esta noche hemos tenido bastante locura.

—Lo malo es que todo lo bueno termina. Mañana tú volverás a tu trabajo y yo a mis estudios.

—Aún nos queda esta noche, Griseta.

—Sí, aquí, de pie frente al mundo, oliendo el aire de Santiago. El aire que nos corresponde, aunque nos duela.

—Huele a mugre.

—Huele a verdad. Al dulce mirar de los que están solos y sueñan.

—Una vez leí un cuento que trataba de un niño que sólo deseaba dormir, porque al hacerlo veía una puerta y tenía la seguridad de que abriéndola hallaría un espacio luminoso.

—No entiendo, Heredia. Dices tantas cosas. Todo el tiempo con tus malditas citas. Y a mí me gusta escucharte, sobre todo después de que hacemos el amor y te apartas de mi lado, y con tus manos sobre el pecho parece estar contemplando un punto lejano. Me gusta verte así, pero me da miedo, porque es como saber que un día te voy a perder.

—¡Los ángeles no deben sentir miedo!

—Ayúdame a encontrar la puerta de tu cuento.

El río era un murmullo que se arrastraba lentamente. La noche estaba llena de rostros agresivos que pasaban a nuestro lado. Cubrí los hombros de Griseta con mi chaqueta. Al salir del puente compramos un pan a la mujer que lo vendía, acurrucada, buscando calor en las sombras proyectadas por una luz de neón. Un pan dulce y tierno, como un breve segundo de paz.

12

No pude dormir esa noche. El amanecer me sorprendió en pie, vagando como un sonámbulo por las habitaciones del departamento, acompañado por la indiferencia de Simenon que dormía sobre las novelas de Maigret, de las que se resistía a apartarse desde que había llegado al departamento, una lluviosa tarde de invierno. Cuando los rumores del barrio se hicieron más intensos, indicando el despertar de los vecinos y las carreras de los primeros transeúntes, preparé una buena dosis de café y bebí una taza tras otra hasta sentir que el sueño dejaba paso al deseo de tomar una ducha, afeitar mis mejillas y salir a la búsqueda de un diario.

Sin embargo no llegué muy lejos, porque cuando recién acababa de cubrir de espuma mi cara, apareció Campbell en el departamento. En una de sus manos portaba

una cámara fotográfica y en la otra, una carpeta de la que parecían a punto de caer una infinidad de hojas y recortes de diarios.

—Tu disfraz de Papá Noel es algo prematuro; faltan algunos meses para Navidad —dijo al verme con el hisopo en las manos.

—No jodas. Bastante dificultad me demanda rasurarme sin terminar con la cara llena de cortes. Esta mañana tengo el pulso hecho una miseria.

—¿Otra noche de mucho trago?

—De fantasmas y enigmas —respondí y luego informé a Campbell sobre mis últimas ideas respecto al paradero de Traverso.

—Averigüé algunas cosas que van a incrementar tus temblores.

—Te escucho. Puedo afeitarme y oír al mismo tiempo.

—Fue más fácil de lo que imaginé. A un tipo le ofreces poner su nombre en un titular de la prensa y éste corre para decir lo que tú quieras. Hay gente que no tiene ningún escrúpulo para hablar de sus embarazos, noches de bodas o dificultades con la digestión. La vanidad de la banalidad. Belarmino Zelada no es la excepción. En síntesis, hecha la autopsia, los tiras trabajan sobre la idea de que Osorio fue asesinado. Una sobredosis de tranquilizantes, probablemente aplicada en el cuello con una pistola lanza dardos, como las que usan para adormecer animales a larga distancia. El exceso de droga le provocó un infarto.

—¿Y las tabletas que encontré sobre su escritorio?

—«Elevel», un tranquilizante que se usa en tratamientos antidepresivos. Zelada habló con el médico que atendía a Osorio y éste le dijo que le había recetado la droga hace un año. Que la caja estuviera vacía fue coincidencia o una artimaña de los asesinos para reafirmar la idea del suicido que Osorio expresa en su carta.

—¿La carta era falsa?

—La policía rastreó la computadora de Osorio y en sus archivos no encontró la carta.

—Pudo borrar el archivo.

—La trajeron de otra parte. La letra que se usó para escribir no pertenece a una fuente tipográfica que exista en la computadora de Osorio, ni el papel coincide con el que él usaba. Según su secretaria, era riguroso en esos detalles. Hace más de diez años que usaba el mismo papel, importado y de un hilado especial.

—¿Y con qué pistas trabaja la policía?

—Sigue tres hilos a la vez. Quiere conocer la identidad de los desconocidos que visitaron a Osorio el día de su muerte, y la de un sujeto que se hizo pasar por policía.

—Ese sujeto se llama Heredia.

—Lo sé, pero no lo digas en voz alta. Si lo llega a saber Zelada te someterá a una cuidadosa presión de testículos.

—Dudo que llegue a dar con mi nombre.

—Están trabajando con retratos hablados. Sin embargo, los dibujos no le dicen mucho.

—O sea que la policía está tan despistada como nosotros.

—No estaría tan seguro de ello.

—¿Por qué lo dices?

—No te he mencionado el tercer hilo que sigue. En la oficina de Osorio encontraron una carta y la tarjeta de visitas de Joaquín Pérez. Zelada estima que se les cayeron al momento de huir. La carta es de una tienda comercial y está emitida a nombre de Joaquín; y su tarjeta tiene los datos precisos para dar con su paradero.

—Si es similar a la tarjeta que conozco, es posible que tenga una oportunidad de encontrar a Pérez antes que los policías. Me interesa oír su historia.

—¿Lo crees capaz de matar a Osorio?

—Un hombre desesperado puede hacer cualquier cosa, y Pérez está arrinconado entre sus fracasos y la nada.

—Eso quiere decir que lo crees capaz de haber asesinado a Osorio.

—Voy a escucharlo antes de formular un juicio. Merece el beneficio de la duda, sobre todo porque el asesinato de Osorio reviste algunos detalles sofisticados.

—Menudo lío —dijo Campbell—. Me remuerde la conciencia, Heredia. Por mi culpa estás metido en este embrollo.

—¿Mataste a Osorio?

—Por supuesto que no.

—¿Ocultas a Traverso?

—No.

—¿Atropellaste a Munizaga?

—Tampoco.

—Entonces no tienes culpa de nada, Campbell.

—Te he hecho sudar la gota gorda.

—Ya les haré llegar la cuenta a ti y a Viñas. El problema es que hasta ahora he buscado pistas que se pueden oler, oír o mirar con sentidos normales. Ese ha sido mi error. Las huellas en este asunto hay que buscarlas con el ojo del alma.

QUINTA PARTE

1

El Volkswagen amarillo de Pérez seguía estacionado frente a la plaza principal de San Bernardo. Su ruina era cada vez más evidente y sobre el techo tenía una capa de hojas secas y excrementos de palomas. Temí que Joaquín Pérez hubiera prescindido de su refugio, pero al mirar hacia su interior, en el sillín del conductor, vi una botella de cerveza aún sin abrir que recibía los rayos del sol sobre su coraza de latón.

Mi reloj marcaba las seis de la tarde. Pensé que debía esperar algunas horas antes de ver aparecer a mi antiguo compañero de estudios, y no me equivoqué. Ocho cigarrillos y tres horas más tarde, Joaquín apareció por una esquina de la plaza. Caminaba sin prisa y en sus manos portaba un cambucho de papel del que iba sacando, compulsivamente, pequeños trozos de pan. Antes que subiera al auto lo llamé por su nombre. Sobresaltado, giró la cabeza y al reconocermelo emitió un suspiro de alivio, como si acabara de librarse de las garras de un asaltante.

—Te quedó gustando San Bernardo —dijo, festivo.

—No tanto como a ti, Joaquín. Veo que has establecido rancho.

—Es un lugar tranquilo y nadie reclama por la presencia de mi cádillac. En la Plaza Manuel Rodríguez vivía pendiente de que la grúa municipal no se lo llevara. Pero supongo que no quieres escuchar una disertación sobre las bondades de San Bernardo. ¿Sigues buscando a Traverso?

—Sí, y también a otro de nuestros viejos compañeros, Roberto Osorio. ¿Le has visto últimamente?

Noté un brillo de recelo en los ojos de Pérez y me dispuse a escuchar la que pensaba sería su primera mentira de la noche.

—Hace dos días y en una situación bastante extraña. Un día antes de la cita recibí

una carta de Traverso. En ella decía que el dinero que me adeudaba sería pagado por Osorio y que para eso, en hora y fecha que indicaba, debía ir a su oficina. Creí que el maná volvía a caer del cielo, aunque me extrañó que Traverso quisiera reunirme con Roberto. Pero fui a la oficina de Osorio, le mostré la carta y lo noté realmente asombrado. Me dijo que se trataba de una broma, porque hacía tiempo que no veía a Traverso y tampoco sabía nada del pago aludido en la carta.

—En ese instante decidiste recurrir a la violencia.

—¿De qué violencia hablas? Soy incapaz de maltratar a una mosca. Reconozco que perdí el control y le dije que trataba de engañarme. Se rió de mi idea y con razón. Doscientos mil pesos no significan nada para él. Me calmé y tratamos de encontrar al responsable de la broma. Fue inútil. Al final, Osorio me pasó cincuenta mil pesos, en calidad de préstamo, y además, me citó para la próxima semana. Al parecer con los años se le ablandó el corazón. Dijo que podía trabajar con él, ayudándolo con sus trámites en tribunales. ¿Qué más quieres que te diga? Salí contento y optimista de la oficina, lo que no es poco considerando las cosas que me han tocado vivir en el último tiempo.

—La historia es buena y tu optimismo me convence.

—¿De qué te convence?

—Tú no mataste a Osorio.

—¿Osorio está muerto? No embromes. Con esas cosas no se juega, Heredia.

—Lo mataron con una sobredosis de tranquilizantes.

—¡No puede ser!

—Un método rebuscado, pero eficaz.

—Del que carezco de conocimientos.

—Ese es un punto a tu favor. Sin embargo, no basta con mi absolución. En algún momento, cuando estabas en la oficina de Osorio, dejaste caer una tarjeta de visita y una carta. Los tiras tienen tu nombre y te buscan. Consigue un buen abogado, porque lo vas a necesitar.

Pérez, abatido, apoyó la cabeza sobre el volante.

—Así no puedo seguir, Heredia. Sin familia, sin trabajo, sin casa y más encima sospechoso de un crimen que no cometí.

—Ya tocaste fondo; de aquí en adelante sólo puedes ir de subida.

—He escuchado mejores consejos.

Saqué la petaca de pisco que llevaba en la chaqueta y se la ofrecí.

—Me hacía falta —dijo después de beber un trago.

—Cuéntale tu historia a la policía y no la cambies en ningún momento. Es la única manera de convencerlos de que dices la verdad.

Joaquín bebió otro trago de pisco y se quedó viendo hacia la calle, como si en medio de la oscuridad hubiera reconocido la aureola de un ángel.

—Daría cualquier cosa por volver a vivir aquel primer año en la universidad. Tenía la impresión de que todo estaba a nuestro alcance, que nos bastaba un pequeño

esfuerzo para tocar el cielo con las manos. Y cómo nos divertíamos en las clases, las fiestas, en cada una de esas horas que perdíamos conversando en el casino.

—Reíamos porque conservábamos los últimos restos de nuestra inocencia. El horror nos rodeaba y la única diferencia entre uno u otro integrante del grupo fue que algunos se dieron cuenta de lo que pasaba y optaron por decir no, cuando la prudencia aconsejaba callar y resignarse al uso de máscaras. Pablo Durán no se resignó y al poco tiempo le pasaron la cuenta.

—Me costó entender lo que pasaba. Sentía que los discursos políticos eran una cosa distante con la cual no podía tener ninguna relación. Recuerdo que cuando pasó lo de Durán se lo conté a mi padre y él me aconsejó no decir nada al respecto en la universidad y cambiar de amigos. Le hice caso y más tarde me aturdí con el éxito. Lo irónico es que ahora mis únicos recuerdos amables pertenecen a ese tiempo.

—No eres el único que deambula herido.

—Pero yo dejé que el dolor ajeno pasara por mi lado, sin hacer nada. Opté por lo más fácil, la indiferencia.

Joaquín guardó silencio y yo lo imité durante algunos minutos.

—Tendrás otras oportunidades —le dije finalmente.

—¿Tú crees?

—Hoy es uno de esos días en los que no quiero pensar en los errores ajenos —dije al tiempo que tomaba la petaca de pisco que había comprado horas antes y la dejaba en sus manos.

—¿Te vas?

—Ya sabes cómo tratar a los policías, y si mañana o pasado necesitas conversar con alguien, recurre a la dirección de mi oficina.

—Iré cuando las cosas mejoren.

Salí del auto. La plaza seguía en calma y tras de unos arbustos vi a unos estudiantes que se besaban con entusiasmo. El chico y la chica vestían sus uniformes de liceo. Eran felices, tenían todo el tiempo del mundo por delante y seguramente les importaba poco la historia que Joaquín y yo arrastrábamos en nuestras memorias. Encendí un cigarrillo y cuando caminaba hacia una de las esquinas de la plaza oí el ruido de un motor que arrancaba con dificultad. Miré a mis espaldas y vi que el Volkswagen amarillo de Joaquín Pérez se alejaba lentamente de la plaza que lo había cobijado hasta unos segundos atrás.

En el departamento había luz y Simenon vigilaba junto a la entrada, sentado en el felpudo, serio, como un guardia del Palacio de Buckingham. Dos señales inequívocas de que a esa hora de la noche alguien extraño se hallaba en el departamento. Me agaché junto al gato y mientras lo acariciaba con una mano, con la otra palpé el bulto de la pistola. Luego abrí lentamente la puerta y avancé hacia el interior del departamento. En la oficina no había nadie y cada uno de sus objetos estaban en el lugar de costumbre.

Me detuve junto al escritorio y en ese momento oí unos ruidos provenientes de la oficina y en el aire sentí el aroma de un perfume conocido. La memoria hizo su juego y di los pasos que necesitaba para llegar hasta el origen de los ruidos.

—No te oí llegar —dijo Manuela al verme de pie junto a la puerta de la cocina—. Casi había perdido la esperanza de verte esta noche.

—Hablas como una novia gruñona.

—Salí temprano del trabajo y necesitaba conversar con alguien. Pero sólo encontré a tu gato, al que hoy parece que no le simpatizo, porque cada vez que trato de acariciarlo pone mala cara y sale corriendo.

—El gato se llama Simenon y suele ser tan arisco como su amo.

Manuela se acercó a mi lado y antes de que consiguiera acurrucarse entre mis brazos, la contuve con mis manos y evité el contacto de su boca.

—¿Qué sucede? La otra noche estabas más cariñoso —protestó.

—Vi luz en el departamento y me puse nervioso. Temí que fuera alguna visita molesta.

—¿Otra vez en problemas? ¿Quieres contarme lo que sucede?

—Cuanto menos sepas, mejor.

Manuela retrocedió unos pasos, quedó frente a la cocina y tomando una tetera, vertió agua en dos tazas. Bebimos el café en la oficina, casi sin decimos nada, escuchando el paso de los pocos vehículos que a esa hora transitaban por la calle Bandera. Ella parecía preocupada y yo, ayudado por el silencio, pensaba en otras noches similares, con Griseta a mi lado, leyendo poemas de Teillier y Benedetti o escuchando canciones de Serrat. Recordé la carta de Griseta, miré de reojo a Manuela y comprendí que con ella no podría repetir la magia.

—¿Qué pasa? Parece que estás en otra parte —dijo Manuela.

—Añoraba a una muchacha que años atrás ocupaba la misma silla donde ahora estás tú. Ayer recibí una carta de ella.

—Entiendo —dijo Manuela. Su voz tenía el inconfundible tono de la tristeza—. Después de todo, nosotros sólo nos hemos visto un par de veces. ¿Vas a buscar a esa mujer?

—No. Pero, siempre es mejor decir la verdad sobre lo que uno siente.

—¿Quieres que me quede esta noche?

No le respondí. Manuela se puso de pie, tomó su cartera que colgaba del respaldo de una silla y sin mirarme caminó hacia la puerta.

—Llegué a pensar... —comenzó a decir y enseguida se quedó en silencio.

—Nunca hablamos de algo especial entre los dos.

Manuela abrió la puerta y sin decir nada más, salió del departamento.

—Unas lágrimas y la habrías dejado quedarse —creí oír decir a Simenon—. Tu caparazón recubre un corazón de flan. Has hecho bien. Tú y esa muchacha no tenían futuro.

—El viejo juego de cambiar lo probable por lo imposible. Y todo por una carta. Una vez lo intentamos y fue un fracaso. Después salí en su búsqueda y ella no quiso regresar. ¿Por qué ahora tendría que ser diferente? Mal que mal, la soledad es un negocio que siempre da utilidades: Horas tristes, camas frías, un espejo para mí solo, silencio en abundancia y docenas de parques donde nadie me espera.

—¿Te gustaría que regresara?

—Y volver a estar juntos los tres. Salvo que decidas traer otra camada de siete hijos, como esa última que demoré dos meses en regalar. ¡Olvídalo! Definitivamente, no. Ahora me preocupa un fantasma que evita mostrar sus uñas. Detrás de la muerte de Osorio hay un entramado que alguien ideó minuciosamente. Si descubro el motivo tendré al culpable agarrado de las orejas. Ese es el punto y por lo tanto, no hay más alternativa que investigar.

3

Al día siguiente mi intención de investigar no llegó muy lejos. Poseía la voluntad para hacerlo pero carecía de un derrotero que me permitiera obtener algún éxito y no seguir dando palos de ciego que sólo servían para aumentar mi colección de dudas. Algo, que parecía estar en el aire o en el cielo extrañamente azul y limpio de esa mañana, me decía que más temprano que tarde, la vieja fórmula del sudor y la suerte rendiría sus frutos. Sudar ya lo había hecho y entonces quedaba esperar que la suerte se hiciera presente.

Desayuné con Simenon y mientras compartíamos una paila de huevos revueltos, escuchamos una cinta de Goyeneche que había adquirido en el mercado persa de Franklin, a un gordo que vendía casetes piratas, colonias falsificadas y libros que mandaba a robar a las librerías existentes en los centros comerciales del barrio alto. El tipo sabía de música, recordaba los nombres de cantantes y compositores, fechas de grabaciones, pero tenía la manía de promocionar los discos de Yaco Monti, un meloso intérprete argentino al que no soportaba ni aun cuando me encontraba

borracho.

Campbell llegó cuando bebía mi segunda taza de café. Esa mañana el periodista vestía camisa roja y una corbata negra que tenía estampado el rostro de Marilyn Monroe. Saludó con su alegría de costumbre y antes de sentarse, cogió un trozo de pan y raspó los últimos restos de huevo que quedaban en la paila.

—Me encantan los huevos revueltos —dijo, al tiempo que insistía en el raspado.

—¿Se puede saber el motivo de tu alegría? —le pregunté.

—Llegó un nuevo correo electrónico de Roth. Está dirigido a tu nombre y dice: «Por el recuerdo de una noche de bohemia santiaguina te puedo decir que Benton trabaja en un caso relacionado con el chileno Andrés Traverso. ¿Sabes quién es?».

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. ¿Te sugiere algo?

—En su correo anterior, Roth dijo que Benton trabaja en la Central de Inteligencia Americana. ¿Por qué la CIA anda tras los pasos de Traverso?

—Creí que tendrías una respuesta —dijo Campbell. Su rostro había perdido la sonrisa de unos minutos atrás, y se veía serio, atravesado por una mueca desencantada.

—Lo único en lo que se me ocurre pensar es en ese asunto de armas en el que participó Traverso. No obstante me parece irrelevante como para movilizar a un agente especial.

—Serón te contó de Traverso y el asunto de las armas. Tal vez el viejo no te dijo todo lo que sabía.

—Serón siempre ha sido derecho conmigo.

Campbell encendió un cigarrillo y durante unos minutos se paseó por la oficina, sin decir nada.

—Otra posibilidad es que requieran de su ayuda —agregó finalmente—. Traverso conoce la identidad de mucha gente que trabajó en la resistencia armada durante la dictadura. Esa gente puede estar actuando en otros países, en la guerrilla colombiana, en el Perú o en el sur de Chile, junto a los mapuches que defienden su legítimo derecho a la tierra que habitan.

—Traverso no calza en ese cuento.

—Estás hablando de un Traverso al que conociste hace más de veinte años. Desde entonces todos hemos cambiado.

—Si Benton quisiera la ayuda de Traverso, lo lógico es que se hubieran puesto de acuerdo para reunirse en Santiago; y si así fuera, qué sentido tiene que Andrés desapareciera en los mismos días en que debían encontrarse. Salvo que Traverso no quiera cooperar.

—No ganamos nada con especular, Heredia. El problema es saber dónde se encuentra. Si consigues saber eso, las respuestas llegarán solas.

—Tengo la impresión de que varias personas han mentido desde el principio en este lío, empezando por tu amigo, Viñas. Creo que él sabe más de lo que nos ha

dicho.

—Yo no diría eso sin tener pruebas —dijo Campbell, imprimiendo un tono grave a su voz—. Conozco a Viñas desde hace mucho tiempo y te aseguro que es honesto, fiel a lo que postula.

—Que un político mienta me parece una suposición razonable. Pero no te alteres ni preocupes, puedo ayudar a reunir dinero para la estatua de Viñas.

—No es mi intención discutir, Heredia. El correo de Roth nos plantea nuevas preguntas por responder.

—Son las mismas del principio —dije, y luego de una pausa, agregué—: Necesito reunirme con Viñas, a la brevedad.

—A esta hora está viajando a Calama, a una reunión con dirigentes de los sindicatos mineros. Regresará a Santiago en dos o tres días más. Si quieres preguntarle algo, te puedo dar el número de su teléfono celular.

—Prefiero ver su rostro cuando le haga mis preguntas.

—Creo que estás un poco confundido, Heredia.

—¿Quién no está confundido en estos tiempos?

—Apenas pueda, arreglaré la cita con Viñas; aunque sólo sea un nuevo palo de ciego —dijo Campbell, y luego se despidió, dejando tras de sí el eco de un portazo.

—¿Por qué no te dedicas a otra cosa? —preguntó Simenon que había seguido atentamente la conversación con Campbell—. Un oficio tranquilo, con jornada de siete horas al día y fines de semanas libres para dedicarlos al cine o al fútbol. Un oficio que no demande pensar demasiado; sólo ejecutar actos mecánicos, timbrar papeles o engomar sobres.

Dejé la pregunta en el aire y tomé el teléfono para llamar a Franklin Serón y comentar con él mis ideas sobre las posibles andanzas de Traverso y Benton.

—¿No te enseñaron modales en el orfanato? —dijo Serón, con falsa molestia—. Por lo menos podrías tener una elemental norma de cortesía y preguntar por mi salud.

—¿Desde cuándo le preocupan las cortesías, Maestro?

—Desde que me convertí en jubilado. Ya no hay respeto por nada ni nadie. Ayer fui a la oficina y el jefe me dijo que, sin perjuicio de que mi jubilación se decretaba en unos meses más, no era necesario que fuera a la oficina. Tiene todo el tiempo para usted, agregó el cabrón. Pero quién quiere tiempo cuando no se tiene nada que hacer. El mundo está gobernado por pendejos que creen ver bajo el agua y apenas saben limpiarse los mocos. Pero se va a arrepentir, y en una semana más estará pidiendo consejos. ¡Patadas en el culo le voy a dar!

—Siempre voy a respetar sus conocimientos, Maestro. Hasta podríamos trabajar juntos.

—Ese tonito zalamero no va contigo, Heredia. Deja esas babosidades para decirlas el día que me entierren. ¿Trabajar juntos? Te lo ofrecí cuando tenía algún sentido. ¿Qué crees? Que voy a perder mi tiempo por las cuatro chauchas que te pagan tus clientes. El viejo Serón quedó fuera del juego, eso es todo. Y no existe un

sólo pendejo al que eso le importe.

—A mí me importa.

—Lo dices porque quieres que te ayude a resolver el entuerto en que estás metido. No me engañas, Heredia.

—Si eso piensa, no le voy a rebatir sus argumentos —dije y luego de una pausa en la que aguardé la réplica de Serón, añadí—: ¿Qué piensa de lo que le dije sobre Traverso?

—Nada, no pienso nada. Soy un viejo cabrón y borracho, como le dijo mi jefe a su secretaria el día que llegó a hacerse cargo de la oficina.

—Ser borracho es una filosofía de vida.

—No me dores la píldora con pendejadas, muchacho.

—¿Es posible que Traverso tenga relaciones con la Cía? —insistí.

—Pregúntaselo a su madre.

—Voy a empezar a creer que usted es un viejo cabrón.

—Traverso no está para peleas de perros grandes.

—¿Entonces, qué pasa con él?

—¿Cómo puedo saberlo? Si quieres sacar conejos de un sombrero recurre a Mandrake El Mago —dijo Serón y cortó la llamada.

—El día que me ponga así, avísame —le dije a Simenon, que estaba tendido sobre el escritorio, aprovechando los rayos de sol que entraban por la ventana—. Será el momento de recluirme en un asilo o vivir en una isla donde no le joda la vida a nadie. En fin, paciencia. Serón tiene un genio difícil y más de alguna idea que me ayudaría a resolver el caso. La suerte no me da una mano. Abro y abro ventanas y sigo viendo el mismo muro negro.

—Mejor preocúpate del almuerzo. Cuando cocinas tienes buenas ideas y te tranquilizas. ¿Qué tal si preparas tallarines con albóndigas, o remeta a la plancha, con mantequilla y eneldo?

—¿Qué te parece si abro una lata de jurel tipo salmón?

—Tu sentido del humor es detestable, Heredia. Voy a ver qué están guisando en el vecindario —dijo Simenon, al tiempo que bajaba del escritorio, con un salto ágil y elegante.

4

Ni lo uno ni lo otro. No cociné para Simenon ni abrí el tarro de jurel que había

causado la ira del gato. Sólo gasté un par de horas en hojear algunos libros y en releer un cuento de Juan Carlos Onetti titulado: «El infierno tan temido». Después, cuando sentí los reclamos de mi estómago, bajé a la calle y caminé hasta La Vega, donde comí una cazuela, acompañada de vino blanco y un trozo de melón. Cuando deseo encontrar un sentido para mis pasos, suelo caminar por los pasillos de La Vega, observando los puestos donde venden frutas, pescados, artesanías de mimbre y quesos. La vida que recorre esos pasillos se anida en mi interior y me da entusiasmo. Disfruto observando a la gente; a los vendedores que vocean sus productos a voz en cuello y derrochan ingenio para saludar o atraer a sus clientas. A los cantantes populares que entonan rancheras y boleros; a los muchachos de aspecto sucio que ofrecen el servicio de sus carros de madera para trasladar las compras; a la vida, en definitiva, que transita por los rincones, cruel y festiva al mismo tiempo. En ocasiones entro a alguno de los bares que rodean La Vega y converso con sus maltrechos clientes: cargadores, mendigos, borrachos ya sin vuelta, vendedores ambulantes y prostitutas envejecidas a las que ya han expulsado de todos los burdeles. Los escucho y aprendo de ellos como, a pesar de los pesares, siempre se puede hacer un guiño cómplice a la vida.

Y aquella tarde no fue diferente. Caminé hasta sentir que mis piernas necesitaban descanso, y luego, dispuesto a olvidar el asunto de Traverso por esa tarde, emprendí el regreso a mi departamento, con la intención de seguir con las lecturas del mediodía. Pero apenas puse los pies en la oficina, supe que aún no llegaba el tiempo de holgazanear.

Junto al escritorio, ocupando mi sillón, estaba un hombre alto y rubio. Vestía un fino terno azul y sonreía con la hipócrita complacencia de un vendedor.

—Asiento, está en su casa —dije, pero él no captó la ironía de mis palabras.

—He venido a darle algunas explicaciones, señor Heredia. Mi nombre es Paul Benton.

Hablaba un castellano correcto, casi sin acento extranjero y con la modulación de un aplicado alumno de idiomas.

—¿Y sus matones? ¿Los dio de baja o están esperando en otra habitación?

—Le ruego que disculpe a mis ayudantes. Olvide lo que pasó. Quiero dialogar con usted, señor Heredia.

—Bien dicen que cada persona construye la realidad a su antojo.

—En cualquier caso, mis colegas tienen más razones para quejarse. Usted sabe dañar con sus puños.

—Y más le vale que no lo olvide.

—Si quisiera usar métodos violentos no estaría escuchando sus palabras. Usted y yo tenemos algo en común: Queremos encontrar a Traverso. Y en cuanto a los motivos, los suyos no me interesan y los míos se relacionan a cierta información que deseamos obtener de él. Antecedentes relacionados con grupos terroristas. Traverso conoce del tema y según sabemos, estaría dispuesto a colaborar.

—Tengo la impresión de que hablamos de dos personas diferentes. Y también que usted intenta venderme un cuento para bobos.

—Si nos ayuda le daremos una buena recompensa.

—Su dinero me interesa tanto como una carretillada de bosta.

—Diez mil dólares, Heredia.

—Bonita suma. Pero no cuente conmigo.

—¿Qué puedo hacer para convencerlo?

—Decir la verdad. ¿Por qué quiere encontrar a Traverso?

—Ya se lo dije. Puedo darle más antecedentes, pero antes dígame en que punto está su investigación. ¿Sabe dónde está Traverso?

—La tierra se tragó a Traverso —dijo y enseguida, con la idea de negociar alguna otra información, le conté lo sucedido con Osorio y de la posibilidad que los asesinos del abogado tuvieran secuestrado a Traverso.

El hombre me miró a los ojos y por un instante sentí que escarbaban dentro de ellos con una ganzúa.

—El asesino de Osorio fue un abogado llamado Joaquín Pérez —dijo Benton.

—Si eso le dijeron los policías, usted y ellos están equivocados. La presencia de Pérez en la oficina de Osorio fue un accidente, o mejor dicho, un accidente provocado por una supuesta carta de Traverso.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, interesado.

—Ayer hablé con Pérez.

—Veo que va dos o tres pasos más adelante que la policía —dijo, y luego de una pausa que aprovechó para recorrer la oficina con la mirada—. ¿No me engaña?

—Estoy diciendo la verdad.

—Aunque no quiera trabajar para mí, su información ha sido muy útil. Avíseme cuando encuentre a Traverso y lo recompensaré —dijo, al tiempo que dejaba una tarjeta encima del escritorio.

—No colaboro con mentirosos.

—¿Por qué lo dice?

—Usted no es Paul Benton —dije, y sacando de mi chaqueta el portadocumentos que había encontrado en la chaqueta de uno de los hombres que me habían atacado, la arrojé a los pies del extraño—. Su amigo, el que de verdad se llama Benton, es algo distraído y dejó sus documentos en la calle.

El hombre se inclinó, recogió el portadocumento y lo examinó detenidamente.

—Todo está en su sitio, salvo cuatrocientos dólares que me tomé la libertad de regalar a una mariposa del barrio. ¿Y ahora, me dirá su verdadero nombre?

—Le concederé un pequeño triunfo. Me llamo Frank Drake.

—Ahora falta que me diga por qué quiere encontrar a Traverso.

—Si lo encuentra entenderá nuestras razones, Heredia. De lo contrario, carece de sentido que sepa nada.

—No puedo dedicarle más tiempo, estoy en la hora de mis oraciones —le dije

indicando la puerta de la oficina.

—No olvide mi propuesta —dijo Drake, imperturbable, como un diestro jugador de póquer.

—Adiós Drake. Mis saludos a Benton y su amigote.

—Seguiremos sus pasos, Heredia. Uno a uno.

—Haga lo que quiera, Drake. Dicen que vivimos en un país libre y que cualquiera puede ir a donde se le antoje.

5

Marqué el número telefónico de Campbell y por quinta vez en las dos últimas horas me respondió su contestador, diciendo que el periodista regresaba en treinta minutos y que si deseaba dejar un mensaje debía esperar que terminara el fragmento de una canción de Julio Iglesias que Marcos había grabado con la secreta intención de ahuyentar a sus acreedores.

Por quinta vez maldije a Campbell y volví a decir a su grabadora que deseaba conversar urgente con él. Sólo eso, porque los detalles del encuentro con Drake y las inquietudes que me asediaban desde su despedida, no eran cosas para grabar ni resumir en dos minutos. Cada vez que me veía obligado a dejar un recado en un contestador sentía mis sentimientos paralizados, temeroso de que mis palabras llegaran a oídos extraños o que en algún lugar de la ciudad, un ente mitad hombre y mitad máquina, archivara los mensajes grabados en las máquinas contestadoras, las conversaciones telefónicas, los correos electrónicos enviados al ciberespacio. Y tal vez mis aprensiones no eran injustificadas, y en algún lugar funcionaba un engendro que estaba al tanto de los mensajes de quienes registraban su nombre en un sistema computacional.

Necesitaba discutir con Campbell una estrategia razonable por si llegaba la ocasión de enfrentar a Drake y los suyos. Y mientras esperaba comunicarme con él, dos preguntas daban vueltas en mis pensamientos: ¿Por qué tanto interés en Traverso? ¿El Traverso que buscaba Drake era él mismo que yo conocía? Porque si eran los mismos no quedaba más que reconocer que los años no habían pasado en vano y que efectivamente Andrés era una persona distinta a la que había conocido en la universidad. En más de veinte años todos habíamos cambiado y probablemente, si llegaba a encontrarme con Traverso, él también tendría la sensación de estar frente a un desconocido y le sería difícil imaginarme ejerciendo el oficio de investigador

privado.

Primero el timbre del teléfono y luego la voz aguardentosa de Franklin Serón me apartaron de mis inútiles divagaciones.

—¿Cómo estás, muchacho? —preguntó, pausadamente, como si midiera el efecto de cada una de sus palabras.

—Su llamada cae del cielo, Maestro. Tuve la visita de un fulano que está interesado en ubicar a Traverso y quisiera compartir con usted lo que él me dijo.

—La otra tarde fui grosero contigo. Estuve pensando en lo que te dije y decidí llamar para ofrecerte una disculpa e invitarte a mi casa. Ahora que me han pasado a retiro no tiene sentido que mantenga tanto secreto. Y además, confío en tu reserva. Puedes venir a la hora que quieras.

Serón vivía en la comuna de Ñuñoa, en un pasaje de apenas dos cuadras de extensión en cuyas veredas crecían frondosos castaños y plátanos orientales. No me resultó fácil ubicar su casa, ya que se encontraba entre calles de nombres poco usuales y alejadas de las avenidas más transitadas. Deduje que esa era una de las razones de Serón para vivir en ese lugar. Su casa era de un piso, pintada de color blanco y sus paredes estaban cubiertas de enredaderas que crecían hasta tocar las rojizas tejas del techo. La rodeaba un muro que en su parte superior tenía numerosos trozos de vidrios destinados a impedir el acceso de los extraños.

Presioné el timbre ubicado a un costado del portón metálico que permitía entrar a la casa, y pasado algunos segundos, escuché la voz de Serón. Le dije mi nombre y de inmediato oí que se abría la cerradura eléctrica. Traspuesto el portón, caminé por un camino pavimentado, rodeado de plantas y malezas que crecían en perfecto desorden.

Serón aguardaba a la entrada de la casa. Su aspecto estaba descuidado. No llevaba su habitual corbata roja y en reemplazo de sus zapatos habitualmente negros y brillantes, calzaba unas pantuflas andrajosas.

—Bienvenido a este templo de la soledad —dijo a modo de saludo. Estreché la mano que me ofreció y lentamente, como si estuviera pisando un sendero pantanoso, entré a una habitación que en una situación normal debía corresponder a un living comedor, y que estaba convertida en una sala oscura, en cuyas paredes se alineaban infinidad de archivadores y cajas. Al medio de la sala, a semejanza de una pequeña isla, había un escritorio de madera y dos sillones enfrentados entre sí.

Sobre el escritorio divisé dos vasos y una botella de Black and White.

—Solía estar ordenado y limpio —dijo Serón, adivinando mis pensamientos—. Pero de eso hace mucho tiempo, antes que muriera mi mujer y que mis dos hijos decidieran borrar de sus agendas. Reemplacé el cariño familiar por una infinidad de fichas, fotos, documentos y recortes de prensa relacionados con el acontecer político policial del país. Nómbrame al personaje más insignificante que haya aparecido en la prensa, desde el año 1950 en adelante, y te podré mostrar su carpeta. También hay una que lleva tu apellido y tu horrible nombre. Si recorres las otras piezas encontrarás una buena cantidad de libros, revistas, panfletos y opúsculos

políticos. Todos con sus correspondientes fichas y comentarios.

Me acerqué al estante identificado con la letra C, y leí algunos de los nombres escritos en las carpetas ordenadas en él: Contreras, Corvalán, Correa, Cottet, Carmona, Coloma, Cáceres, Cademártori, Céspedes.

—He ocupado muchas horas de mi vida en esto —dijo Serón—. Diarios, revistas, chismes, apreciaciones personales. Este archivo ha sido mi arma predilecta en un país que se caracteriza por la mala memoria y por ocultar el polvo bajo las alfombras. ¿Qué te parece?

—Me inclino ante su sabiduría, Maestro.

—Déjate de pendejadas. Quiero que sepas en qué he ocupado cada una de mis horas y por qué me duele tanto quedar fuera de carrera. Pero no importa, llegará el momento en que los burócratas reconozcan el valor de mis archivos.

Se sirvió un trago de Black and White y lo bebió de prisa, antes de ocupar uno de los sillones ubicados junto al escritorio.

—¿Qué pasa con la visita que mencionaste por el teléfono? —preguntó, y enseguida le conté detalladamente la conversación sostenida con Drake.

—Si la Cía anda detrás de Traverso significa que tu amigo no es la plácida paloma que aparenta ser. En su historial debe haber algo más que ese asunto de las armas que te mencioné días atrás.

—Usted debería saberlo.

—Desconozco las intenciones de Traverso. Sólo puedo pensar en cierta información que circuló hace unos años. Se decía que las armas internadas por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez no fueron todas las que se descubrieron en la zona de Carrizal Bajo. Al parecer había más y nadie ha podido saber dónde están. De ser así, no sería extraño que la CIA quisiera averiguar el destino de esas armas.

—Sigo pensando que Traverso no encaja en un asunto de tales características.

—Tienes que ubicar a Traverso lo antes posible. Si la Cía se anticipa es probable que nunca llegues a conversar otra vez con tu amigo ni a saber la razón de su desaparición.

Serón se puso de pie y caminó por la sala hasta detenerse frente a uno de los estantes ubicados a espaldas del escritorio. Tomó algunas carpetas, revisó sus contenidos y volvió a dejarlas en sus sitios.

—Parece muy seguro de lo que dice, Serón.

—¿Leíste el manual que te pasé el otro día? —preguntó.

—No.

—Deberías hacer caso a los consejos de los viejos. Es un texto interesante y que da muchas luces respecto al trabajo de los norteamericanos. Para ti no debe ser un misterio que ellos infiltran agentes en los movimientos y partidos políticos latinoamericanos. Fuentes, les llaman. Implantan informadores en sindicatos, universidades, centros culturales, empresas. Donde sea que puedan obtener información estratégica para sus intereses. En Chile, a partir del año setenta,

sembraron dólares y agentes por todas partes. Y después hubo que financiar la oposición contra Allende, las cacerolas nuevas que golpeaban las viejas pitucas de Las Condes, y los camiones de Vilarín.

—Resuma, Maestro. Esa historia la conozco.

—¿Qué crees que pasa con un agente que no desea seguir prestando sus servicios? Si la causa que maneja el agente no es conflictiva desarrollan un plan de separación y el tipo desaparece paulatinamente, sin llamar la atención. En cambio, si el agente ha cometido algunos errores o los extorsiona, emplean otros métodos, como involucrarlo en algún delito grave o simplemente lo eliminan. El camino al cielo está plagado de asesinatos inexplicables. Debes leer el manual. Sirve para perder la ingenuidad.

—Si usted insiste, lo haré —dije, sin mucho entusiasmo.

—Sírrete un trago, muchacho. Te noto desanimado.

—Estábamos hablando de Traverso y usted cambió de tema.

—El otro día andaba paseando por el Paseo Ahumada y me detuve a escuchar a un grupo de evangélicos. Eran unos tipos latosos, pero a uno de ellos le oí unas palabras que me gustaron. No me pidas una cita textual a estas horas de la noche, pero decía algo así como: «el que tenga oídos que escuche, y el que pueda, que entienda».

—Temo que el whisky le ablandó el seso, maestro —dije, y me quedé viendo a Serón que se había sentado en uno de los sillones y comenzaba a tener dificultades para hilvanar sus frases.

—Te he dicho lo que sé y tú no deberías echarlo en un saco roto. Estoy borracho, pero aun así te puedo enseñar unas cuantas verdades. Por eso te llamé y te invité a mi casa.

—Se lo agradezco, pero no sé si esa es la ayuda que ando buscando.

—¿Quieres ayuda? ¿Todavía me ofreces trabajar contigo? Podría ir a tu oficina, una o dos tardes a la semana, según la necesidad. Soy un viejo cocodrilo que te puede ayudar en muchas cosas.

—Cuando quiera, Maestro. Siempre será bienvenido en mis dominios. En una de esas hasta ganamos plata. Ahora, ¿podemos retomar el tema de Traverso?

—Ya te dije todo lo que pienso al respecto; y te repito, por última vez: el que tenga oídos que escuche, y el que pueda, que entienda. Ahora, sírveme otra copa.

Estaba acostado sobre mi cama, acariciado por la almohada de costumbre, pero no podía recordar a qué hora ni cómo había regresado al departamento. Recordaba a Serón dormido sobre su sillón y también en sus estantes la carpeta que contenía mis antecedentes. Nada de qué asombrarse. Mi supuesta edad, información de mis estudios, probable filiación política, mi amistad con Dagoberto Solís, algunas muertes de las cuales podía ser responsable y un listado de investigaciones en las que participé alguna vez, relacionadas con el juez Cavens, un periodista asesinado en el Hotel Comet, Caicheo, un abogado al que habían destripado en Punta Arenas, y Laura Suárez, la azafata a la que conocí en una noche de vagabundeo por la ciudad.

Simenon jugaba a mover mi oreja derecha con una de sus patas, y la luz que entraba por la ventana actuaba como una puñalada sobre mi ánimo.

—Tus amistades van a terminar enviándote al hospital o al loquero. Deberías hacerte socio de Alcohólicos Anónimos o comenzar a beber algunos de esos brebajes que se preparan los borrachos hipócritas. Agua tónica con limón, jugo de tomate con caldo de res. Pócimas de ese tipo, ¿me entiendes? —oí decir a Simenon.

—¿Puedes callarte por algunos segundos?

—Trato de que vuelvas a la vida y a tu trabajo.

—¿Desde cuándo te interesa mi trabajo?

—Desde que tienes esa maldita idea dando vueltas en tus pensamientos.

—¿Qué idea?

—El destino de Traverso. Necesitas ponerte una camisa limpia y beber los dos litros de agua que te aconsejó el médico para botar las impurezas. Y también necesitas un buen desayuno.

—¿Qué haría sin ti, Simenon?

—Soy la poca conciencia que sobrevive dentro de tu dura cabeza.

—Quiero volver a conversar con Érika Véliz. Dos o tres preguntas, nada más.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. La camisa limpia y el desayuno.

Érika Véliz estaba almorzando cuando llegué a su departamento. Me hizo pasar al comedor y me ofreció compartir una ensalada de lechuga, tomate, aceitunas y trozos de atún. Acepté la invitación sin pensarlo dos veces.

—¿Tiene alguna novedad respecto a Andrés? —preguntó.

—Ninguna. ¿Y usted?

—Nada —dijo, y sin una razón que lo justificara, pensé que la doctora ocultaba algo y que sería un hueso duro de roer llegar a descubrirlo.

—El asunto se complica. Ahora hay otra gente buscando a Traverso.

—¿Otra gente? —preguntó alarmada.

—¿Seguro que no sabe nada nuevo sobre Andrés? —insistí.

—Ya le dije que no —respondió Érika Véliz, evitando mi mirada—. ¿De qué gente está hablando?

—¿Usted siempre estuvo al tanto de lo que hacía Andrés? —pregunté, sin hacer caso a su última interrogante.

—Sí, dentro de lo que me era permitido saber.

—Eso es muy vago.

—En tareas clandestinas existe una regla de oro: Cuando menos se sabe, más seguridad hay para uno y los demás.

—El trabajo clandestino terminó hace más de diez años.

—Los métodos de trabajo se mantienen. Simple precaución para no mostrar las cartas ni cometer los mismos errores de antaño que llevaron a la muerte a muchos de nuestros dirigentes.

—En tal caso, Andrés podría engañarla y usted no lo sabría.

La posibilidad de un engaño pareció remover un nervio interior de la mujer. Dejó de comer y por un instante miró por la ventana que daba hacia una plazoleta. Había descubierto una herida y decidí removerla sin asco.

—Sé que miente y que sabe algo sobre Andrés que no me ha querido contar.

—¿Cómo se atreve a tratarme de mentirosa? Lo puedo echar de mi casa.

—Pero no lo hará. Quiere encontrar a Traverso y sabe que yo puedo ayudarla. Incluso, hasta es posible que usted haya convencido a Domingo Viñas de contratarme.

Érika Véliz me miró de frente y en sus ojos vi asomarse unas lágrimas. Luego, sin decir nada, se puso de pie y se dirigió hacia otra habitación del departamento. Cuando regresó traía un sobre amarillo en su mano derecha. Lo dejó encima de la mesa y volvió a sentarse.

—Es una carta de Andrés. Puede leerla, o si prefiere, le hago un resumen de lo esencial.

—Escucharé el resumen.

—Andrés dice que se aburrió de la vida que llevaba, que lo nuestro era una farsa sostenida por la costumbre y que va a intentar hacer otra vida, en otra parte, lejos de todo lo que le recuerde sus actividades políticas, incluyéndome. La he leído cientos de veces y no me convenzo de que sea verdad. Es tan cruel que cuesta reconocer en ella al hombre que creo conocer tan bien.

—Tal vez la escribió otra persona o se la dictaron.

—Está escrita con su letra y sus palabras. Es el tono lo que la hace increíble.

—¿Viñas leyó la carta?

—No.

—Y sin embargo, aceptó iniciar la búsqueda de Andrés.

—Tengo influencia sobre él. Me estima y hace caso de las ideas que le doy. Además, la ausencia de Andrés le preocupa desde el punto de vista de nuestras actividades.

—Eso dijo la vez que conversamos. Y por eso usted no mencionó la carta en mi primera visita. No era necesario puesto que había otra razón por la cual preocuparse de Traverso.

Érika Véliz tomó la carta que había dejado en la mesa y sacándola del sobre,

volvió a leerla. Sentí pena por la soledad que estaba viviendo y por las huellas que ésta comenzaba a dejar en su rostro. Y de pronto también sentí miedo. Si la desaparición de Traverso respondía a un acto voluntario, ¿cómo podía explicar su carta a Joaquín Pérez? ¿Cómo explicar la muerte de Osorio, la foto que había dejado en la pensión, la búsqueda emprendida por Drake? Pensé que aún debía descubrir algo más oscuro y que la carta enviada a Érika Véliz era un error de Traverso o una trampa para despistar a quienes desearan dar con él.

—¿Se fijó desde dónde despacharon la carta? —pregunté.

—Tiene un matasellos de Santiago.

—¿Adonde cree que pudo ir?

—Si lo supiera no estaría aquí, Heredia. A él le gusta viajar y por sus actividades políticas lo hizo por muchas partes del mundo. A veces jugábamos a lo que llamábamos el naufrago solitario. Se trataba de decir en qué lugar uno viviría solo, aislado de todas las cosas. Él mencionaba Madrid, ciudad a la que había viajado en cuatro ocasiones y de la que decía amar sus calles, sus casas con flores y balcones, sus plazas enquistadas en cada barrio. Se imaginaba viviendo en un hotel, con todas las horas del día a su disposición para leer en la cama o para caminar por las calles.

—¿Y otros lugares que le gustaran?

—A veces hablaba del desierto y otras de los bosques del sur, en Temuco. Hablaba de hacer una casa en una isla semidesierta y vivir a la manera de Róbinson Crusoe.

—¿Nunca hizo nada para concretar esa idea? Arrendar una casa, comprar alguna propiedad.

—No que yo sepa. Además, no creo que contara con recursos para hacerlo.

—Seguimos sin tener nada concreto.

—Confío en que usted lo encontrará, Heredia. ¿Qué va a hacer ahora?

—Seguir esperando un golpe de suerte o que la liebre se canse de estar escondida y salte. En lo más inmediato, volveré a visitar la pensión de Andrés.

—¿Me avisará si lo encuentra?

—Será la primera en saberlo —mentí.

Doña Fresia me recibió con la misma amabilidad de las visitas anteriores y me hizo pasar al living, donde dos muchachos con aspecto de universitarios seguían la alternativa de un partido de fútbol transmitido por la televisión. Los saludé y me respondieron con una especie de gruñido.

—Nuestro Andresito sigue sin aparecer —dijo la mujer.

—Si no le importa, quisiera revisar de nuevo su habitación.

—No me importa, pero tampoco me gusta que me mientan. Usted no lo busca para devolverle dinero. Usted es policía.

—Se equivoca, señora.

—Soy vieja pero no tonta.

El rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa cómplice, y pensé que sólo por

esa sonrisa merecía escuchar la verdad.

—Soy detective privado —dije, con cierta vergüenza.

—¿Cómo Perry Masón? Antes, cuando en la televisión exhibían buenos programas, no me perdía ningún capítulo de la serie de Perry Masón.

—No soy como Perry Masón. Sucede que...

—Si Andresito hizo algo malo, no quiero saberlo.

—Hasta donde yo sé, no ha hecho nada malo.

—De cualquier modo, no me diga nada y cumpla con su trabajo —dijo la mujer, y al mismo tiempo que me pasaba la llave de la pieza de Traverso, agregó—. Usted conoce el camino.

La pieza de Traverso seguía igual. Ninguno de los muebles y objetos ubicados en su interior había cambiado de posición y la única diferencia con respecto a la última visita, era el olor a humedad que se había impuesto entre las paredes empapeladas de la habitación.

Decidí volver a revisar cada una de las cosas existentes en la pieza y ocupar en ello el tiempo que fuera necesario para hacerlo minuciosamente, sin dejar nada al azar. Empecé con los cuadernos en los que Traverso había registrado los datos y las opiniones que le habían llamado la atención en sus lecturas de la prensa del último año.

Tasas de intereses, índices de cesantía, opiniones de políticos sobre temas como la salud mental, los derechos humanos, el crecimiento agropecuario y la violencia en los estadios. Todo escrito con letra diminuta y ordenada, de colegial aplicado. Información que supuse empleaba en los documentos políticos que debía redactar o como apoyo en sus intervenciones públicas.

Durante dos horas seguí revisando las pertenencias de Traverso. Sus chaquetas, pantalones, camisas. Bolsas con recortes de diarios, los cajones del velador, la cama; cada objeto existente en la habitación. Luego volví a revisar sus libros, y entre el conjunto de novelas, ensayos y poemarios que leía Traverso, me llamó la atención una «Guía de las Aves Chilenas». Era un volumen ajado, en cuyas páginas Andrés había subrayado la información correspondiente a ciertas aves del sur de Chile. Cuando me disponía a devolver el libro a su sitio, cayó de su interior el borrador del poder notarial que había encontrado en la anterior visita, emitido en favor de un abogado de Castro llamado Florencio González Almarza.

El borrador me pareció tan intrascendente como la primera vez que lo tuve en mis manos. Pero luego, al releer la finalidad del escrito, recordé la conversación con Érika Véliz y a semejanza de un niño perdido en el bosque, vislumbré, entre árboles imaginarios, una luz que comenzaba a indicarme el camino. Guardé el borrador y salí de la habitación, convencido de que mis siguientes pasos debían conducirme a buscar ropa gruesa a mi departamento, y enseguida, a subir al primer bus que encontrara disponible en el Terminal Los Héroeos.

Por primera vez desde el inicio de la investigación tenía algo parecido a una pista

y no sólo una frágil intuición.

7

Desperté cuando el bus descendía del transbordador en el que había cruzado el Canal de Chacao junto a dos buses y media docena de automóviles ocupados por turistas que obturaban con ansiedad sus cámaras fotográficas. A través de la ventanilla observé el verde intenso de los árboles chilotes y por un instante maldije la idea que me había llevado a estar lejos de la tranquilidad de mi departamento. Al llegar a la ciudad de Castro, di una vuelta por su plaza rodeada de puestos en los que vendían artesanías y chalecos de lana; entré a su añosa e imponente catedral de madera y después busqué un bar donde beber una copa de vino.

Tres o cuatro años atrás había estado en Castro, investigando la desaparición de un vendedor de cuadros. Un viaje de pocos días que me condujo hasta Queilén, donde, con la ayuda de la policía, descubrí que el hombre que buscaba había sido asesinado por un lugareño, culpable también de la muerte de su padre y de una secretaria que trabajaba en la empresa pesquera del pueblo. El asunto tuvo amplia difusión en la prensa y hasta en un programa de televisión se recogieron las confesiones del asesino.

El bar al que entré tenía un aspecto triste. Su oferta de vinos era despreciable y luego de acodarme en el mesón tuve que resignarme a beber una copa de vino aguachento y de mal sabor.

—¿Turista, el caballero? —me preguntó el mozo que atendía tras el mesón. Era joven, robusto y con una enorme cabeza que parecía sostenerse a duras penas sobre sus hombros.

—Ando en un viaje de negocios y usted me puede ayudar —respondí.

—Usted dirá en qué le puedo servir, caballero.

—Necesito ubicar al abogado Florencio González Almarza.

—Don Florencio, cómo no, es muy conocido el hombre por aquí. ¿Y para qué sería?

Me causó gracia la curiosidad del hombre, pero no le dije nada.

—El hombre tiene oficina a la vuelta de la plaza, frente al Hotel «La Bomba» —agregó el mozo—. De aquí, camina dos cuadras y ya llegó.

—Gracias —le dije y concentré mis energías en beber la copa de vino.

—Si después quiere almorzar, venga para acá. Hoy tenemos curanto en olla,

pejerreyes fritos y empanadas de manzana. También hay chapaleles, milcados y cancato de salmón. La patrona cocina con mano de monja, se lo puedo jurar de rodillas.

—Lo tendré en cuenta.

—Y tenga cuidado con don Florencio, caballero. Dicen que los abogados se crían con el diablo.

Al abogado González lo había criado su madre y de eso hacía mucho tiempo. Era un anciano de aspecto apacible, de baja estatura y cuerpo magro. Vestía un traje negro, algo lustroso por el uso y cubría su calvicie con un bisoñé que parecía haber encogido después de la última lluvia. Me hizo pasar a su oficina y con hablar pausado me explicó que no tenía ningún poder extendido por alguien llamado Andrés Traverso. Sus únicas compras de bienes raíces, en un año de vacas flacas, habían sido por encargo de cuatro clientes: Jerónimo Barría, Pedro Cárdenas, Bastián Dollenz y Gregorio Madsen. Los dos primeros residían en la ciudad de Punta Arenas; eran chilotes que habían emigrado a Magallanes para trabajar en las faenas de las estancias patagónicas, y que luego de ahorrar dinero, deseaban comprar una propiedad en la tierra de sus padres. Dollenz era un arquitecto santiaguino interesado por un terreno en Cucao, y Madsen había comprado una casa y tres hectáreas de terreno en San José, un poblado al que se podía llegar en lancha, desde el pueblo de Queilén.

—Supongo que conoce a todos sus clientes —comenté al abogado.

—A los de Punta Arenas, sí. A los otros, aun no tengo el honor. Mi socio, Virgilio España, conoció al señor Dollenz el año pasado. Es un hombre mayor, que pronto jubilará y desea tener un lugar para retirarse a descansar.

—¿Y Madsen?

—Hace cinco meses me llamó por teléfono. Le informé acerca de los detalles de la compra, manifestó conformidad con el precio y me hizo llegar un poder notarial. Hecho el negocio, le envié la escritura de compraventa y la llave de la casa a una casilla postal en Santiago, hace dos meses —dijo el abogado, con un asomo de desconfianza en su mirada.

—¿No lo conoce?

—No.

—¿Y no le parece rara esa situación?

—En absoluto. En los últimos años hay mucho interés en comprar tierras en Chiloé y tengo a lo menos una docena de clientes a los cuales no conozco. Algunos son extranjeros. Y aunque sea un buen negocio, a veces no deja de inquietarme el hecho de que, poco a poco, los chilotes nos vamos quedando sin nuestras tierras.

—¿Cómo se dio su contacto con Madsen?

—Él estuvo de visita en Chiloé, vio un aviso de ventas de propiedades publicado en el diario local y llegó a conversar a esta oficina, un día en que yo andaba atendiendo asuntos privados en Puerto Montt. Habló con la señora Trujillo, mi secretaria. Después, las consultas, acuerdos y trámites se han hecho por carta. ¿Hay

algún problema con el señor Madsen?

—Ninguno, simple curiosidad —respondí, al tiempo que el nombre de Madsen agujijoneaba mis pensamientos—. Trabajo en un estudio jurídico santiaguino, y al igual que usted, tenemos clientes interesados en adquirir tierras en Chiloé. Uno de ellos conversó con Madsen y el mencionado Traverso, y se informó de la disposición de ambos para vender sus propiedades en Chiloé. Gracias a ese contacto nos enteramos de la existencia de su oficina, señor González.

Tuve la impresión de que el abogado no había creído ni en la mitad de mis palabras, pero que tampoco tenía tiempo para escarbar en los ilógicos fundamentos de mi historia. Tomó una carpeta que tenía sobre su escritorio y le dio una mirada de reojo para alentar el término de nuestra conversación.

—Una vez que llegue a San José, ¿cómo ubico la propiedad de Madsen?

—San José es un lugar donde toda la gente se conoce. Cualquiera de los vecinos al que le consulte sabrá orientarlo. Y si no fuera así, pregunte por las tierras de los Mansilla o hable con la señora Laly, la encargada de la posta médica. No se quiebra un huevo en la isla sin que ella lo sepa.

—Gracias, señor González. Heredia y Asociados le agradece su información —le dije al abogado, tratando de imitar su tono pausado y ceremonioso de hablar. Después me despedí y lo dejé entre sus papeles, preocupado del equilibrio de su bisoñé.

8

Me quedé un día más en Castro, recorriendo sus alrededores y luchando con las ganas de abordar un bus y regresar a Santiago. Sin embargo, al final me dejé vencer por mis intuiciones y viajé a Queilén en un destartalado bus que se puso en marcha sólo cuando estuvo sobrecargado con los bultos y equipajes de una treintena de pasajeros. Durante más de dos horas, el bus avanzó penosamente por un camino de tierra, sinuoso y arisco como la montaña rusa de un parque de entreteniones. Los pasajeros se apretujaban en sus asientos y pasillo, y por momentos, la posibilidad de llegar a destino parecía tan remota como ganar dinero en un casino de juegos.

Queilén poseía la tranquilidad de una tarjeta postal y por sus calles se veían tan pocas personas que por un instante extrañé el ajetreo cotidiano de mis calles santiaguinas, en las que debía abrimme paso a codazos y empujones. Decidí pasar la noche en el pueblo y sin mayores complicaciones ubiqué una hospedería, donde una mujer gorda y amable me reseñó las bondades de su pensión, las que incluían

desayuno y ducha. Dejé mis cosas en la pieza que me asignó y salí a recorrer las dos o tres manzanas en las que se agrupaban las principales tiendas, almacenes y bares del pueblo. Lo demás era un cielo azul y la inmensidad del mar por el que navegaban los botes, rumbo a la Isla Tranqui o a Quellón. Junto a una rampa de cemento miré el movimiento de las chalupas, chatas y lanchones, y el ir y venir de sus pasajeros, todos provistos de paquetes con mercaderías y una considerable cantidad de garrafas de vino.

Al mirar el paisaje sentí que nuevas fuerzas llegaban a mi cuerpo y tenía ánimo para buscar un sitio donde comer y meditar en lo que vendría con el nuevo amanecer. Rehice mis pasos y luego de caminar una cuadra entré a un bar llamado *Melinka*. El sitio se veía animado. Sus diez o doce mesas estaban ocupadas por hombres que guardaron silencio en el momento que entré y me detuve junto a la puerta buscando un destino para mis siguientes pasos. Luego, pasada la curiosidad, y cuando ocupé una de las mesas vacías, el murmullo de los clientes comenzó a crecer hasta convertirse en un ir y venir de frases y risas.

Una muchacha, morena y poco atractiva, se acercó a mi mesa y sin mayor protocolo, preguntó por lo que deseaba consumir.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté y ella, desconcertada, se sonrojó hasta las orejas.

—Carmela —dijo, tímidamente, como si hubiera confesado un grave pecado.

—Bien, Carmela, ¿qué me puedes ofrecer para comer?

—Asado de cordero y papas cocidas —ofreció la muchacha, al tiempo que me miraba de reojo, como si quisiera retener mi imagen para futuros recuerdos.

—Y una botella de chicha de manzana. De la buena —agregué.

Minutos más tarde, mientras arremetía contra el asado, se acercó a la mesa un hombre al que había oído llamar don Selenio y que parecía ser el dueño de la cantina. Sin mediar invitación, ocupó una silla junto a la mesa y comenzó a hablar.

—Andrade —dijo a modo de presentación—. Soy el dueño de este bolichito y como se aprecia a la legua que usted no es de por aquí, me acerco a palabrear un rato. Espero que no le incomode, pero me gusta saber cómo anda la vida más allá de mis cuatro paredes de todos los días.

—Me llamo Heredia y ando de paso, recorriendo.

—Ojalá que lo acompañe el tiempo, porque parece que por la noche tendremos agua —dijo indicando con una de sus manos las nubes que se veían a través de la ventana del bar.

—La lluvia no es algo que me asuste, al contrario.

—Y también puede ser que me equivoque. Este año ha estado seco, lo que es malo para la siembra de papas.

Tomé la botella de chicha e hice el intento de servirle una copa.

—Muchas gracias, señor, pero no bebo. Mi religión me lo impide. Soy evangélico y ya bastante me costará que el Señor me perdone por vender licor a los demás

cristianos. Pero uno qué le va hacer. Heredé el bolichito de mi padre y en algo hay que trabajar.

—Y seguro, que al igual que yo, tiene la maldita costumbre de comer todos los días.

—Así no más es, señor. Hay que comer todos los días y ahorrar algunas monedas para la vejez.

—Usted debe conocer bien a la gente del pueblo.

—A todos y cada uno. Nací y me crié en este lugar. Y si es de ser franco con usted, aquí no hay mucho en que entretenerse, así que todo lo que pasa, en Queilén y las islas cercanas, se sabe y se comenta.

—Debe conocer al amigo que mañana voy a visitar. Se llama Traverso y hace poco se compró unas tierras en San José.

—¿Traverso? Está usted equivocado, con ese apellido no hay nadie por aquí; la última compra de tierras en San José, las de Mansilla, la hizo un tal Madsen. Un hombre algo retraído, al que poco se le ve. Aquí no ha estado más de tres veces, y no habla nada, como si el diablo le hubiera comido la lengua. Parece que es hombre de plata, porque contrató al menor de los Maldonado para que le hiciera una ampliación en la casa. Ese chico es buen carpintero, así que el hombre no tendrá quejas con él, digo yo.

—¿Madsen?

—Madsen, ¿le dice algo ese nombre?

—No, nada.

—Lo dice con tanta pena. Ni que estuviera mentando a un finado.

—Debe ser por el cansancio. El viaje desde Santiago fue largo y duro.

—Tome su chicha y váyase a dormir. ¿Está parando en la pensión de doña Eulogia Cárdenas?

—Sí, creo que ese es el nombre de la señora.

—Ella tiene buenos colchones, así que va a dormir como angelito —dijo Andrade y se rió a todas sus anchas—. Y para el desayuno pídale que le prepare unas sopaipillas sureñas, gruesas y bien fritas, no como las que preparan en el norte, con zapallo y chancaca.

—Usted sí que lo sabe todo.

—Y lo que no sé, lo invento, amigo.

—Entonces sabrá cómo puedo llegar mañana a San José. Aunque usted dice que no conoce a ningún Traverso, de todos modos deseo dar un paseo por la isla.

—Déjelo en mis manos. Más tarde converso con mi sobrino Gastón. El tiene lancha y se dedica al traslado de la gente. Usted sólo preocúpese de estar aquí, mañana, a las ocho.

—Se lo agradeceré, Andrade —dije, y luego de beber un sorbo de chicha, pregunté—. ¿Cómo es el aspecto físico de Madsen?

—Un hombre delgado y algo canoso. Un poco mayor que usted, tal vez. Más no

le sabría decir; ya le conté que lo he visto poco, de pasadita, y además mi vista no es la de antes.

—Gracias, señor Andrade.

—Que no se diga que los chilotes no somos buena gente —respondió, y se puso de pie, dispuesto a recuperar su lugar tras el mesón de la cantina.

Bebí una última copa de chicha y después fui al baño de la cantina. En un espejo, pequeño y resquebrajado, observé mi rostro, al que hacían falta una afeitada y unas buenas horas de sueño. Sentía frío y ganas de estar en Santiago, con un libro en las manos y el lomo albo de Simenon al alcance de mis caricias. Al salir del baño, pagué la cuenta y me despedí de Andrade. En la calle chicoteaba un viento fresco y a lo lejos, cuatro botes navegaban en dirección al canal Queilén. Caminé hasta llegar frente a una tienda de abarrotes, en cuya vitrina se amontonaban unos paquetes de yerba mate, confundidos entre botellas de licores de dudosas marcas, cuelgas de cholgas ahumadas, latas de duraznos, velas, botas de goma, y un banderín del Club Deportivo Universidad de Chile. Miré hacia el horizonte y vi el mar azul, liso y calmo como un espejo.

Ojalá mañana Dios reparta suerte, dije para mí mismo, y me encaminé rumbo a la pensión.

9

El sobrino de Andrade llegó en el horario indicado, pero su lancha demoró más de una hora en cargarse con los bultos, balones de gas, cajas, bidones y sacos de harina que, entre otros objetos, subieron a la lancha la veintena de pasajeros que cruzarían esa mañana hacia San José. Aproveché la demora para ir a la oficina postal del pueblo y desde allí envié un telegrama a Campbell, informándole que me encontraba buscando a Traverso en Chiloé y me disponía a ubicar a un sujeto llamado Madsen. Luego volví al embarcadero y ocupé un lugar en la proa de la lancha, junto a tres mujeres que hablaban a voz en cuello sobre las vicisitudes de una vecina que, recientemente, había viajado a Punta Arenas, huyendo de las golpizas que el marido propinaba a ella y sus dos hijos.

Como un viejo y pesado hipopótamo, la lancha comenzó a despegarse del embarcadero y a los pocos minutos, con el motor acelerado al máximo, se deslizaba con facilidad sobre las olas. Dos horas después llegamos a San José. Esperé que desembarcaran los demás pasajeros y sólo entonces, me equilibré sobre el angosto

madero que servía de puente entre la embarcación y la tierra firme. Caminé hasta un potrero que tenía pretensiones de cancha de fútbol y desde allí observé las escasas construcciones que daban vida al poblado. Una iglesia de madera, la escuela pintada de azul, el cementerio con sus cruces de madera, una hilera de casas deslavadas por las lluvias y algunos senderos de tierra que conducían hacia los montes o el mar. El resto, lo que no era obra del hombre, eran los árboles agrestes, el cielo celeste y limpio, el mar con sus olas incansables, y a lo lejos, los picachos albos de las cumbres cordilleranas.

Saludé a un hombre que estaba observando la descarga de la lancha, y enseguida le pregunté por la ubicación de las tierras de los Mansillas.

—Ahora son las tierras del nortino —dijo, y luego, indicando la senda que iba en forma paralela al mar, agregó—. Camine por esa huella hasta que vea una casa verde.

Seguí las instrucciones y al cabo de unos diez minutos divisé la casa, construida en la mitad de una loma. Estaba rodeada de manzanos y de cercas para el encierro de animales. Daba la impresión de estar desocupada, pero al acercarme, vi la estela de humo que salía por la chimenea de zinc, y después, la estampa de un hombre que aserraba un tablón.

—Busco al señor Madsen —le dije una vez que llegué a su lado.

El hombre dejó de trabajar, se enjugó el sudor que cubría su frente, y me observó detenidamente.

—No está en la casa. Hace una hora lo vi caminar en dirección al canelo grande —dijo, mostrando un árbol que sobresalía por sobre otros, en la parte más alta de la loma—. Al patrón le gusta ir hasta allá y mirar el mar. Si tiene ánimo, suba a encontrarlo; si no, puede esperar en la casa.

Opté por la primera alternativa y me puse a caminar en dirección al árbol indicado por el hombre. No pasaron más de cinco minutos de marcha cuando lo vi, sentado a la sombra del árbol, escribiendo en un cuaderno que apoyaba sobre su rodilla derecha. Sólo cuando estuve a su lado se dio cuenta de mi presencia. Seguía delgado como antaño, pero su cabellera estaba cubierta de canas y su rostro, surcado por pequeñas arrugas que acusaban los efectos del sol y de la edad.

—¿Heredia? —preguntó luego de unos segundos.

Asentí con un movimiento de cabeza y me senté a su lado, sobre el pasto que crecía alrededor del canelo. Noté su asombro y la indecisión que lo hacía dudar entre sonreír o hacer otra pregunta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente.

—Lo mismo te pregunto a ti. ¿Qué haces aquí y usando otro nombre?

—Vivo en esta isla, tengo mi casa, un poco de tierra. Llega un momento en que se desea tranquilidad. De ahí el cambio de identidad.

—Nadie conoce tu nuevo domicilio —dije y me di cuenta que su asombro se transformaba en desconfianza.

—¿Cómo diste con este lugar?

—Conté con la ayuda de una intuición y de tu mala costumbre de poner papeles entre los libros. Hay gente que te extraña en Santiago, y otras, entre las que me encuentro, que desean una explicación.

—¿Te envió Érika?

—Trabajo de investigador privado y tengo un cliente preocupado de tu paradero. No es Érika, pero ella me pidió que te dijera que no la olvides.

Tomé mis cigarrillos y encendí uno a la espera de alguna reacción de parte de Traverso. Desde donde nos encontrábamos podíamos ver el mar y a unos niños que jugaban en el patio de la escuela.

—¿Trabajas para Domingo Viñas?

Le dije que sí y tuve la impresión de que él daba un suspiro de alivio.

—Te subestimé, Heredia. Había oído de tu trabajo, pero no creí que fueras eficiente.

—De vez en cuando tengo suerte.

—Supongo que es inútil andar con rodeos o perder el tiempo con recuerdos de los viejos tiempos.

—Desde que comencé tu búsqueda no he hecho otra cosa que recordar. No te debería sorprender, fue tu opción desde el momento en que decidiste jugar con la foto que nos tomamos en la universidad. No sé si fue una treta o un error, pero esa imagen fue el comienzo de mis inquietudes.

—Sí, he llegado a pensar que usar la foto no fue algo muy atinado. ¿Qué es lo que sabes, Heredia?

—Hasta salir de Santiago sólo tenía algunas intuiciones y un montón de dudas. Pero en el viaje, en esas largas horas que pasé arriba del bus, leí un manual sobre inteligencia militar y adiestramiento de agentes. Fue una lectura instructiva.

—Dame un cigarrillo —dijo Traverso. Le di uno y lo quedó mirando como si se tratara de un insecto con vida propia.

—¿Qué quieres saber?

—Todo y desde el principio.

—Quién sabe dónde estuvo el principio. Tal vez fue en el liceo, a comienzos de los años setenta, cuando alentado por mi hermano mayor participaba en las actividades de Patria y Libertad; o mientras escuchaba a mi padre quejarse sobre la crisis económica y las estatizaciones que amenazaban con quitarle su fábrica de cecinas. Después, cuando viajé de Puerto Montt a Santiago, decidí aceptar la proposición de mi tío Jenaro, que en esa época era oficial del Ejército, destinado a tareas de inteligencia. Parecía fácil y tenía mucho de aventura, de intrigas detrás del escenario. Acepté su proposición a comienzos del año 1974, una semana después de saber que había sido aceptado para estudiar en la Escuela de Derecho.

—El silencioso. El que callaba sus opiniones tenía su lado oscuro.

—No fui el único que lo hizo. Había otros alumnos de cursos superiores, dos o tres profesores, empleados administrativos y algunos de los auxiliares encargados del

aseo de las salas. Había que abrir los ojos, escuchar lo que decían los demás y redactar informes. Al comienzo se trataba de cosas insignificantes. Los nombres de los alumnos que contaban chistes en contra de la Junta Militar, que emitían opiniones críticas, leían libros prohibidos o escuchaban a Víctor Jara, Serrat o Silvio Rodríguez. Cosas así. Supongo que esos datos eran registrados en alguna parte. Nos daban dinero para gastar con los compañeros. Un tipo que invitaba cervezas o se ponía con varias botellas para una fiesta siempre resultaba simpático para los demás. Después, a los pocos meses, las exigencias fueron mayores. Había que averiguar quiénes eran los responsables de las consignas que aparecían rayadas en los baños o en los pasillos de la facultad; o quiénes participaban en reuniones políticas, en las pastorales juveniles de la Iglesia Católica, o en talleres de literatura y grupos de teatros. Para eso era importante ser amigo de los compañeros de curso.

—En esa época ocurrió lo de Pablo —dije, interrumpiendo el relato de Traverso—. Su desaparición, de la que injustamente culpamos a Roberto Osorio.

—Injusticia relativa, Heredia. Con Osorio participábamos del mismo trabajo. La diferencia estuvo cuando nos pidieron dar el nombre de quien considerábamos era el principal agitador. Había que imponer un ejemplo para los demás alumnos. Osorio guardó silencio y yo mencioné a Pablo Durán. Después de eso, Osorio se retiró. Yo, gracias a mis méritos, recibí otra propuesta. Fui presentado a un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos, y éste, luego de tres reuniones planteó lo que se esperaba de mí. Simular que tenía ideas izquierdistas y entrar a militar, a la primera oportunidad que se presentara, en alguno de los partidos marxistas que operaban en la universidad. Y lo hice bien. Gané la confianza de mis supuestos camaradas, ocupé cargos directivos, obtuve información de relevancia. Gracias a uno de mis informes se desbarató la internación de armas en Carrizal Bajo. Durante veintiséis años he sido un agente infiltrado.

—Quisiera decir lo que te mereces, pero por ahora prefiero seguir escuchándote —dije, aprovechando que Traverso hacía una pausa para encender otro cigarrillo.

—Durante veintiséis años me obligué o me obligaron a ser otro, a usar máscaras, a traicionar, simular amor, entusiasmos y alegrías. Una vida a cambio de nada. Y al final decidí terminar con la farsa. Pero no hubo posibilidad de llegar a un acuerdo con los yanquis, como es habitual cuando sus agentes cumplen un ciclo o se agotan. Según ellos, mi posición era estratégica, de las mejores que habían logrado crear en Chile; con proyecciones muy amplias en la eventualidad que llegue al Gobierno otro socialista. Yo no quería seguir. No estoy arrepentido de lo que hice, pero sí estoy cansado. Conversé con ellos una y otra vez, dejé de entregar información y hasta los amenacé con revelar mi infiltración a la prensa. Ellos hablaron de eliminarme y como no llegamos a ningún acuerdo, comencé a pensar en la fuga. Sin embargo, no podía desaparecer de la noche a la mañana sin una causa que explicara mi ausencia. De no ser así, los gringos buscarían por cielo, mar y tierra hasta dar conmigo. La fuga debía estar protegida por una historia convincente, y ésta se me ocurrió una noche en que

revisaba viejos papeles de nuestra época universitaria. Encontré la foto y recordé las muertes de Munizaga y Suárez. También el caso de Pablo Duran que, si lo unía a mi desaparición, podía llegar a explicarse como un asunto de venganza política. No lo pensé mucho más, afiné la intriga y la puse en marcha. En el fondo no estaba haciendo daño a nadie, salvo a Érika, a la que enamoré cuando supe que ocupaba un cargo de dirección. Con mi desaparición el Partido saldría ganando y los gringos tendrían que aceptar que ya les había entregado muchos años de trabajo. El plan funcionó limpiamente hasta que topé con Osorio. Y digo limpiamente, porque el atropello de Munizaga y el suicidio de Suárez fueron frutos del azar.

—¿Qué paso con Osorio?

—Se dio cuenta de que yo le estaba tendiendo una trampa. A pesar de los años, mantenía sus heridas abiertas respecto a lo sucedido con Pablo Durán, a la manera como sus compañeros lo señalamos responsable del secuestro. Idea que me encargué de alentar en su momento. Si el plan funcionaba, nadie podría probar nada en su contra, pero volvería a estar en la mira de los acusadores, como antes. Se trataba de asociar las muertes de nuestros compañeros a un plan vengador que, en su última etapa, me incluyera como víctima y apuntara los dardos hacia Osorio. Roberto se dio cuenta y tuve que correr el riesgo de simular su suicidio. Para ello recurrí a mis viejos contactos.

—Los mismos matones que me atacaron.

—Las instrucciones que le di a Servando Meneses consideraban sólo tu vigilancia. Cuando supe que me andabas buscando quise conocer tus pasos, nada más. Ellos se encargaron de Osorio y también de enviar las cartas a la señora Fresia y a Pérez. Deberías darme las gracias, pude ordenar que te mataran.

—Me conmueven tus buenos sentimientos.

Traverso se puso de pie, dio algunos pasos alrededor del canelo que nos cobijaba y finalmente se detuvo a contemplar el paisaje que nos rodeaba.

—Mira todo esto, Heredia. Es un bello lugar para vivir —dijo, extendiendo sus brazos como para abarcar con ellos toda la naturaleza salvaje que nos rodeaba.

—Lástima que tu presencia lo contamina.

—¿Qué vas a hacer, Heredia? ¿Puedo evitar que me denuncies?

—Ya no puedes hacer nada.

—Tengo ahorros que puedo compartir contigo.

—Ya tengo un cliente. No se puede servir a dos amos a la misma vez.

—¿Y si intento otra cosa?

—Soy más grande y más fuerte que tú. Además, porto pistola. Y aunque lograras hacer algo, esta mañana, antes de venir hasta acá, mandé un telegrama a un amigo en Santiago.

—Nunca falta alguien que estropea la fiesta. ¿Me vas a obligar a ir contigo?

—Mi trabajo consistía en ubicarte, eso es todo. Informaré a Viñas y él decidirá qué hacer.

—O sea que sólo debo sentarme y esperar.

—No lo tomaría con tanta calma. Te busca Drake, un tipo elegante y de buenos modales.

—No te engañes, Heredia. Ese tipo de buenos modales es un ejecutor.

Miré a Traverso y en su rostro no aprecié ninguna huella de temor o inquietud. De pie, con la mirada fija en el horizonte, parecía una estatua inmovible.

—¿Nunca cuestionaste lo que hacías? —le pregunté.

—En Panamá, en la escuela a donde me llevaron para recibir instrucción, me enseñaron que estábamos en una guerra. Y en las guerras siempre hay unos que matan y otros que mueren. No hay nada de qué arrepentirse ni por lo cual pedir perdón.

—¿Y los sobrevivientes, el horror, la memoria?

—A la memoria se la puede encubrir o esperar a que el tiempo la llene de polvo —dijo Traverso y comenzó a caminar en dirección a la casa. Me puse de pie y lo seguí por un sendero levemente dibujado sobre la tierra y la hierba.

De pronto pareció cambiar de opinión. Se detuvo, miró un instante hacia el mar, y antes que pudiera intuir sus intenciones, tomó un trozo de madera que había en el suelo y con furia lo arrojó hacia mí. El leño rozó mi oreja derecha y tuve la suficiente calma para esperar a pie firme la arremetida de Traverso. Logró impactar su puño izquierdo en mi rostro y nada más. Lo golpeé dos o tres veces en el vientre, y cuando lo vi caer de rodillas a mis pies, le di un puñetazo en la cara y supe que no intentaría otro ataque. Saqué la pistola que portaba junto a mi cinturón y la puse a dos centímetros de su cabeza.

—Tengo ganas de disparar —dije—. No por tus golpes ni tus mentiras, sino que por el recuerdo de Pablo Durán.

—Hazlo, me evitarás muchos problemas.

Presioné el arma contra su sien derecha y un cosquilleo nervioso recorrió mi mano. Matar no era nada nuevo para mí. Traverso cerró sus ojos y esperó. Pasaron algunos segundos en los que sólo escuché el ruido que hacía el viento al mecer los árboles. Volví a poner la pistola junto al cinturón y la cubrí con mi chaqueta.

—¿Qué vas a hacer, Heredia? —preguntó Traverso por segunda vez, al tiempo que se incorporaba. Parecía desilusionado.

—La muerte de Durán no se resuelve con más muertes y el mejor castigo para ti es que no puedas olvidar el pasado. Volveré a Santiago en cuanto consiga transporte.

—Tal vez tenga la oportunidad de adelantarme. Tengo una lancha rápida que me llevará a Queilén en poco tiempo.

—Puedes intentarlo, pero no olvides a Drake y a la policía.

—Drake nunca dará con este lugar.

—Prometió seguir mis pasos y yo no he hecho nada por evitarlo.

—Es irónico, pero de todo nuestro grupo de la universidad, tú siempre me pareciste el más inofensivo. Después, cuando concebí mi plan, ni siquiera pensé en

cuál sería tu reacción al conocer el asunto de la foto. Pero ya ves, uno se equivoca al evaluar a las personas.

Sonreí de mala gana. No tenía nada más que decir. Comencé a alejarme de Traverso y cuando unos minutos después miré a mis espaldas, la casa se había convertido en un punto minúsculo del paisaje, confundido entre los distintos tonos de verde de los árboles, el pasto y los sembradíos de papas.

Me sentía cansado y con ganas de estar solo, eternamente solo, a imagen y semejanza de los maderos perdidos que vi flotar entre las olas, cuando horas más tarde navegaba de regreso a Queilén.

10

Por inhóspito que sea, no hay mejor refugio que el hogar, me dije cuando entré al departamento y Simenon se abalanzó sobre mis piernas para recibir su ración de mimos y caricias. Con él en mis brazos, me senté junto al escritorio, a observar por la ventana el cielo rojo de la tarde santiaguina. Lejos, como una pesadilla de la que hubiera preferido no recordarme, estaba la conversación con Traverso.

—No es de humanos aportillarse el trasero durante veinte horas de viaje en bus — dije a Simenon.

—Ni de gatos, tampoco. El perro es el único animal que estaría feliz con un viaje de ese tipo. Pero bien sabemos que los perros están en la categoría de los animales inferiores —creí oír decir a Simenon.

—Te extrañaba, bola de sebo.

—En tu ausencia fui socorrido por un vecinito que se llama Roldán. Tiene diez años y su madre cocina unas hamburguesas maravillosas.

—¿Campbell no te trajo nada de comer?

—El cartero es el único que ha venido. Dejó una carta bajo el felpudo de la entrada.

Busqué la carta donde había indicado el gato y la abrí. Era de Manuela y en unas pocas líneas me decía que después de nuestra última conversación, había decidido viajar a Concepción, donde tenía una buena oferta para trabajar en la boite *Espiral*. Añadía algunas ideas sobre los amores imposibles y se despedía con una alusión a la esperanza que me provocó un fugaz sentimiento de culpa.

—¿Qué se puede decir, Simenon? «Lo irritante del amor es que se trata de un crimen que requiere un cómplice».

Guardé la carta en el cajón principal de mi escritorio y luego saqué de su interior la botella de pisco. Pero no llegué a beber ni una sola gota, porque en ese mismo instante, vi entrar en la oficina a Zelada y un acompañante.

—Disculpe si interrumpo —dijo—. La puerta estaba abierta.

—Usted parece no tener horarios, Zelada. ¿Está haciendo méritos para ganar una medalla?

—Hay casos que apremian —agregó el policía, al tiempo que dejaba sobre el escritorio una hoja en la que habían dibujado mi retrato hablado—. ¿Reconoce al personaje?

—Robert De Niro.

—No joda, Heredia. Vengo con las mejores intenciones. Sé que usted es amigo de Marcos Campbell, y que gracias a eso llegó a mis manos un caso tan importante como el de la muerte del abogado Osorio.

—No hay nada como tener un buen amigo.

—Me alegro que piense de ese modo, así podremos entendernos mejor y despachar rápido el trámite. ¿Qué me dice del retrato hablado?

—No me favorece. Supongo que lo hicieron con la información que entregó el conserje del edificio donde encontraron muerto a Osorio.

—Me admira su facilidad de palabra, Heredia. Y la verdad es que no tiene otra alternativa. Tengo el retrato hablado y las declaraciones de la secretaria de Osorio. Dos antecedentes más que suficientes como para encerrarlo en un calabozo hasta que decida confesar.

—También podría ponerme corriente eléctrica o hundir mi cabeza en un barril con agua. Pero perdería su tiempo porque está siguiendo pistas sin importancia.

—Entiendo que usted viene llegando de Chiloé y que, como acaba de reconocer, estuvo en la oficina de Osorio el día que lo asesinaron. Si es así, debe algunas explicaciones respecto de dos crímenes.

—¿Dos crímenes?

—El de Osorio y el de un hombre llamado Andrés Traverso.

—¿Traverso? —pregunté, desconcertado por la inesperada noticia—. Conversé con él en Chiloé y cuando nos despedimos continuaba tan vivo como nosotros.

—Oiga este parte que recibí hace dos horas desde la comisaría de Ancud: «El día de ayer, en el bar *La Capitana*, y por razones que se investigan, fue asesinado el ciudadano chileno Andrés Traverso. El hecho aconteció en el transcurso de una riña entre la víctima y dos individuos extranjeros que no fueron identificados porque se dieron a la fuga».

—Traverso no pudo huir.

—¿Qué tal si nos cuenta lo que sabe?

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo y me pagan las horas extras que trabajo.

Encendí un cigarrillo, y luego de una pausa para que el humo invadiera mis

pulmones, comencé a hablar de un grupo de universitarios que, en su primer año de estudios, se reunían a conversar en el casino de su facultad. Después de una hora de relato, y cuando creía haber dicho todo lo que sabía acerca de la trama urdida por Andrés Traverso, bebí un vaso de pisco y quedé a la espera de la reacción del policía.

Zelada parecía confundido y su ayudante tenía los dedos agarrotados de escribir los detalles de mi relato en una libreta.

—Traverso fue asesinado por los agentes norteamericanos —dijo Zelada.

—Y lo más probable es que ellos se encuentren volando de regreso a su país. Sus colegas de Ancud no tienen ninguna posibilidad de esclarecer la muerte de Traverso. No basta conocer la verdad para castigar a los responsables de un crimen. Se necesitan pruebas, confesiones y, desde luego, atrapar a los sospechosos.

—Me encabrona que se burlen de la ley, Heredia.

—No es la primera ni la última vez. Pero no se desanime; hace un rato le di el nombre del asesino de Roberto Osorio. Aun puede atraparlo.

—Servando Meneses y sus compinches —dijo Zelada, y enseguida, dirigiéndose a su ayudante, agregó—. Ponga a un grupo a buscar al tal Meneses. Que revisen sus antecedentes en los archivos y que investiguen los lugares frecuentados por gente como ellos.

—Ya ve, Zelada, la vida continúa.

—Entre un homicidio y otro, apenas hay tiempo para un café. Uno se endurece y termina pensando en los muertos como en simples estadísticas. Mientras haya dos hombres sobre la tierra el crimen no pasará de moda.

—Me parece bien que se lo tome con tanta calma.

—No me simpatizan los investigadores privados, pero en esta oportunidad debo reconocer que sin su intervención jamás habríamos resuelto los asesinatos. Si quiere saber cómo nos va con la búsqueda de Meneses, llámeme a la oficina.

Belarmino Zelada hizo una seña a su ayudante y de inmediato ambos se pusieron de pie y caminaron hasta la puerta de la oficina. Vi salir al ayudante y cuando creí que Zelada lo iba a imitar, éste se detuvo bajo el umbral.

—¿Qué siente cuando termina un caso?

—Cansancio, tristeza, ganas de ocupar mi tiempo en otras cosas. Pero luego se me pasa y basta un pequeño estímulo para volver a meterme en las patas de los caballos. Es la vida que elegí, no me quejo.

—No pudo escapar —dijo Campbell.

—Los gringos hicieron bien su trabajo —comentó Viñas.

De acuerdo a lo convenido, los tres nos habíamos encontrado en el *City Bar* y mientras bebíamos la primera ronda de tragos, les había dado un completo informe sobre la historia de Andrés Traverso.

—Me costó aceptarlo, pero al final pudieron más las presiones de algunos compañeros que sospechaban de Traverso —dijo Viñas—. Por eso conversé con usted, Heredia.

Viñas había perdido algo de su habitual frialdad y parecía dispuesto a compartir sus sentimientos sin las reservas de otras ocasiones. Pensé que el conocimiento de lo hecho por Traverso había producido una grieta en el esquema que durante años se había construido para entender el mundo que lo rodeaba; las relaciones con sus camaradas, las ideas que decía mantener inalterables.

—Estimaba a Traverso. Mal que mal, durante los últimos años compartimos muchos trabajos y él siempre se esmeró por ser de los mejores. Así fue asumiendo responsabilidades cada vez más significativas, conociendo a otros dirigentes, recibiendo información de nuestro trabajo orgánico —agregó Viñas—: Nunca sabremos a cabalidad cuánto daño nos hizo y desde luego, nos obligará a revisar los trabajos en que él participó y nuestras medidas de seguridad.

—Los gringos tampoco estarán muy contentos —dije—. Sembrar un agente con las características de Traverso requiere tiempo, y sobre todo, encontrar al sujeto adecuado. No basta el dinero para que una persona acepte convertir su vida en una constante mentira.

—¿Cómo llegaste a pensar que Traverso era un infiltrado? —preguntó Campbell.

—El interés de Viñas me hizo sospechar. ¿Por qué un dirigente importante, de un partido que se caracteriza por su reserva, necesitaba de los servicios de un detective? ¿Acaso no tiene recursos internos? Después leí el manual que me proporcionó Franklin Serón. Le debo una visita y una botella del mejor whisky que encuentre en la botillería del barrio.

Viñas sacó un sobre de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—En ese sobre encontrará su paga, Heredia. Hizo un buen trabajo —dijo, al tiempo que miraba su reloj y se ponía de pie—. Ahora me voy, tengo otra reunión.

—Voy contigo —le dijo Campbell a Viñas—. En la oficina me esperan varios trabajos por terminar.

Cuando quedé a solas, abrí el sobre y saqué de su interior un cheque lo suficientemente sustancioso, como para pagar las cuentas del departamento, recuperar los gastos ocasionados por el viaje a Chiloé, comprar un bife jugoso para Simenon y quedar con billetes en los bolsillos.

—¿Desde cuándo recibes dinero de los políticos? —oí preguntar a mis espaldas y enseguida vi aparecer al Escriba, con su inseparable cuaderno de notas bajo el brazo.

—Los detectives privados también necesitan comer todos los días.

—Eso dice Lew Archer en una novela de Ross MacDonal.

—Es probable. Sólo que él cobra en dólares. Yo lo hago de tarde en tarde, y en pesos.

El Escriba se sentó a mi mesa y pidió una copa de Jack Daniels a uno de los mozos.

—Me encontraba sentado a tus espaldas y escuché toda tu historia, Heredia. Si tú me das algunos otros detalles podría escribir una novela.

—¿No tienes ideas propias, algunos recuerdos y un poco de inspiración?

—Las vidas ajenas me resultan más excitantes.

—Te contaré una buena historia, con sus pelos y señales. Es la primera y última que me oirás contarla.

—¡A otro perro con ese hueso, Heredia! Te he oído decir lo mismo muchas veces y al final siempre tienes una excusa para volver a recordar.

—Esta vez va en serio.

—No voy a discutir contigo —dijo el Escriba, sonriente—. Con esta historia serán siete las que escribiré. Un buen número. Las siete vidas de los gatos y las siete novelas que escribió Raymond Chandler.

—Y no olvides las siete plagas de Egipto.

¿Quién era en definitiva Andrés Traverso?

—Un traidor que intentó huir de su pasado.

—No está mal para comenzar —dijo el Escriba, acomodando su cuaderno sobre la mesa.

—Nos conocimos el año 1974...

12

La noche, los rostros de la gente, un sinfín de aromas dispersos por el aire. Mis pasos sobre los senderos del Parque Forestal, en el paseo que bordea el río Mapocho y que a la hora del crepúsculo estaba habitado por parejas de enamorados y uno que otro vendedor ambulante de dulces y flores.

Había dicho adiós al Escriba después de contarle cada uno de los detalles del plan concebido por Traverso; y una vez a solas y sin deseos de regresar a la soledad de mi departamento, recorría algunos de los rincones de Santiago que más amaba, por su autenticidad de calles maltratadas y su gente que solía andar de prisa, cansada, alegre o triste, con sus miserias cotidianas a flor de piel, resignadas al ir y venir de los días

sin más ambición que cumplir con el rito de la vida.

Me detuve en medio de uno de los puentes que cruzan el Mapocho y acodado en una de sus barandas observé el cielo profundamente rojo destacado sobre el horizonte, más allá de la antigua estación de trenes y del edificio nuevo que se elevaba en el lugar donde antes había estado la Cárcel Pública de Santiago. Saqué de mi chaqueta la foto que Traverso había empleado en la fallida justificación de su intriga y luego de romperla en varios pedazos la arrojé al río. Al igual como los restos de la foto eran arrastrados por el agua barrosa del Mapocho, el tiempo había hecho correr por su cauce la vida de ese grupo de estudiantes retratados antes de que perdieran la inocencia y que cada cual a su modo comenzara a urdir sus propias traiciones en contra del amor, las utopías y de la vida. Torres seguiría renegando de sus ideas; Adriana sobreviviría representando la farsa de su familia feliz; Pérez estaba condenado a mirar desde lejos su paraíso perdido. Traverso era más afortunado; la muerte, con su perfección de costumbre, lo había liberado de sus culpas, al igual que a Osorio. Pablo Durán era el único que no había sido arrastrado por el agua turbia; su cuerpo, herido y ultrajado, en el lugar desconocido donde se encontraba, seguiría sonriendo con la serenidad de los que tienen sueños y luchan por ellos.

¿Y Heredia? me pregunté como si se tratara de un extraño. Él estaba en el cauce que llevaba al río hacia su muerte; resistía a su manera, con la ira de los rebeldes que nunca serán invitados a la mesa del banquete. Sobrevivía, maltrecho y descreído, fiel a la imagen de sí mismo que veía todos los días reflejada en el espejo. Sólo pedía una oportunidad para transformar la nostalgia del pasado en la fuerza que necesitaba para mantener vivo el fuego.

Sí, me dije, quizá llegue un tiempo en que ya no esté tan solo y que a mi lado tenga a una mujer que entienda cómo soy y no intente cambiarme. Que me ame y me permita amarla. Una mujer que quiera a los gatos, la música de Mahler y las carreras de caballos.

Después no pensé en nada más. Esperé a que la oscuridad uniformara la fisonomía de los edificios que me rodeaban, y al igual como en otras noches, con el cuello de la chaqueta levantado y un cigarrillo entre los labios, inicié el camino de regreso a mi hogar.

San Miguel, 15 de julio, 2000



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.